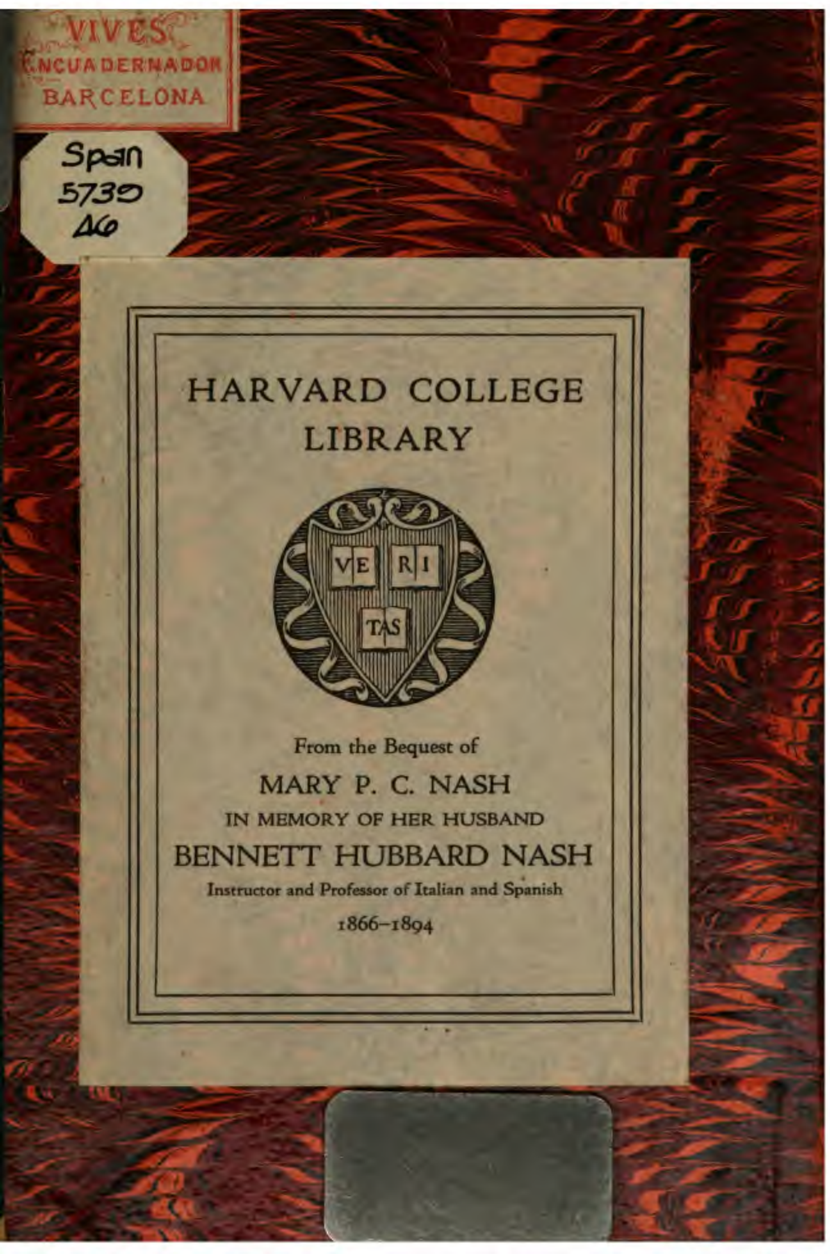

WIDENER
HN PF1H C


VIVES
ENCUADERNADOR
BARCELONA
Span
5730
A6
HARVARD COLLEGE
LIBRARY
VE RI
TAS
From the Bequest of
MARY P. C. NASH
IN MEMORY OF HER HUSBAND
BENNETT HUBBARD NASH
Instructor and Professor of Italian and Spanish
1866–1894



CUENTOS DE SALON



6

CÁRLOS FRONTAURA

LA MALDITA VANIDAD

CUENTO DE SALON.

1ª ed.

MADRID
IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO
Calle del Cid, 4 (Recoletos)
1872

I

Donde se muere D. Melchor y se sabe quién fué D. Melchor.

—¡Se muere! ¡se muere!

—¡Hay que avisar al médico!

—¡A la parroquia!

—¡Pobre señor!

—¡Ha sido de pronto!...

—¡No hay remedio para él!...

De esta manera expresaban su alarma, su temor, su compasion una tarde del mes de Marzo del año de gracia de 1870 cuatro personas en el portal de un elegante hotel de ese aristocrático barrio debido á la poderosa iniciativa del hombre á quien España debe en gran parte su progreso de algunos años acá, á pesar de que no es progresista. Pero como este libro es una novela, no me parece oportuno hacer aquí el elogio del ilustre marqués de Salamanca, y me

contentaré con lo dicho en prueba de mi afecto al iniciador de los ferro-carriles en España, al amigo de las letras y de las artes, al incansable propagador del trabajo y de las empresas útiles el país.

Y continúo.

Aquellas cuatro personas eran una linda camarera, un ayuda de cámara, un portero y un lacayo; éste y el segundo salieron á escape, dirigiéndose el uno á casa de un médico, establecido en el mismo barrio, y el otro hácia la puerta de Alcalá, sin duda á llamar al señor cura de San José.

Enteráronse del suceso los porteros de otras casas próximas, algunos transeuntes, y yo que pasaba por allí.

Lo que sucedia no era ninguna cosa del otro jueves.

Sucedia sencillamente que un señor se habia puesto malo, muy malo, repentinamente, y todo hacia creer que se moria.

No hay cosa más natural en el mundo.

Es lo que nos sucede á todos.

Estamos unos cuantos años paseando tan listos por ahí, vistiéndonos y desnudándonos, comiendo, durmiendo, preocupándonos de todo lo que nos importa y de lo que no nos importa, haciendo planes para el porvenir... y un dia nos ponemos malos, así de pronto, nos metemos en cama, y nada, no nos levantamos otra vez.

Esa es la vida.

Y la muerte, que es lo más seguro que tenemos

en la vida, razon por la cual deberíamos estar siempre preparados á morirnos; es decir, que todos los actos de nuestra vida debian estar inspirados en la idea de que nos hemos de morir, y, ya que no hay otro remedio, debemos morir bien.

Pero no entremos ahora en filosofías, porque hemos de entrar en la casa del paciente.

Aunque nos preocupa el estado de la persona que, segun todos los indicios, se halla en peligro de muerte, no podemos ménos de admirar el lujo del interior de aquella casa. Raso, terciopelo por todas partes, mármol, oro, muebles de todos los gustos y de todas las épocas, estatuas, cuadros: allí hay una riqueza extraordinaria.

La persona dueña de todo ese lujo debe ser poderosa.

¡Y se está muriendo!...

Porque no hay nadie poderoso en el mundo, por mucho que tenga, nadie; el más poderoso no ocupa al fin más sitio que el más pobre; uno y otro son dos puñados de polvo.

Despues de atravesar salones verdes, azules, blancos, rojos, revestidos de seda riquísima, galerías de cristales de colores, pisando alfombras que da lástima pisarlas, llegamos á la habitacion donde se encuentra el enfermo.

No es una alcoba; es el comedor; un comedor precioso, alegre, lleno de luz, de sol, con anchas ventanas que dan á un hermoso jardin; la mesa está puesta con lujo, con riqueza; en una caprichosa pajarera

cantan, pian, saltan, vuelan, juegan más de cien pajarillos de las más raras y estimables especies, y sobre la mesa, sobre la chimenea, en magníficos jarrones se ven las más delicadas, las más preciadas flores.

Parece imposible que en aquella mansion encantada, tan rica, tan alegre, se halle la muerte.

Y allí está, allí está implacable, contando los minutos de las últimas horas del poderoso dueño de tanta riqueza, de tanto lujo.

Sobre un divan primorosísimo se halla el paciente, un hombre grueso, como de sesenta años; está postrado enteramente; una señora de buen aspecto le sostiene la cabeza, y arrodillada delante de él, llorando, poseida de la más profunda ansiedad, vemos á una hermosísima jóven, que pronuncia muchas veces este nombre dulcísimo:

—¡Padre mio, padre mio!

Y el pobre padre no puede responder á su hija.

Se estremece convulsivamente, tiene los ojos abiertos, fijos en su hija; pero ¿quién sabe si la ve?...

—¡Padre mio, padre mio! repite la jóven con acento desgarrador.

Y el padre contesta con una especie de ronquido, que indica claramente la gravedad de su estado, indica que su organismo está completamente destruido, y que la muerte le tiene ya puesta la dura mano sobre el corazon.

—Señorita, dice la mujer que sostiene la cabeza del enfermo, y que es la institutriz de la hija del en-

fermo, el señor se muere... ¡Dios mio! ¡cuánto tarda el médico!...

—¡Padre mio, padre mio! sigue diciendo Magdalena, que así se llama la hermosa jóven.

Al fin llega el médico; pulsa al enfermo, le examina, y hace un gesto que significa cuánta es la gravedad en que se halla el paciente.

Llama á los criados, levantan á D. Melchor, que este es el nombre del enfermo, le conducen al lecho, le desnudan, y el doctor se dispone á hacer todos los esfuerzos imaginables para salvar aquella vida, que no tiene salvacion.

Casi al mismo tiempo que el médico llega el sacerdote, que administra á D. Melchor el sacramento de la Extremauncion, despues de haber significado el doctor la imposibilidad de que el enfermo confiese ni reciba la sagrada comunion. La señora mayor, aya de Magdalena, se acerca al médico y le pregunta.

—No tiene remedio, contesta el médico; yo haré lo que pueda, pero la ciencia no puede resistir á la muerte, y la muerte se ha apoderado ya de este pobre señor.

—¿Y no podrá hacer testamento?...

—Imposible; seria preciso que Dios hiciera el milagro de permitirle hablar y discurrir. ¿Y cómo ha sido esto?...

—El señor acababa de venir de la Bolsa, bastante agitado no sé por qué, pero no habia dicho que se sintiera mal; ya estaba dispuesta la comida, porque luego iba á salir con la señorita en la carretela, y

apénas entró en el comedor y se sentó en el divan, le dió el ataque.

—Habrá tenido algun disgusto grave fuera de casa.

—Lo ignoro; nada ha dicho.

Todos los esfuerzos del médico fueron vanos; tuvo dos juntas con otros prohombres de la ciencia, que sin duda hubieran salvado al enfermo, si éste hubiese podido salvarse; pero como la muerte se habia empeñado en llevárselo, todo fué inútil, y á las doce de la noche cesó aquel siniestro ronquido, único síntoma de vida que le habia quedado al bueno de D. Melchor.

El Excmo. Sr. D. Melchor Fernandez de Fernandez, caballero gran cruz de Isabel la Católica, de Cárlos III, de Cristo de Portugal, etc., etc., habia fallecido como un simple mortal, y *La Funeraria*, esa empresa siempre afortunada y próspera, como que vive de la vanidad humana, se habia apoderado de los restos del grande hombre, y el dia siguiente ya le habia embalsamado, vestido, peinado, emperegilado y encerrado en una caja de zinc, exponiéndole luego, con grandes hachas en derredor, en un salon del *hotel*, convenientemente adornado de colgaduras negras con galones y borlas de oro; todo aquel aparatoso atavío no hacia pensar á los curiosos que iban á ver al muerto en ese terrible misterio del fin de la vida; pero les hacia admirar el lujo y la riqueza; la vanidad estaba satisfecha.

Pero bueno será que digamos algo del muerto.

Era D. Melchor Fernandez un hombre de poca ó

ninguna instruccion; apénas sabia escribir, y en cuanto á leer, leia de corrido las cifras, mucho más fácilmente que las letras, á no ser que estas letras fuesen de cambio. Su padre habia sido pobre, pero muy bruto, aunque no lo era para hacer su negocio, como lo probó, haciendo una regular foıtuna en el comercio de mantas de Palencia, que en aquella época no tenian rival en el mercado, como que no se introducian del extranjero, y todavía la fabricacion de ese artículo no se habia extendido á otros pueblos de España. El padre de D. Melchor compraba las mantas al por mayor en la fábrica y luego las vendia al pormenor, y así hizo el dinero que en moneda corriente, buena toda y de ley, dejó á su muerte á su hijo.

Vino éste á Madrid con una buena compañía de onzas de oro; pero no continuó el comercio de mantas, porque se ganaba pcco; dudando estuvo algun tiempo sin decidirse á qué especulacion se dedicaria, y mucho habrian durado sus dudas si la casualidad y un amigo de su padre no le hubieran llevado un dia á la Bolsa.

D. Melchor, que tenia las ménos felices disposiciones para toda profesion que requiriese algun estudio, encontró en la Bolsa su verdadera vocacicn.

Prcnto comprendió aquel *tejemaneje*, y empezó á hacer sus jugadas, en las que fué por extremo afortunado.

Y cinco ó seis meses despues habia adquirido cierta reputacion de acierto y arrojo entre los bolsistas, y entablado relaciones con varios de los más impor-

tantes capitalistas, y al año su firma valia muchos miles de duros.

D. Melchor era un personaje.

Tenia el gran mérito que hay que tener en esta sociedad para ser engrandecido y sublimado: tenia dinero.

Y tenia más.

Tenia crédito; tenia crédito para reunir en un momento sobre su mesa todo el dinero de Madrid, sin hacer por su parte más que poner en un papel su nombre y un garrapato.

Conociendo la manera de ser de esta sociedad adoradora del dios Exito, no habia necesidad de consignar que D. Melchor fué halagado, mimado y festejado por ella, y que todas las puertas se le abrieron, lo mismo las de la más linajuda aristocracia que las de la política, las de los ministerios, hasta las de Palacio... Nada resiste ya al Exito.

Don Melchor, hombre vulgar y adocenado en todo, ménos en su peregrina habilidad de ganar dinero, pareció en la sociedad un hombre superior, y sus gestos y sus escasas palabras se interpretaron siempre favorablemente para él. Y él mismo se maravillaba de aquella importancia que se le daba.

Un hombre de las condiciones de D. Melchor habia naturalmente de excitar la codicia de algunos padres, de esos que andan buscando un *buen partido* para sus hijas, y creen haberlo hallado cuando encuentran un hombre rico, cuanto más rico mejor, á quien poder llamar yerno. En D. Melchor pusieron

los ojos muchos padres, y tambien hay que decir que, aunque no tenia las mejores cualidades de figura y talento para cautivar corazones, no le miraron con malos ojos las jóvenes más bellas y distinguidas.

El dinero es el demonio del siglo, y su influencia se apodera hasta de los corazones más tiernos, más inclinados á los dulces afectos, á los generosos sentimientos.

El lujo ha hecho que hasta las niñas, en la edad del candor, de los sueños de azul y rosa, estimen en mucho el dinero.

El lujo ha dado todo el desarrollo posible á la vanidad, y vémosla ya manifestarse claramente hasta en las niñas de tres ó cuatro años.

Las pobres inocentes criaturas no ven otra cosa, y el ejemplo es poderoso en la imaginacion de los niños.

Pero volvamos á D. Melchor.

Habia en Madrid un marques de alta nobleza, de nobilísimo linaje; pero esto no le habia estorbado para ser lo que se llama un perdido, entregado por completo al lujo y la disipacion; y así habia gastado sus rentas y su capital, quedando entrampado hasta los ojos, y pobre, por consiguiente, en la vejez.

Este marqués tenia una hija hermosísima, pero más vana que hermosa: al padre se le ocurrió que ningun marido mejor para su hija que el rico de la época, D. Melchor: la hija, cuando supo el pensamiento del autor de sus dias, se espantó como quien ve un abismo abierto á sus piés; pero se asomó al

borde del abismo, miró despacio, vió que el fondo de aquel abismo brillaba con ese brillo atractivo, encantador del oro... y se casó con D. Melchor.

Ella era hermosa, él feo; ella espiritual, sensible; él materialista, duro; ella esbelta, delgada, ligera; él grueso, desgarbado, torpe; ella delicada, instruida, elegante; él grosero, ignorante, descuidado; ella noble, aristocrática: él plebeyo, vulgar; pero ella era pobre y él rico, y con esto no hay que dar más razones de por qué se hizo aquel matrimonio.

Eso sí, la esposa de D. Melchor hizo lucir á este mucho más; dispuso para aquel mochuelo una jaula tan bella, le arregló, le acondicionó, le cepilló, le pulió de tal modo, que le hizo parecer un caballero.

A los seis meses no habia en Madrid una casa como la de D. Melchor; nadie tenia mejores coches, ni caballos más caros; en ninguna parte se comia mejor que en casa de D. Melchor, y D. Melchor y su mujer fueron los modelos de la elegancia, el buen gusto y la distincion.

De este matrimonio nació Magdalena, tan hermosa como su madre, y es todo lo que se puede decir para asegurar que era muy hermosa; vino esta niña á ser un encanto más en la casa encantada del opulento D. Melchor; amáronla sus padres con idolatría, y la educaron de tal modo, que ella sí que podia decir que habia vivido en el paraiso: ni un disgusto, ni una contrariedad, ni una pena tuvo hasta que su madre, víctima de una enfermedad aguda, murió cuando ella tenia diez y ocho.

La muerte de la noble y hermosa dama fué ocasion de profundo luto en la alta sociedad; D.Melchor quedó sumido en la más triste melancolía, y Magdalena sintió dolor tan agudo, que llegó á temerse por su salud, y el amante padre tuvo que dar tregua á su propia pena para viajar con su hija y distraerla y fortalecerla.

La madre de Magdalena habia muerto como herida de un rayo, en el apogeo de su hermosura, cuando todo la sonreia, cuando todo era para ella ventura, cuando era más completa su felicidad maternal... En dos dias, únicos de su enfermedad, aquellos ojos brillantes, incomparables, se hundieron y se apagaron; aquellos labios de rosa se pusieron cárdenos, rígidos; aquellas manos primorosísimas enflaquecieron; aquel rostro angelical perdió su color, se puso lívido, flaco, feo...

¡Ah! Así advierte Dios á los que contemplan estas muertes terribles, inesperadas, cuán frágil y deleznable es todo en este mundo, cuán miserable es la criatura, y qué pasajeras son las glorias y felicidades mundanas!

Antes de cumplir el año de aquel terrible acontecimiento, volvieron á la córte el padre y la hija, conservando el recuerdo de la que habia sido el ángel de la casa, pero más consolados.

D. Melchor se dedicó nuevamente á sus operaciones bursátiles, y Magdalena procuró llenar dignamente la mision de ama de su casa, reemplazando á la pobre señora muerta en la flor de su edad.

La casa del banquero continuó siendo el palacio encantado de la alta sociedad; todavía aumentó en aquella el lujo bajo el reinado de Magdalena, mereciendo esta la misma reputacion de buen gusto y aristocrática distincion que habia gozado su desventurada madre.

II

El amor de Magdalena.

Magdalena, á los diez y seis años, dos ántes de la muerte de su madre, habia dejado ya de ser niña; su notable desarrollo físico é intelectual era extraordinario, y cuantas personas tenian la dicha de tratarla se asombraban cuando sabian su edad. Era discreta, prudente, tenia una instruccion casi impropia de una niña, discurria con singular buen juicio, y en todo manifestaba ser una criatura verdaderamente privilegiada por la naturaleza.

Magdalena amaba y era amada, amada con verdadera adoracion, y no habia hombre más digno de ser amado que el elegido de su corazon.

Era éste un jóven de veintitres años, de dulce fisonomía, de enérgico carácter, inteligente, noble, generoso, y, en una palabra, modelo de todas las virtudes y todas las perfecciones, que ocupaba en la casa de D. Melchor el cargo de tenedor de libros.

Hijo de un gran amigo de D. Melchor, quedó huérfano á los diez y ocho años, y pobre, tan pobre; que poco despues de la muerte de su padre vió á los acreedores de éste, apoyados por la ley, llevarse todo cuanto habia en la casa, y áun aparecia él responsable de muchas deudas de su padre, que en su dia le serian reclamadas.

D. Melchor fué á buscarle en aquella tribulacion; se le llevó á su casa, le instaló en ella, y le encargó de llevarle sus libros.

Fernando, que así se llamaba, aceptó aquel beneficio; se consagró enteramente á servir bien á su generoso protector, y concentró todos sus afectos en la noble familia que tan delicadamente le habia librado de la miseria.

La madre de Magdalena apreciaba mucho á aquel jóven tan trabajador, tan pundonoroso, tan agradecido, y Magdalena le queria como se quiere á un hermano mayor; pero Magdalena creció, y aquel amor fraternal dulce y tranquilo se trocó en amor apasionado, en el amor de la mujer al hombre.

Un dia, Fernando, sin darse cuenta de ello, sin querer acaso, habló de su amor á Magdalena, y esta le confesó que aquel amor tambien habia germinado en su corazon.

Fernando estuvo, sin embargo, triste todo aquel dia, aquel dia tan feliz para él.

Despues de aquella mutua confesion, no podia vivir en la casa de D. Melchor.

Su probidad le impedia ocultar aquel amor á los padres de Magdalena, y no esperaba que estos quisieran entregar su hija á un hombre que nada poseia.

Si callaba y continuaba alimentando la llama que ardia en el corazon de la niña, podia un dia el padre sospechar que habia querido aprovecharse de la confianza que en él se tenia para asegurar el logro de la mano de una mujer rica, y esta idea repugnaba á su caballerosidad, á su mismo amor puro, noble, desinteresado.

El dia siguiente ya habia tomado su resolucion.

Levantóse temprano, y salió de casa.

D. Melchor tenia costumbre de pasear á pié y solo por la Fuente Castellana todas las mañanas.

Se dirigió á donde sabia que hallaría á D. Melchor.

—¿Qué es eso, muchacho? le dije este, al verle venir, ¿ocurre algo en casa?

—No, señor, es que tengo que hablar con V.

—¿Qué te pasa?... Parece que estás ojeroso; ¿estás malo? ¿tienes algun disgusto?

—No, señor; quiero decir á V. que va á ser imposible que yo continúe á su lado.

—¿Qué me cuentas?.., ¿Te ha dado algun empleo el gobierno?

—No, señor.

—Pues ¿qué es ello?

—Es que amo á Magdalena.

—¡Hombre!.,.

—Y Magdalena me ama tambien.

—Magdalena es una niña.

—Pues bien, señor D. Melchor, como no me conceptúo digno de la mano de Magdalena, ni Vds. me la concederían, aunque yo me juzgase digno de ella, considero preciso y conveniente alejarme de casa de usted.

—Fernando, eres un buen muchacho, digno hijo de aquel querido inolvidable amigo mio... Pero, ¿á dónde irás?...

—A trabajar.

—Hablaré con mi mujer; ya sabes que en todo sigo su dictámen; ella tiene mucho talento, y yo soy un zote. Vuelve á casa y nada digas. ¡Jesus! ¡qué muchachos! ¿quién habia de pensar?...

El mismo dia tuvo D. Melchor una conferencia con su mujer. á la que refirió su conversacion con Fernando, y habló con gran elogio de este. A D. Melchor no le parecia ningun desatino casar á su hija con el tenedor de libros.

Pero la madre de Magdalena no se manifestó muy propicia. Habia soñado para su hija un enlace brillante con un hombre que tuviera muchísimo dinero ó una gran nobleza. Ademas le parecia muy niña Magdalena para pensar en casarla.

D. Melchor, interesado en favor de su protegido, no quiso quitarle las esperanzas.

—Mira, hijo, le dijo, porque yo te quiero como un padre, mi mujer cree que Magdalena no puede ni debe casarse aún, y ademas quiere mi mujer que se case con quien tenga tanta fortuna como ella; yo, por nada del mundo he de contrariar la voluntad de mi mujer; pero, por otra parte, con franqueza te digo que seria para mí una alegría tu matrimonio con mi hija...

—¡Ah! señor...

—¿Tú dices que la quieres?

—¡Oh! sí, señor.

—¿Y estarás dispuesto á hacer por ella todos los sacrificios?...

—Hasta el de mi vida.

—Pues el sacrificio que has de llevar á cabo es el de hacerte rico.

—No tengo gran vocacion, señor don Melchor; la riqueza no me seduce. Con poco sería yo feliz.

—Pero nuestra hija no lo sería: la hemos educado de un modo que necesita ser rica ahora y siempre para ser feliz.

—Es verdad.

—Su madre, hijo, su madre... En fin, es preciso que tú te cases con Magdalena, y por consiguiente, que te hagas una fortuna, y yo te voy á proporcionar los medios.

—Diga V., haré lo que V. quiera.

—Una de las casas más poderosas de banca de los Estados Unidos necesita un español distinguido, inteligente, honrado, instruido; en fin, te nece-

sita á tí, que reunes todas esas buenas cualidades.

—Es V. muy bueno conmigo.

—Se trata de establecer relaciones muy importantes con las repúblicas hispano-americanas, y tendrás de entrada doscientos duros al mes y participacion en los negocios que se hagan por medio de tu gestion y actividad. Yo tengo encargo de enviar allá ese afortunado mortal, y nada te habia querido decir por egoismo, por no separarme de tí; pero ahora ya es diferente; ahora tú no quieres seguir en nuestra casa, y me apresuro á ofrecerte esa buena proporcion de hacerte rico y volver á Madrid con el único *mérito* que te falta, en concepto de mi mujer, para ser digno esposo de nuestra hija querida. Estás cuatro ó cinco años por allá, y basta.

—¿Y en esos cuatro ó cinco años?

—En esos cuatro ó cinco años, yo quedo aquí encargado de mantener vivo en el pecho de Magdalena el amor que siente por tí, y te doy mi palabra de que cuando vuelvas la hallarás soltera. ¿Aceptas?

—Sí, señor, acepto.

—Pues entónces, dentro de cuatro dias emprendes el camino.

—Cuando V. lo ordene.

—Puedes hablar á Magdalena y decirle nuestra resolucion. Ella la aprobará. Yo soy el que más pierde con tu ausencia, porque ¿dónde voy á encontrar un hombre de tu inteligencia? Pero eso no importa, si así contribuyo á tu felicidad y á la de mi hija, porque estoy seguro de que mi hija seria feliz contigo.

Fernando persuadió pronto á Magdalena de la conveniencia de aquella separacion, y recibió de ella las más fervientes protestas de amor y fidelidad; estas dulces promesas levantaron su espíritu, le hicieron soñar un dichosísimo porvenir al lado de la mujer amada, y le dieron ánimo y esperanza.

El noble jóven partió con firme voluntad de volver á ofrecer á Magdalena un tesoro de amor y otro de dinero.

En la ausencia de su amado se vió por muchos solicitada la heredera del opulento capitalista; pero firme y fiel á su promesa, pensando siempre en su adorado Fernando, á ninguno dió oidos, por ninguno mostró preferencia, con gran contento de su padre, que seguia creyendo que con ninguno podia ser tan feliz como con el tenedor de libros.

Y ocurrió la muerte de la hermosa madre de Magdalena, y más tarde la de D. Melchor.

Magdalena quedó anonadada con este tremendo golpe.

¡Quedaba sola en el mundo!

Y no era esta la única desgracia que sobre ella pesaba.

Quedaba sola y pobre.

Y convendrá explicar brevemente al lector discreto cómo habia podido quedar pobre Magdalena.

D. Melchor habia sido muy afortunado en todos sus negocios; los millones se habian multiplicado en sus manos como en las de un prestidigitador los caramelos ó las cartas de la baraja; habia sido siempre

valiente y arrojado en toda empresa, y cien veces habia comprometido su fortuna en negocios problemáticos, y siempre su buena estrella se la habia triplicado; pero llegó un dia en que la fortuna le volvió la espalda, y aquel dia fué el de su ruina y su muerte repentina.

Un suceso, al parecer insignificante, la caida de un ministro, que era un pelele, y la subida de otro pelele en lugar del caido, habia dado al traste con la fortuna de D. Melchor, como si esta fortuna fuera un castillo de naipes que se deshace al soplo de un niño.

Y eso era, en efecto, la fortuna de D. Melchor, como basada en el azar, en la intriga, en el juego, que tan juego es la Bolsa como el monte.

Es claro que D. Melchor se hubiera repuesto de aquel descalabro; mas para reponerse era preciso que hubiese vivido.

Volvió á su casa aquel dia, funesto para él y para su hija, presa de la más profunda emocion, loco, aturdido, desesperado, y al llegar al umbral pensó en su hija, en su hija que le esperaba llena de felicidad y alegría; no quiso apenarla, y trató de disimular. El estado de su espíritu, la violencia que se hizo en presencia de su hija amada, la ira, el despecho, todo contribuyó á apresurar su fin.

Con predisposicion á esa implacable enfermedad que se llama apoplejía, de la que habia sufrido algun ataque, aquella tarde volvió á apoderarse de él, y ya hemos visto cómo hizo presa en su postrada naturaleza, sin dejarle un momento siquiera para despedir-

se de su hija, y para dar un eterno adios á las miserias del lujo y la opulencia, volviendo los ojos á Dios.

Los amigos del banquero cumplieron su deber al lado de Magdalena, acompañándola, sirviéndola, consolándola en tan grande infortunio; pero no pudieron evitar que la triste llegara á saber á los pocos dias el estado en que la muerte de su padre la dejaba.

La fortuna de D. Melchor estaba en manos de todo el mundo; todo el mundo tenia derecho á su fortuna ménos su hija.

Toda aquella opulencia no era suya.

Un mes despues de la muerte de D. Melchor, Magdalena no tenia ya cuadros magníficos, ni suntuosos muebles, ni su posesion en Biarritz, ni su palacio del barrio de Salamanca, ni coches, ni caballos; no tenia más que algunas alhajas de su madre, y unos diez mil duros que le habia producido la venta de las suyas.

Tener esto no es realmente ser pobre; pero Magdalena no sólo se juzgaba pobre, se consideraba en la miseria.

Tenia para vivir, pero no podia vivir con lo que tenia.

La marquesa del Rosal, prima hermana de la madre de Magdalena, llevó á su casa á la huérfana, y la asistió cariñosamente en la enfermedad que tuvo á consecuencia de las desgracias que la fatalidad habia descargado sobre ella.

Y acaso habria muerto de dolor, si no hubiera habido en su corazon una esperanza: Fernando.

Fernando debia volver á fin de año de los Estados-Unidos.

Ella le escribiria que apresurase su vuelta.

Fernando la habia escrito muchas veces que sus negocios iban perfectamente, y en todas sus cartas le prometia las mayores felicidades.

Lo que debia sentir era la muerte de su padre querido; en cuanto á su fortuna, Fernando vendria á ofrecer á sus piés otra más sólida, más segura.

¡Pobre Magdalena! En medio de su infortunio, lo único que no habia perdido era la vanidad; lo que precisamente habia de hacerla más desgraciada.

Si otra persona hubiese estado en aquellas circunstancias al lado de Magdalena, mucho habria podido influir con sus buenos consejos y sensatas reflexiones para cortar aquel vicio dominante en la hermosa huérfana; pero la marquesa del Rosal no podia dar consejos contra un vicio que ella misma tenia.

En vez de combatirlo habia de estimularlo y alentarlo de todas maneras.

Magdalena, bien aconsejada, hubiera hallado en la repentina ruina de su fortuna una enseñanza que le habria sido muy útil y convoniente, que habria modificado su carácter, haciéndola comprender que la vanidad es la pasion más miserable y mezquina de la flaca humanidad, y que sólo hay una vanidad estimable y provechosa: la de obrar bien.

Mas todo esto era griego para la marquesa de Rosal, cuyo retrato verá el lector en el capítulo siguiente.

III

La marquesa del Rosal.

Seguro estoy de que mis lectores de Madrid conocen á la marquesa del Rosal, porque mujer más conocida que ella no se encuentra en la corte de esta monarquía democrática, por una temporada.

Las personas que no la han conocido ántes de ser marquesa, creen sin duda que esta señora es una de las más ilustres representantes de la antigua nobleza española, al verla tan vana y altanera, porque tiene la buena de la marquesa toda la apariencia de una egregia matrona, de una de aquellas damas de quienes cuentan las crónicas altos hechos, y cuyas hazañas andan por ahí en dramas y leyendas.

Pero se equivocaria quien supusiera tan empingorotada nobleza en la sin par marquesa, porque yo sé de buena tinta que es hija de un honrado alabardero

y de una no ménos honrada planchadora, y nieta por parte de padre de un portero de las Caballerizas reales, y de un zapatero remendon por parte de madre.

Casó con el marques del Rosal, miembro, aunque podrido de vicios, de la más pura aristocracia, y desde aquel momento renegó de su orígen, y se aplicó á desempeñar su papel de dama principal con tal afan, que en verdad no habia en Madrid quien la igualara en soberbia y elegancia.

No era así su marido, hombre llano si los hay, que no se preocupaba de su nombre ni de sus títulos, y se reia grandemente de todas las aristocracias del mundo, prefiriendo el trato de los boleros, y sobre todo de las boleras del teatro, y unas *mollares* y unas *manchegas* á la más entonada y elegante reunion, y una cena en los *Andaluces* al más suntuoso banquete de Palacio. Gustábanle mucho las mujeres, las *jembras*, como él decia democráticamente, pero no las que vestian raso, encajes y terciopelo, sino las que usaban el modesto percal, el pañuelo en la cabeza, ó la mantilla de tira, y sobre todo las de vida airada. Estas eran su encanto, y muchas veces se le veia en la calle de Sevilla departiendo amistosamente con alguna moza buena ó mala, que á veces le decia *guason*, *chavó* y otras frases que, si no eran del mejor gusto, demostraban la confianza y cordialidad con que la buena moza distinguia al marques del Rosal.

En las reuniones de las gentes de su clase, rara vez se le veia; pero se le podia encontrar en casa del

Cabo, hombre de mucha fama, llamado así porque habia llegado á ese grado en la Milicia nacional, y hecho todo género de heroicidades, á fuer de patriota, que tenia una casita de juego en la plaza del Angel, ó en la partida del *Cuco*, que era otro empresario de *monte*, ó en la de la viuda de Garduña, que tambien tenia un poquito de juego en su casa, favorecida por las más empedernidas cucas de Madrid, y malas lenguas decian que tambien solia concurrir el marqués á la tienda de vinos del Sevillano, en la calle de Gitanos; establecimiento de gran fama por la singular habilidad con que el Sevillano componia, asaba y empanaba las chuletas y freia las calandrias, que era cosa de chuparse los dedos de puro gusto.

No sé en qué lugar conoció el marqués á Catalina Lopez, que así se llama la marquesa; enamoróse perdidamente de ella, y ella, que era muy ladina, supo capearle y marearle de tal modo que, sin pedir consejo á sus parientes, y ménos darles cuenta de su intento, se casó el marqués con Catalina una mañanita en la parroquia de San Márcos, con gran aplauso del barrio, donde era muy popular la desposada, y con gran escándalo de la aristocracia, tan mal representada por aquel loco de atar.

Y entónces fué cuando al marqués le dió gana de frecuentar la alta sociedad para presentar á su mujer. Parecia como que tenia empeño en mortificar y humillar á los de su propia clase.

Catalina fué recibida porque no habia otro remedio, toda vez que era la esposa legítima de uno de

los más nobles indivíduos de la grandeza, pero fué recibida con visible prevencion y significativo desden; y como Catalina, si bien no tenia nada de noble, tampoco tenia pelo de tonta, formó empeño en destruir aquella antipatía, y llegó al fin á conseguirlo, acreditándose de discreta y elegante.

En aquel matrimonio, ella, la hija del pueblo, parecia la noble aristócrata, la gran señora, y él, el ilustre vástago de la más linajuda nobleza, parecia un digno descendiente de una dinastía de traperos del Rastro.

Al año de casados, el marqués habia vuelto á sus aventuras callejeras y á sus amistades de *timba*; y Catalina Lopez era uno de los más preciados encantos de la sociedad de buen tono de la córte.

Un dia, tres años despues, el bueno del marqués del Rosal tuvo gusto en ir á ver traer unos toritos de Colmenar que habian de ser lidiados en la plaza, en una corrida extraordinaria, que traia, ántes de verificarse, entusiasmados á todos los aficionados, y por señas que á la puerta del despacho de billetes hubo tales apreturas que algunos quedaron mal parados. y un jóven murió materialmente ahogado entre la multitud.

Pues, como digo, fué el marqués á caballo con los encargados de traer los toritos desde el sitio de su nacimiento, y delante de los cabestros venia muy ufano, cuando el caballo, al ver un árbol más corpulento que los demas del camino, dió asustado un brinco, que tan descuidado cogió al jinete que en

el suelo dió con su cuerpo despedido de la silla como si hubiera sido un costal.

Cayó el marqués delante de los cabestros, que pasaron saltando sobre él y respetándole, como era su deber, pero uno de los toritos de Colmenar detúvose, le olió, y luego bajando la cabeza, dió una vuelta al marqués y siguió su camino.

Cuando levantaron al pobre hombre, vieron que tenia una herida en el costado, y que de la cabeza le salia abundante la sangre.

Y el dia de la corrida extraordinaria, Catalina, que habia confeccionado y regalado la divisa más elegante que se vió en la plaza, la misma precisamente con que fué engalanado el toro de que habia sido víctima el marqués, quedaba viuda y dueña de sus acciones, bien que nunca habia dejado de ser esto último, toda vez que su marido vivió en completa libertad y muy contento con que su mujer tambien gozara del mismo beneficio.

La marquesa heredó á su marido; este habia hecho testamento en los primeros dias de su matrimonio, no porque pensara morirse, sino por dar una prueba de su afecto á la esposa, y considerando acaso que cuando él se muriera ya no tendria un cuarto: tal era el desarreglo en que vivia.

Tenia el marqués muchas deudas, y en el más completo desórden sus asuntos. Catalina puso órden en todo, pagó lo que debia su marido, y le quedó despues una renta de treinta mil reales, poco para la posicion de la marquesa en la sociedad, pero lo su-

ficiente para una mujer como ella, que podia sostener su rango con muchísimo ménos que otra, gracias á su sistema de vida, que explicaré si al lector no le parece pesada la lectura de estas páginas.

La marquesa era recibida en todas partes, y no sólo recibida, sino estimada y agasajada por todo el mundo. Su amistad era codiciada por las principales damas, porque habia tenido el singular acierto de hacerse amable y simpática para todas. Estudiaba el carácter de sus amigas y ponia todo su empeño en halagar los gustos y aficiones de cada una, con lo cual siempre estaba acorde con todas, y todas se hacian lenguas de su talento, prudencia y discrecion.

Era una mujer que sabia vivir.

Y tanto sabia vivir, que vivia á costa de los demas.

Cada dia de la semana comia en una de las casas de la aristocracia, todas las tardes paseaba en coche ajeno por la Castellana, y cuando lo necesitaba á otra hora no tenia más que hacer que pedirlo á alguna de sus amigas; en todos los teatros tenia sitio de preferencia en los palcos de las más opulentas familias; de modo que su renta le bastaba para vestir y pagar á sus doncellas, y áun ahorraba dinero.

La duquesa de las Lilas la llevaba en Agosto y Setiembre á su *chalet* de Biarritz, y ántes pasaba Junio y Julio en la villa de los condes del Ramo Verde, y era de todas las fiestas, de todas las expediciones, luciendo más que ninguna, y todo sin gastar una peseta.

Vea el lector si sabia vivir Catalina Lopez.

La vanidad de la marquesa estaba satisfecha.

Ocupaba uno de los primeros puestos en lo que se llama el gran mundo.

Con esta señora fué á vivir la huérfana.

La marquesa vivia en la antigua casa de la familia de su marido, una casa destartalada, irregular, fea, pero que tenia todo el sello de la antigua nobleza, con su escudo de armas sobre la puerta y sobre los balcones: todo transeunte, al pasar, si reparaba en aquella casa, decia: Aquí vive un grande.

Por nada del mundo hubiera cambiado la marquesa aquella casa, que, vendida, podria haberla producido para comprar otra moderna, y áun hubiese quedado mucho dinero. Aquella antigüedad halagaba mucho su vanidad.

Una tarde, restablecida ya de su enfermedad la hermosa Magdalena, la marquesa la habló en estos términos:

—Querida mía, es preciso que procures lanzar de tí esa melancolía que tanto me apena.

—Tia, mi desgracia es muy grande.

—Sí, hija mia, muy grande; pero hay que tener conformidad y valor, y no abandonarse á la tristeza y al desaliento.

—Mi pobre padre.

—¡Pobre! Dios le tenga en la gloria; pero confiesa que su abandono no tiene disculpa. Teniendo una hija acostumbrada á todos los favores de la suerte, debia haber pensado algo más en tí; debia no haber comprometido toda su fortuna: debia haber hecho tu

parte, y haberlo todo previsto para que, á su muerte, no te hallaras en la calle.

—La muerte le sorprendió.

—Un hombre que tiene familia que le sobreviva, no debe ser sorprendido por la muerte; debe adelantarse á asegurar el porvenir de sus hijos.

—¡Ay, tia! ser pobre, ¡qué horrible despertar!... ¿Qué he hecho yo para que Dios me castigue así?...

—No desesperes, Magdalena; eres jóven, eres bella, tienes talento, y puedes hacer un casamiento ventajoso.

—¡Ah!... ¡Fernando!... El es ya mi única esperanza.

—¿Fernando es aquel secretario de tu padre?...

—Sí, tia mia; Fernando me ama sobre todas las cosas de este mundo, y cuando sepa el estado en que me hallo, estoy segura de que volverá apresuradamente á ofrecerme su fortuna y su nombre.

—¿Y sabes que tiene fortuna?...

—Sí, tia; cien veces me ha escrito que sus negocios van muy bien.

—¿Y si volviera pobre?...

—¡Ah! ¡qué idea!... Seria horrible.

—Pues, hija mia, no seria eso imposible; esos hombres de negocios son terribles. Confiados en su fortuna ó en su habilidad, comprometen su fortuna cien veces, y... cuántos he conocido yo que se han quedado pobres, y ¡cuántas familias se ven en la mayor miseria por la imprudencia de uno de esos hombres!

—Fernando es sumamente juicioso. Si él hubiera

estado en Madrid, mi padre no habria muerto acaso; él con su prevision, como otras veces, hubiese evitado que mi padre hiciera nada que pudiese arruinarle.

—En fin, hay que resignarse, y tener confianza y valor.

—¡Yo reducida á la pobreza!

—No será esa tu suerte si oyes mi consejo y te dejas guiar por mí. Tú puedes hacer un casamiento ventajoso.

—Tia, yo me casaré con Fernando.

—¿Qué sabes tú?

—Por Dios, tia, él es mi prometido; mi padre aprobaba este enlace, y si Fernando se decidió á pasar á los Estados-Unidos fué porque llevaba la seguridad de mi amor, y de que yo esperaria su regreso.

—Pero, ¿quién sabe lo que puede suceder?... Las circunstancias influyen mucho en todos los actos de la vida. Tu prometido me pareció siempre un poco excéntrico.

—Es el más noble y honrado de los hombres.

—No lo niego; pero hay hombres muy honrados y muy extravagantes, sin embargo. Nunca le vi en las reuniones de tu casa, ni en los teatros...

—Tiene un carácter un poco reservado; y además trabajaba asiduamente siempre.

—Recuerdo que tu mamá no veia con gusto tu amor á Fernando.

—Porque mamá queria para mí un príncipe á lo ménos; su cariño maternal era tan grande que todo le parecia poco para mí.

—Un príncipe no, pero desearia una noble alianza; tu casamiento con algun grande de España; por ejemplo, el hijo del marqués de la Azucena, que tan enamorado estuvo y está de tí.

—Tia, Fernando es mi primer amor.

—¡Ay, Magdalena! ¡si vieras qué pocas mujeres se casan con su primer amor!...

—Tia, me va V. á entristecer más...

—Dios me libre; no hablemos del asunto ahora. Lo preciso es que te restablezcas enteramente, que recobres tus bellos colores y tu hechicera sonrisa, y que vuelva tu D. Fernando pronto. Pero ha de volver rico, porque yo no permito que te cases con un pobreton. ¿Te casarias tú con un pobre, con uno todavía más pobre que tú?

—Tia...

—Contesta.

Magdalena iba acaso á contestar que no, pero no se atrevió.

—No sé, dijo, no hablemos de eso, tia. ¡Ay! ¿cuándo volverá Fernando?

Y pregunto yo.

¿Tendria la marquesa del Rosal algun motivo de aversion ó antipatía hácia Fernando?

VI

Magdalena á Fernando, y Fernando á Magdalena.

Magdalena escribió á Fernando para darle la infausta noticia de la muerte de D. Melchor, y Fernando se apresuró á contestar expresando todo el sentimiento que le habia causado tan inesperada desgracia, y haciendo protestas más apasionadas que nunca de su amor á la huérfana.

Cuando esta supo el estado á que la dejaba reducida la muerte repentina de su padre, volvió á escribir á Fernando.

Conveniente me parece copiar aquí la carta escrita por Magdalena, y la contestacion de Fernando.

Hé aquí la primera:

«Mi querido Fernando: Ya estoy mejor, mejor de salud, pero en el estado de abatimiento y tristeza que puedes suponer cuando sepas toda la extension de mi desgracia.

»Al perder á mi muy querido y amante padre, lo he perdido todo, todo; en una palabra, he quedado pobre.

»Mi padre no tuvo tiempo de hacer testamento; no ha podido poner en órden sus asuntos, y ha resultado que debia enormes sumas, y han de pagarse con lo que tenia en bienes y efectos, porque en efectivo poco ó nada habia en casa á su muerte.

»Nuestra casa, aquella hermosa casa del barrio de Salamanca, con tanto gusto adornada por mi pobre mamá, donde están todas las alegrías, todos los recuerdos de mi risueña infancia, ya no me pertenece. Por compasion, sin duda, me han dejado conservar mi piano y algun otro objeto. Lo demas todo es ya de alguno más afortunado.

»Ahora vivo en casa ajena, en la de mi tia la marquesa del Rosal, una casa antigua, triste, en la calle de Segovia, que seria un sitio muy aristocrático en el siglo XVII, pero ahora es una calle de las más extraviadas, frecuentada por carreteros y lavanderas, y cada vez que me ocurre asomarme á la ventana, lo primero que veo pasar es un entierro, como que es camino para los cementerios. Mi tia ha formado empeño en vivir siempre en esa casa, precisamente por su apariencia de antigua nobleza, pero te aseguro que es una triste vivienda, y mucho más para mí, porque no puedo ménos de considerar la diferencia que hay entre este palacio severo, viejo, agrietado, sombrío, y mi linda, alegre, elegante y encantadora casa de las afueras de la puerta de Alcalá.

»¡Cuánto desearia volver á adquirir aquella casa, amado Fernando!

»Es triste, muy triste verse pobre, quien ayer era considerada la más rica de la córte, compadecida la que fué envidiada. Si tu amor y los cuidados y cariñosa solicitud de la marquesa no me dieran esperanza y aliento, pronto seguiria al sepulcro á mi pobre padre.

»La marquesa se empeña en que salgamos á pasear algunos ratos por las afueras, y salimos en uno de los coches de los marqueses de la Azucena, que lo han puesto enteramente á nuestra disposicion. Y me da una pena acordarme de mi linda carretela, de mi ligera victoria... ¡Pasear en coche prestado la que los tuvo propios!... Tú, amado Fernando, eres mejor que yo, y acaso encontrarás en lo que te digo algo de vanidad... Tú sabes cómo he sido educada y me disculparás, comprendiendo cuán penoso es pasar de aquella vida dulce, dichosa y regalada á estas estrecheces y amarguras.

»Vuelve pronto, por Dios, vuelve á consolar, á fortalecer á tu amada,—*Magdalena.*»

A esta carta dió Fernando la correspondiente contestacion, por la cual conocerá el lector el carácter del noble jóven, que ha de ser una de las principales figuras de esta narracion:

«Mi amada Magdalena: Recibí tu carta con ansia esperada, y mil veces he besado tu nombre, tan dulce y tan grato para mí. Gran pena me causa tu tristeza, y ¡ojalá hubiese podido volar á consolarte! pero

tengo solemne compromiso de estar en Nueva-York ocho meses todavía, y es de tal naturaleza este compromiso, que nada puede relevarme de su cumplimiento. Está empeñada mi palabra de honor.

»Todavía no he vuelto de mi dolorosa sorpresa por la muerte de tu pobre padre, que tanto me queria y á quien tanta gratitud debo. Todos los dias uno en mis oraciones, porque yo, aunque jóven y liberal como el que más, no he perdido la costumbre de rezar, los respetables nombres de tus padres y los de los desventurados mios, que tan pronto perdí. Ellos bendecirán desde el cielo nuestra union, Magdalena mia.

»Me dices en tu última carta que te has quedado pobre.

»Comprendo tu pena; has sido una niña mimada por tus padres, dueña de todos los bienes de la fortuna, educada en el lujo, en el fausto, acostumbrada á la sociedad de los dichosos, y sin conocer privacion alguna, sin verlas á tu alrededor, sin saber acaso que hay pobres en el mundo, y es natural, es lógica tu dolorosa sorpresa al hallarte, no pobre, porque pobre no estás aún, sino privada de todo lo que constituye la opulencia, el fausto, la grandeza.

»Eso no vale nada, Magdalena; ya has visto que todo ese lujo, toda esa opulencia que echas de ménos no dan la felicidad, ¡qué la han de dar!... Al contrario; esos bienes que lloras perdidos causan ahora tu desgracia, tu dolor, tu tristeza. Yo de mí sé decirte que en nada estimo esas riquezas, esas vanidades del

mundo, y creo que la reflexion y el tiempo te han de hacer pensar lo mismo que yo pienso. Te haria una injuria, si no lo creyera así, si dudase de tus hermosos sentimientos.

»Repito que tu sorpresa y tu dolor son naturales, tan naturales como serian el asombro y la alegría del que pobre y miserable hoy, amaneciera mañana rico, grande, opulento, rodeado de comodidades y de aduladores.

»Llora la muerte de tu buen padre, que esa es la desgracia real y verdadera que pesa sobre tí; pero, por Dios, no llores por esas futilidades del lujo, por esa ostentacion que es un sueño, una ilusion en este valle de lágrimas; no llores por haber perdido la admiracion de gente superficial y poco dada á pensar, y ten más orgullo en ser pobre que en haber sido rica.

»Tu padre ha muerto y ha dejado bastante para pagar lo que debia; pues eso debe satisfacerte, eso debe consolarte de tu pobreza. Los tontos y las envidiosas no admirarán tus joyas, tus riquísimos trajes, tus coches y tus caballos; pero las personas de juicio admirarán tu noble carácter, tu virtud, si ven que llevas dignamente la corona de la honrada pobreza.

»Más te quiero, más, y parecia imposible que te pudiera querer más, ahora que me dices que estás pobre, y voy á ser franco y sincero contigo: si no fuera porque tu estado es consecuencia de la muerte de tu padre, de mi venerado amigo y protector, te diria que me alegro de que estés pobre.

»Así lo deberás todo á mí, á mi amor inextinguible,

y yo seré mucho más feliz, porque trabajaré más, porque todo mi afan será hacerte dulce la existencia á mi lado. Y si tú me amas, participarás de ese orgullo legítimo que tendré cuando te vea dichosa.

»Yo te juro que verte dichosa es mi pensamiento constante, y que he de procurar conseguirlo.

»Esto es egoismo puro, pero egoismo plausible, porque siendo tú dichosa lo seré yo.

»¿Quieres consolarte tú misma de ser pobre?... Pues yo te voy á decir los medios que has de emplear para lograrlo.

»Visita á los pobres.

»Tu buena madre y tú repartíais muchas limosnas, ya lo sé, pero lo haciais enviando los socorros á personas que os escribian pidiéndolos, ó contribuíais al aumento de los fondos de Beneficencia, tomando parte en suscriciones, aceptando localidades para funciones destinadas á un objeto caritativo, pidiendo en las iglesias en Semana Santa; es decir, que no veíais á los pobres á quienes consagrábais sumas bastante considerables.

»Ahora acaso no puedes hacer eso, no les puedes dar tanto como les dabas ántes, pero pnedes visitarlos, puedes socorrerlos con poco, y te lo agradecerán mucho más, porque, si el socorro es corto, en cambio serán de grandísimo valor unas palabras tuyas de consuelo y caridad.

»Contemplando de cerca las desgracias ajenas, es como se aprende á conocer y apreciar la extension de las propias.

»Cuando veas una madre rodeada de niños desnuditos, y le des una parte de tu ropa inservible, verás cómo lo agradece y cómo te bendice.

»El anciano enfermo, que se está muriendo de hambre en una guardilla, solo, sin un hijo, sin un amigo, ¡qué gran consuelo recibirá si ve llegar á su lado un ángel como tú, que le habla cariñosamente, que le devuelve la fe que acaso habia perdido, que le ofrece con amor una taza de caldo!

»La pobre niña que en una noche de horrible invierno pide una limosna al indiferente transeunte, poniendo los delicados pies sobre la nieve, aterida de frio, muriendo de angustia, ¡qué alegría recibirá cuando te vea llegar y entregarle unos zapatos viejos, una camisa usada y una moneda de cobre!...

»La marquesa del Rosal, con quien me dices que vives, es, segun tengo entendido, de alguna de esas asociaciones caritativas, cuyos esfuerzos en favor de los desvalidos tanto honran á las damas españolas; ella podrá llevarte á ver de cerca la miseria, y ante este espectáculo yo te aseguro que hallarás ménos grande tu infortunio, y tu noble y tierno corazon sentirá los más dulces y generosos afectos, y rechazará como cosa baladí toda idea de pueril vanidad y miserable orgullo.

»Yo he visto muchos infortunios en España, y los he visto aquí tambien, en esta maravillosa ciudad de la riqueza más poderosa; los he visto en medio de los mares, y he aprendido, por mi bien, á despreciar las riquezas, y á comprender que son una cosa muy

secundaria para la verdadera felicidad. He visto hundirse en un segundo las más altas vanidades de la tierra, he visto la humillacion de muchos poderosos, pero nunca he visto, Magdalena mia, hundirse la humildad ni humillarse ante nada la virtud.

»Para otra que no tuviese tu claro talento y tus hidalgos sentimientos, esta carta seria un sermon enojoso; para tí estoy seguro de que será agradable y consoladora.

»Ella te hace conocer mis ideas, mi carácter.

»Si la suerte me favorece y soy lo que se llama rico, apreciaré el favor, y procuraré emplear dignamente en el bien mis riquezas, sin vanidad ni orgullo.

»Si, por el contrario, he de ser pobre, no me abatirá, está segura de ello, la pobreza, ni envidiaré á quien haya sido más favorecido, ni tampoco me humillará mi poca fortuna.

»Salud para trabajar, fe en Dios, y ánimo fuerte para cumplir todos los deberes; hé aquí lo que yo deseo tener siempre.

»¿Aprobarás tú estas ideas? Dudarlo siquiera seria ofenderte, y no puede ofenderte quien te ama sobre todas las cosas de este mundo.

»Adios, Magdalena querida; todos los correos recibirás carta mia, y llegue pronto el dia en que pueda estrechar tu mano y decirte cuánto te amo.

»Adios, otra vez, mi siempre amada Magdalena. Dios te bendiga y nos conceda largos dias de amor y felicidad.—Tu *Fernando.*»

Magdalena leyó muchas veces esta carta, y halló en su lectura consuelo y esperanza.

Las reflexiones de Fernando le parecian muy dignas de ser atendidas, y comprendia que aquellas ideas, tan sencillamente expresadas, eran mucho más juiciosas que las de la marquesa.

—¿Has recibido carta de tu Fernando? le preguntó esta.

—Sí, tia, una carta que prueba, como todas, su amor y su buen corazon. ¿Quiere V. leerla?...

—No tengo empeño.

—Yo sí quiero que la oiga V.

—Como quieras.

Magdalena leyó la carta, que la marquesa oyó con atencion.

—¿Qué le parece á V.?...

—Sí, sí, me parece un buen muchacho tu Fernando, lo que se llama un buen muchacho; pero hay en esa carta algo que...

—¿Qué?... No puede ser más cariñosa.

—Sí, sí, muy cariñosa... y no está mal puesta, no; pero tiene así como cierta intencion...

—¿Intencion de qué?...

—Parece una leccion.

—¿Una leccion?...

—Sí, hija, sí... todas las ideas que expresa son buenas y honradas, pero... en fin, ya te he dicho que tu prometido me parece un poco extravagante. Debe ser refractario á los usos y costumbres del gran mundo, del buen tono... un hombre de bien, eso no se lo

niego, pero no un jóven brillante, distinguido, uno de esos jóvenes que se imponen á la sociedad, que asaltan los primeros puestos de la política, que son cuando quieren embajadores, ministros... Un jóven así hubiera querido tu madre para tí; muchas veces hablamos de ello.

Y Magdalena se quedaba pensativa despues de oir á su tia la marquesa del Rosal. Vea el lector cuánto se habia aristocratizado Catalina Lopez.

El honrado alabardero que le dió el ser no habria conocido á su hija, si le hubiera permitido Dios resucitar para que tuviera el gusto de verla.

Y verdaderamente era singular que la que se crió en medio del pueblo, en una casa de vecindad de la calle de Amaniel, sin haber aprendido siquiera á leer, hubiese llegado luego á parecer una señora sumamente discreta é ilustrada, con razon considerada como una de las más distinguidas de Madrid.

Catalina Lopez hubiera sido una actriz eminentísima que habria vuelto loco al ilustrado público.

V

Donde el lector conoce á unas señoras.

Causó en Madrid gran sensacion la repentina muerte de D. Melchor; pero mayor la produjo la noticia de que D. Melchor no tenia una peseta suya.

Todo el mundo compadeció al pobre hombre en su muerte; pero luego que se supo que habia muerto completamente tronado, entónces todo el mundo se volvió contra él, y los mismos que le ensalzaban cuando vivo y cuando muerto, miéntras le creyeron millonario, le deprimieron é insultaron no bien supieron el chasco que les habia dado.

Durante muchos dias no se habló de otra cosa en Madrid que de D. Melchor.

Esta sociedad, entusiasta del Exito, es implacable con los mismos á quienes ha sublimado, cuando los ve caidos y maltrechos.

Decíase que D. Melchor habia derrochado su fortuna y la ajena sosteniendo con todo lujo mujeres aventureras, y hasta señalaban los maldicientes á las que suponian que habian sido odaliscas de aquel sultan.

Asegurábase que su muerte no habia sido producida por enfermedad, sino que en su propia casa habíasela dado un padre de familia arruinado por el terrible banquero, y otros decian que D. Melchor se habia suicidado al saber que iba á ser conducido al Saladero.

Contábase el gran número de familias que habian quedado arruinadas por su culpa, y con la mayor desfachatez aseguraba que le habia cogido mil duros D. Melchor, el que no los habria visto en toda su vida.

Por supuesto, se le acusaba de haber hecho negocios sucios con los gobiernos, de haber comprado, sin pagarlos, no sé cuántos bienes nacionales, de haber tenido á su cargo muchas contratas de servicios públicos con grave daño de los intereses del Estado.

En fin, á dar crédito á los detractores de D. Melchor, que no eran otros que sus antiguos aduladores, el desventurado padre de Magdalena habia sido más ladron que Caco, y era de oir con qué elocuencia encarecian la moralidad, la probidad y la honradez los mismos que eran capaces de hacer las mayores picardías del mundo, y que acaso debieron grandes favores á D. Melchor, hombre pródigo y generoso en extremo.

D. Melchor no merecia, en verdad, que la calumnia se cebase en él despues de su muerte, porque no habia arruinado á nadie, ni habia tenido vicios, ni habia ofendido á ninguno de los que le quitaban el pellejo.

El pobre hombre únicamente habia arruinado á su hija.

Las mujeres aparentaron sentir la desgracia que pesaba sobre esta; pero la consideracion de que la suerte les habia librado de una rival poderosa, que parecia invencible, no dejaba de halagar á las damas y damiselas del gran mundo.

Ya no seria Magdalena la que más lujo ostentase en su tren en la Castellana; ya no seria ella la que en su palco del Real atrajese todas las miradas, preocupando lo mismo á los jóvenes á la moda que á los hombres políticos, que á los más encopetados personajes de la aristocrocia; ya no seria la reina de los salones y de la moda; ya no se oiria, como ántes, en todas partes, cantar alabanzas y loores de la hermosa, de la riquísima, de la incomparable Magdalena.

La vanidad de las damas y damiselas del gran mundo se enorgullecia de aquel triunfo sobre la vanidad de Magdalena.

¡Como si su vanidad no estuviera tambien expuesta á todo género de contingencias y eventualidades; como si pudiera haber en el mundo persona alguna libre de los caprichos de la suerte; como si hubiera en esta miserable vida humana algo que no sea frágil y perecedero!

Magdalena recibia muchas visitas en casa de la marquesa del Rosal; sus amigas iban, hipócritas, á manifestarle sus simpatías y prodigarle sus consuelos; en realidad iban á ver qué figura hacia la triste abandonada de la fortuna, la reina destronada y vencida por el infortunio.

Y Magdalena, en lugar de manifestar noble entereza, calma, tranquilidad en aquella situacion, aparecia apenada, triste, inconsolable, y dejaba ver claramente qué profunda herida habia hecho en su alma la pérdida de sus galas, y qué arraigada estaba en ella la funesta pasion de la vanidad.

Nadie le hablaba de su pobre padre, nadie de su amorosa madre; todos le hablaban del lujo, de las reuniones, de las fiestas aristocráticas, de las bodas que se concertaban ó se verificaban en la alta sociedad; de todo aquello que no le importaba, que no le debia importar á Magdalena.

Los jueves á primera hora de la noche se reunian en casa de la marquesa del Rosal las amigas de esta.

Allí concurria la de la Azucena, señora muy rica, americana, y muy fea, con su hija, que tambien era bastante feita, sin poderlo remediar, y, aunque tenia un lujo escandaloso, no podia conseguir parecer ménos fea de lo que era; esta niña de diez y ocho años tenia el alma fea tambien, como que la envidia se habia apoderado de ella, y no podia perdonar á Magdalena la hermosura. Otra de las favorecedoras de la casa *solariega* de Catalina Lopez era la vizcondesa del Tronco, una gran señora, alta, seca, mal encarada,

gran política, absolutista intransigente, cuyo bello ideal era ver ahorcar, ó saber que cada dia era ahorcado algun pechero, fanática admiradora de la Inquisicion, cuya benéfica institucion echaba de ménos; siempre seria, siempre grave, siempre á la altura de sus circunstancias.

Acaso el lector extrañe que dama tan linajuda fuese amiga de una Catalina Lopez, aristócrata de ocasion; pero esto se explica, porque la del Rosal habia tenido el talento de hacerse simpática á la noble y poderosa señora, manifestando completa conformidad con las rancias ideas que la distinguian; y como esta conformidad de ideas solamente la hallaba en Catalina, no era extraño que la creyera por todo extremo digna de su amistad. Además, la marquesa del Rosal habia manifestado á su nobilísima y empingorotada amiga que tenia sus sospechas de que en su nacimiento habia habido algun misterio, y este misterio podia ser que fuera ella hija de personas de elevado rango, y que el alabardero y la planchadora hubiesen sido sus padres fingidos, no más. La del Tronco, que era en extremo aficionada á estas historias, habia pensado mucho en la que le refirió la del Rosal, y las conjeturas de esta eran para ella completa realidad.

¿Quién sabe, pensaba la espetada señorona, si Catalina será hija de nuestro amado difunto rey?... Los reyes tienen tambien sus pasiones, y mil ejemplos hay en la historia... Y eso de que el padre aparente de mi amiga haya sido un alabardero, es

un indicio vehementísimo. Acaso el alabardero, estando una noche de guardia, inmóvil como una estatua, velando por sus reyes, recibiria ese precioso depósito.... Ello es que es imposible que una mujer de su talento, de sus elevadas ideas, de sus nobles impulsos sea hija de un pobre soldado. Por sus venas no circula sangre plebeya, y esto lo conozco en la impresion que me causa su presencia, en el encanto que encuentro en sus palabras, en la dignidad que resplandece en su fisonomía, en su noble ademan, en sus ideas impropias de un ser nacido en medio del pueblo, ó, mejor dicho, del populacho.

Para Catalina habia sido una buena fortuna lograr el afecto de la del Tronco, porque cuando las demas grandes señoras vieron que aquella la estimaba y la distinguia tanto, creyeron que ellas tambien podian estimarla y distinguirla, porque en punto á elegir amistades, la vizcondesa era severísima, como en todo, y no concedia la suya más que á personas bajo todos conceptos irreprochables.

La condesa del Fresno era tambien muy amiga de la marquesa del Rosal, y no faltaba ningun jueves á pasar las dos horitas de reunion en la casa de la calle de Segovia.

Estaba separada de su marido, que pasaba en Paris la mayor parte del año, y entretenia la buena señora sus ocios averiguando vidas ajenas, haciendo visitas, y hablando pestes de su marido, que, en efecto, no era un modelo de fidelidad conyugal.

Y completaban la reunion otras señoras muy co-

nocidas en la buena sociedad, cuyos caractéres ofrecian bastantes diferencias, pero todos coincidian en un punto: en la vanidad.

Héaquí su conversacion un jueves, algunos meses despues de la muerte de D. Melchor:

—¡Qué pena me da, decia la hija de la marquesa de la Azucena hablando con la triste Magdalena, ver tu palco del teatro Real, que lo han tomado ahora las de Rayo, ese advenedizo que se ha hecho rico en América, y que son más burlonas!... La otra noche las presentaron en el baile de la duquesa del Surco, y se acreditaron de impertinentes y fastidiosas. Una de ellas cantó con una voz tan lacrimosa que daba ganas de llorar oirla. Pero como tienen tanto dinero, todos estaban entusiasmados con ellas...

—Los grandes, observó la del Tronco, se han empequeñecido mucho. Por eso se atreven á invadir nuestras casas esas personas de dudosos antecedentes, como el Sr. Rayo...

—Dios sabe lo que habrá sido ese Rayo en América, dijo la marquesa de la Azucena...

—Habrá sido mercader ó cosa por el estilo, añadió la del Tronco.

—Cuando pases el luto, Magdalena, es preciso que recobres tu palco, y lances de allí á las de Rayo, añadió Rosalía, que así se llamaba la hija de la marquesa de la Azucena.

Esto, dicho con el tono más cariñoso, era un dardo lanzado alevosamente contra la herida vanidad de Magdalena.

—Yo no voy al teatro Real, dijo la del Tronco, porque esos bailes de sílfides que se ven allí no me parecen decorosos. Aquellas infelices salen casi desnudas. Se ha perdido el decoro en el teatro, como en todas partes.

—Tampoco á mí me gusta ver esos bailes, añadió la del Fresno, no porque salgan aquellas jóvenes más ó ménos vestidas, sino porque me recuerdan las aficiones de mi señor marido.

—El conde, observó la del Tronco, se olvida de su clase y de sus nobles ascendientes... ¿Dónde está ahora ese gran calavera?...

—En Paris, amiga mia, en Paris; es el jefe y pagador de la *claque* que en el *Chatelet* aplaude á madame Saltini, una italiana que baila los imposibles. Más vale que esté por allá, porque á lo ménos no le veo desde mi palco aplaudir y echar ramos á algunas de esas sílfides.

—Hay hombres de unos instintos singulares, observó la de la Azucena.

—En ese punto, añadió la del Rosal, mi difunto esposo dejaba atras á todos los hombres.

—Y este año, ¿no sales á baños? preguntó Rosalía á Magdalena; ahora necesitas más que nunca distraerte.

—Sí saldrá, se apresuró á contestar la marquesa del Rosal, conociendo la aviesa intencion de la fea envidiosa.

—Mamá quiere, prosiguió esta, que vayamos este verano á Suiza; acaso papá compre un *chalet* allí, por-

que los médicos dicen que á mí me convendrá pasar algunos meses en aquel clima. La *ville* de Biarritz, que compramos hace tres años, no me gusta ya; un banquero judío de Burdeos ha hecho otra enfrente, y nos ha quitado las mejores vistas. Yo quiero que papá venda esa posesion, pero mi hermano Rafael no quiere. Me parece á mí que le gusta una de las hijas del judío.

Este Rafael era el mismo á quien se referia la marquesa del Rosal en su conversacion con Magdalena, de que se ha hecho mencion en el capítulo anterior.

Rafael habia estado muy enamorado de Magdalena, y aún lo estaba, y su hermana creia que la noticia de que á Rafael le agradaba otra habia de mortificar á Magdalena. Por esto únicamente se lo decia con su acostumbrada mala intencion.

La muchacha era una víbora.

Por fortuna, Magdalena no habia pensado nunca en Rafael ni le habia hecho concebir esperanzas.

—Mi hermano, continuó la fea, se irá este año á la posesion de Biarritz, y nosotras con papá á Paris quince dias para equiparnos, porque en Madrid, hija, no puede una vestirse, y luego á Suiza. Tú, ¿á dónde piensas ir?

—No sé todavía lo que dispondrá mi tia; ahora ella es mi única familia.

—Irá, se apresuró á decir la marquesa, á donde quiera, á Dieppe, ó á Arcachon, ó á donde mejor le parezca.

—El otro dia, prosiguió la viborilla, te iba á decir, y se me pasó, que si te gusta la carretela que te enviamos todos los dias; si prefieres el *clarens*, dilo; ahora ha comprado papá otro coche, y puedes elegir á tu gusto. Nunca serán tan buenos como los que tú usabas...

—Vamos, niña, dice la marquesa de la Azucena, queriendo atajar á su hija, que se complacia en martirizar á Magdalena, vamos, que tenemos que vestirnos para el baile de la embajada.

Y poco despues salen la marquesa y su hija, despues de haber abrazado y besado esta con grandes extremos de cariño á Magdalena.

La huérfana, al verse sola con su tia, rompió á llorar con la mayor amargura.

—¿Por qué lloras, hija mia? le pregunta.

—¿No ha oido V. á Rosalía?

—Sí, la he oido; es una envidiosa.

—¡Ah! tiene mal corazon, se goza en mortificarme, en humillarme.

—Discúlpala; la pobre no tiene otro recurso.

—¿Por qué me odia tanto? porque ella me odia sin duda.

—Porque es fea, hija, y tú eres hermosa.

—Tia, desde mañana quiero que no aceptemos el carruaje que sus padres nos envian.

—Eso sí que no lo podemos hacer; seria hacer un desaire á esos señores, y yo tengo por regla de conducta estar bien con todo el mundo.

—Pues yo no saldré en su coche.

—Sí, Magdalena; no hagas caso de la ruin envidia de esa niña mal criada, y considera lo que sufre la pobre viéndose tan afortunada y tan desgraciada á la vez; afortunada porque es inmensamente, rica y desgraciada porque es tan fea. Ella no puede perdonarte que seas bella, y te odia.

—¡Oh! cuando vuelva Fernando, he de vengarme de ella.

—Mejor te vengarías casándote con su hermano.

—¡Oh! no.

—Rafael es millonario; tú no sabes el dinero que tiene esa familia.

—No, no; Rafael no vale lo que Fernando. ¡Oh! si yo puedo humillar á Rosalía, si yo puedo tener otra vez lo que he tenido hasta la muerte de mi padre...

—¡ Ojalá ! yo te ayudaré á conquistar la posicion que merecen tu talento y tu hermosura.

—Tia, ha dicho V. ántes que iremos á los baños; ¿cómo he de ir?...

—Mira, aún tengo algunos ahorros para darte ese gusto. Es preciso que te distraigas y fortalezcas tu salud, y que no te crean tan pobre que has de renunciar á satisfacer esa necesidad. Iremos á los baños, y haremos que se dude, por lo ménos, que has quedado en poco favorable situacion de fortuna.

En este mundo, hija mia, la apariencia es una gran cosa.

VI

La casa de la calle de Segovia.

Han pasado tres meses.

Magdalena y la marquesa han estado en los baños y ya han vuelto á Madrid.

El coche qne desde la estacion las conduce á casa de la marquesa se detiene ántes de llegar delante del portal, no por otra cosa sino porque no puede pasar más adelante; se lo impiden unos carros qúe ocupan todo el ancho de la calle.

Las dos señoras tienen que apearse, y se ven envueltas en una nube de polvo.

—¡Jesus! ¿qué es esto? exclama la marquesa, ¿qué obra es esta enfrente de casa?...

Y corriendo se dirigen á la suya.

La marquesa, cuando la doncella abre los balcones del gabinete, no puede ménos de exclamar admirada, mirando desde detras de los cristales:

—Pero, señor, ¿qué están haciendo ahí?...

—Si V, E. quiere, preguntaré al portero, dice la doncella, tan admirada como su señora, porque tambien ha venido con esta de los baños, y por consiguiente no tenia noticia de que hubiese aquella novedad en la calle de Segovia.

—Si, sí, pregúntele V. Eso es un palacio.

—Un palacio encantado, observa Magdalena, porque hace poco no habia tal palacio.

—Lo que habia, señorita, añade la doncella, era un casaron deshabitado...

—Yo tengo mucha curiosidad, dice la marquesa; llame V. al portero ahora mismo, para que nos saque de dudas.

El portero, con su leviton bastante raido ya y su gorra en la mano, sube apresurado.

—Acérquese V., Juan, le dice la marquesa.

Este portero se expresa con cierta dificultad, no sé si por efecto de la emocion que le causa hablar con personas que considera muy elevadas sobre él, ó porque no puede más el infeliz; el caso es que casi siempre, despues de mil rodeos, viene á decir lo contrario de lo que quiere decir.

—V. E. ha tenido el honor de llamarme... dice, acercándose con actitud respetuosa.

—Ya empieza V. á decir tonterías.

—Señora, V. E. ha de perdonar las tonterías que dice V. E. que digo, no las digo con segunda...

—Bueno, bueno, basta, que lo va V. á echar á perder; le he llamado á V., porque quiero saber qué

están haciendo enfrente de casa, de quién es esa finca, y quién va á venir á vivir en ella. V. que no hace en todo el dia más que estar en la puerta, me parece que debe saber todo eso.

—Efectivamente que han hecho ahí una casa en nada de tiempo; parece que una noche la han traido de fuera, la han puesto donde estaba la otra, y esta se la han llevado luego por la calle abajo.

—¡Qué ingenio tiene V. para explicar las cosas! exclama la marquesa. Da gusto oirle á V.

—Me alegro de que V. E. diga eso, y yo se lo diré á mi mujer, que siempre está diciendo que le da rabia oirme y verme.

La marquesa no puede menos de soltar la carcajada.

—Vamos, cuente V. lo que sepa acerca de lo que se le pregunta.

—Pues hace dos meses, á los cuatro dias de marcharse las señoras, vinieron unos señores, y abrieron la casa, estuvieron viéndola, se asomaron á los balcones, luego bajaron á la calle, por señas que uno de ellos sacó una cartera y estuvo apuntando algo, y el otro traia el pelo muy largo, como si no se lo hubiera podido cortar en mucho tiempo.

—¡Qué estilo tan ameno! Siga V., hombre, siga V.

—Pues, señor, yo, aunque me esté mal el decirlo, me quedé diciendo para mí, porque yo hablo siempre para mí, pues con mi mujer no puedo hablar sin que regañemos, con perdon de V. E.:—¿Quiénes serán esos caballeros, por no decir otra cosa?...

—¡Jesus! ¡qué hombre!..,

—Señorita, si incomodo á V. E.... yo no quisiera tomarme la molestia...

—Pero, hombre de Dios, no diga V. desatinos, y cuente quién viene á vivir en esa casa de enfrente, si es que lo sabe V.

—Sí, señora, lo que es eso lo he sabido; es decir, que quien lo ha sabido es mi mujer, y ella me lo ha dicho; es decir, á mí no me lo ha dicho, porque á mí no me dice nada más que picardías, pero se lo dijo á la portera de la casa de al lado, y yo lo oí por casualidad.

—Bien, ¿y de quién es esa casa?...

—Es de un señor solo...

—Quedamos enterados. ¿Y cómo se llama?...

—Se llama... eso es lo que no sé, pero él viene del Rastro.

—¿Qué dice V.?

—Digo, me parece; mi mujer dice que viene de las Américas, y yo no conozco en Madrid otras Américas que el Rastro.

—¡Jesus! ¡qué pedazo de!...

—V. E. ha de perdonar si la he faltado al respeto.

—No, hombre, no, al respeto no me falta V., pero falta V. al sentido comun, bien que tambien á V. le falta el sentido comun. ¿Y qué más sabe V.?..

—Pues eso, que la casa la están arreglando para un señor solo que viene de las Américas; que han hecho una obra atroz, y todo lo han pintado, y todo lo han puesto como nuevo, y por detrás están haciendo

un jardin, que dicen que va á ser más bonito que el Retiro, pongo por caso, y una pajarera, y unas cuadras... Yo he visto la casa toda ya, y las cuadras son las que más me han gustado.

—Lo creemos: V. se hallaria muy bien en una de ellas.

—Y V. E. tambien...

—¡Insolente!

—Señora marquesa, quiero decir que como son casi unos salones con espejos, y con todo aparente...

—Vaya, baje V. á su portería. ¡Qué animal!...

—Tia, si el pobre no tiene inteligencia.

—¡Qué bruto!

—Gracias, señora marquesa, y en todo aquello que yo pueda... Ya sabe V. E. que soy fiel como un perro, callado como una piedra, y que por V. E. seria yo capaz de hacer una barbaridad.

—Sí; ya sabemos que de hacerlas es V. muy capaz.

El portero se marcha haciendo cortesías y pisándose el leviton, y tia y sobrina se retiran á descansar algunas horas.

Entre tanto diremos algo acerca de la casa que tanto habia llamado la atencion de la marquesa.

Pertenecia aquella casa, situada enfrente de la ocupada por la marquesa, al patrimonio de la Corona, y en ella debieron vivir empinados personajes al servicio de S. M. en el pasado siglo; hacia mucho tiempo que la casa estaba cerrada y abandonada por completo.

Un dia, poco ántes del en que salieron de Madrid la marquesa y su sobrina, se presentó en las oficinas del Patrimonio un caballero extranjero con la pretension de comprar la casa abandonada de la calle de Segovia, recomendado eficazmente por el embajador de los Estados-Unidos.

La intendencia de Palacio creyó conveniente la venta de aquel edificio, que ninguna aplicacion útil tenia, y cuatro dias despues el caballero extranjero pagaba la cantidad convenida, y recibia los títulos de propiedad en debida forma.

El dia siguiente abríase la casa misteriosa, penetraban en ella más de doscientos trabajadores, y empezaban á derribar tabiques, á poner vallas, á echar abajo el segundo piso, envolviendo en una nube de polvo á los que transitaban por la calle.

Aquello parecia cosa de magia.

La casa iba presentando un aspecto completamente distinto; un mes despues, á la vieja é irregular fachada habia reemplazado un frontis elegantísimo y del mejor gusto, con sus bonitas columnas, sus estatuas, sus airosos balcones de piedra, y el piso segundo habia desaparecido, lo que indicaba que la casa estaba destinada á una sola familia.

Tan activamente se trabajó en aquellas obras, que el dia que llegaron á Madrid la marquesa y Magdalena, se estaba limpiando de cascote y tierra la parte trasera de la casa, donde estaban el patio y las cuadras, y los carros que impidieron el paso al coche en que venian tia y sobrina recogian todo aquello

para dejar completamente expedita la vía pública.

Cuando la marquesa hubo descansado del viaje, y volvió á asomarse al balcon, quedó nuevamente admirada de ver la casa de enfrente.

—En efecto, se dijo; el portero, en su torpeza, ha dicho lo más cierto acerca de esa casa. Parece que han traido la que ahora se ve y se han llevado la que habia: ¡qué prodigio!... ¿Quién será el afortunado mortal que ha comprado esa casa y con tanto gusto la ha transformado?... Es verdaderamente preciosa.

Magdalena encontró tambien bellísima la casa, y no pudo ménos de recordar su *hotel* del barrio de Salamanca; la casa de enfrente no dejaba de tener alguna semejanza con su *hotel*, pero era mucho más rica en ornamentacion y de mayor extension.

Una semana pasó, y la casa nueva parecia estar tan abandonada como lo habia estado la antigua.

La marquesa estaba cada vez más preocupada y llena de curiosidad; pero ¿á quién habia de preguntar?

El portero era un animal y no podia encargarle la averiguacion de lo que deseaba saber, y ella no habia de ir preguntando como una comadre á las vecinas.

No tenia más remedio que devorar su curiosidad y esperar.

—Quince dias despues amaneció abierta la puerta principal del elegante *hotel*, y la marquesa pudo ver desde las rejas de su casa un portal como no habia visto nunca, con magníficos frescos, preciosos jarro-

nes, esbeltas estatuas, y en el fondo unas primorosas puertas de cristales de colores.

Sentóse la marquesa detrás de la reja, decidida á ver quién entraba y quién salia.

Y vió venir pesados *camiones* del ferro-carril que se detenian delante de la puerta del palacio, y de ellos descargaban varios hombres con mucho cuidado enormes cajas, muebles enfundados, espejos, divanes, pianos, sillerías, mesas y veladores.

Por lo que veia de los muebles, comprendia que el mobiliario de aquella casa era tan rico, tan precioso como correspondia á la suntuosidad y belleza del edificio.

Abriéronse las ventanas del piso bajo y los balcones del principal, y la marquesa, con ayuda de sus anteojos de teatro, pudo ver la magnificencia de aquellos salones, la riqueza de los muebles, las paredes vestidas de raso y terciopelo, vió, en fin, un palacio verdaderamente encantado.

—Magdalena, Magdalena, gritó llamando á su sobrina, ven á ver esto, que parece un cuento de las *Mil y una noches*.

Magdalena quedó, como su tia, deslumbrada ante aquella magnificencia.

Dos dias duró la traslacion del mobiliario á la casa misteriosa, y el siguiente vinieron tapiceros que pusieron en los balcones y las ventanas preciosas colgaduras y transparentes de gran mérito artístico,

Y pasó otra semana, y la casa permaneció cerrada, sin que se viera aparecer por allí alma viviente.

La marquesa no pudo resistir más, y mandó llamar al inspector del barrio, colocado por su influencia, y le preguntó lo que supiera acerca del incógnito dueño de aquella maravillosa vivienda.

El celoso funcionario no pudo decir otra cosa sino que el que la habia adquirido era un extranjero, un inglés, al parecer, y que todavía no la habitaba porque sin duda se hallaba ausente.

Todas las averiguaciones que la marquesa intentó fueron completamente inútiles.

Nadie sabia nada.

Una mañana abrióse otra vez la puerta del palacio, y entró un magnífico carruaje de domar, arrastrado por cuatro poderosas yeguas; el dia siguiente entró en la casa una bonita berlina, nueva, reluciente, tirada por dos caballos ingleses; la tarde del mismo dia entró una elegante carretela, vestida interiormente de raso blanco, arrastrada por dos caballos españoles de soberbia estampa. Luego volvieron á cerrarse las puertas, y los dias siguientes salian los caballos con primorosas mantas, llevados del diestro por lacayos que tenian toda la apariencia de extranjeros, y que acompañaban á los animales á dar un paseito.

—Debe ser un personaje extranjero, decia la marquesa, algun inglés de esos que tienen esas fortunas tan colosales, que junto á ellos son pobres los mismos reyes.

—Ya poco hemos de tardar en saberlo, observaba Magdalena, porque habiendo venido los coches, es

de creer que no se haga esperar el dueño de todas esas maravillas. ¡Ah! ¡qué triste es contemplar todo eso para mí, que ya he probado las delicias del lujo y la riqueza!

—Pues, hija mia, si el inquilino de esa casa se enamorara de tí...

—Tia, por Dios.

—Para eso no necesita más que verte. Los ingleses son muy entusiastas de las españolas. Si yo fuera tan jóven y tan bella como tú...

Cuando estaban discurriendo sobre lo que era objeto de su curiosidad, entró la doncella con una carta para la señorita Magdalena.

Magdalena la tomó, y miró el sobre.

—Es de Fernando, dijo.

—Y te escribe desde Paris, añadió la marquesa, viendo los sellos con el busto del emperador.

—¡Ah! ¡entónces ya viene, tia, ya vuelve Fernando!

VII

La carta de Fernando.

En el tiempo que ha transcurrido desde que Magdalena recibió la carta de Fernando que ha visto en páginas anteriores de este libro la adorable lectora, es claro que se han escrito otras muchas cartas Magdalena y su prometido, haciéndose las consiguientes protestas de eterno amor.

Magdalena siempre quejándose de su fortuna cruel; Fernando siempre aconsejándola bien, encareciendo la modestía, la humildad, la virtud sencilla, los nobles y generosos sentimientos.

La carta que acaba de recibir Magdalena es más breve que todas; hé aquí cómo anuncia Fernando á su amada, á la elegida de su corazon, su vuelta á la patria.

«Mi adorada Magdalena: Dios te bendiga, alma

mia, porque me has librado de una gran desgracia, de un crímen acaso; he tenido momentos de horrible desesperacion; yo me creia más fuerte.

»Felizmente, tú estabas como siempre en mi pensamiento, y he podido olvidar contrariedades que te explicaré á nuestra vista, para pensar sólo en tí y en nuestro amor puro, desinteresado, inmenso.

»Mañana salgo de Paris con direccion á Marsella, para ir á Barcelona, y desde Barcelona me dirigiré á Madrid la semana próxima.

»Te avisaré el dia de mi llegada.

»A pesar de lo que he sufrido, porque he sufrido mucho en pocos dias, vuelvo contento y feliz, como que vuelvo á verte, á no separarme de tí, si tú conservas, como espero, vivo en tu nobilísimo pecho aquel amor que tantas veces me juraste.

»Adios. vida de la mia; no puedo escribirte más, porque el tiempo no me pertenece.

»Se me olvidaba decirte una cosa muy importante: voy á vivir, á lo ménos en los primeros meses de mi estancia en Madrid, muy cerca de la casa de la marquesa del Rosal, donde tú vives.

»Adios otra vez.—Tu *Fernando.*»

Tia y sobrina, despues de leer esta carta, se miraron con asombro.

—¿Qué quiere decir todo eso?... dijo la marquesa.

—Me abismo en un mar de dudas y sospechas, tia.

—¿Qué desgracia le ha sucedido?... ¿qué crímen es ese que ha estado expuesto á cometer?...

—No puedo comprender.

—Parece como que quiere dar á entender que ha estado á punto de suicidarse.

—¡Qué horror!...

—¿Qué otro crímen podia intentar?...

—Es verdad, tia, eso parece.

—Pero otra cosa me llama la atencion en esa carta.

—Y á mí.

—Dice que viene á residir en Madrid cerca de mi casa.

—Sí, señora...

—Entónces... será él, será tu adorado Fernando el vecino de enfrente...

—¿Será él, tia mia?...

—¿Quién sabe?...

—No lo quiero pensar.

—¿Por qué?...

—Porque, ¿y si no fuera luego?...

—Sería un desengaño terrible.

—¡Jesus! es cosa de volverse loca.

—¿Qué piensas?...

—Oiga V. lo que yo creo.

—A ver.

—Fernando ha visto, por uno de esos azares tan frecuentes para los hombres de negocios, gravemente comprometida su fortuna, la ha creido perdida, y ha estado por este motivo á punto de cometer un acto desesperado, pero ya ha pasado el peligro, y vuelve á vivir cerca de mí, porque esa casa que tanto nos ha preocupado es suya.

—No está mal trazada tu historia, y no es por cierto inverosímil.

—Fernando ha comprendido todo el alcance de las enigmáticas frases de su carta, y quiere tenerme preocupada hasta su vuelta.

—Puede ser.

—Y luego decirme:—He cumplido el encargo que me hizo tu difunto padre; ya soy rico, y vengo á ofrecerte mi amor y mi fortuna.

—Eso parece una novela.

—Muchas veces, tia mia, pasa en la vida real lo que en una novela se cree ficcion caprichosa.

—Es verdad.

—¿V. duda?...

—Yo no sé qué te diga, Magdalena. Te confieso que no tengo gran confianza en tu galan. Es un hombre extravagante... ¿Quién sabe lo que oculta en esas frases de su carta que parecen tan sencillas?

—Yo tengo casi certeza de que ha cumplido la obligacion de hacerse rico que le impuso mi padre. Es hombre de una voluntad enérgica, á la vez que su carácter es franco, dulce, expansivo, y parece como que le estoy oyendo cuando, despidiéndose de mí padre, le decia con el acento de la más profunda conviccion:

—Volveré rico, ó no volveré.

—Entónces, puesto que vuelve, no hay que dudar, vuelve rico; sin embargo, querida mia, eso de hacerse rico no es tan fácil como se cree, no se logra cuando se quiere.

—El tiene mucho talento.

—Si vieras tú cuántos hombres de talento hay por el mundo, que no han podido jamás salir de la pobreza ó de la medianía...

—Su práctica en los negocios y su acierto son singulares; lo eran cuando estaba en casa; á mi padre le hizo ganar sumas enormes, y ya he dicho á V. que si él hubiese continuado al lado de mi desventurado padre, este no habria comprometido su fortuna.

—Bien, todo eso te lo concedo, pero, dime, ¿te parece que en seis años ha podido hacer la fortuna que representa ese palacio levantado enfrente de nuestra casa como por arte de encantamiento?...

El dueño de todo eso debe ser millonario, muchas veces millonario.

—¿Y no puede serlo Fernando?

—Sería un asombro; imposible no es, pero permíteme que lo crea difícil.

—Pues á mí me dice el corazon que algo hay de probable, de seguro en mis conjeturas.

—Mucho me alegraré; nadie desea tu bien con tanto afan como yo.

—Es verdad, tia, V. me quiere mucho.

—Y deseo verte feliz; únicamente á tí no envidiaria esa enorme fortuna.

—¡Oh! ¡qué impaciencia hasta la semana próxima que vendrá Fernando! Quisiera pasar el tiempo durmiendo.

No pasó el tiempo Magdalena durmiendo precisa-

mente, pero lo pasó soñando, soñando dormida y soñando despierta.

Su débil cerebro ardia en aquella confusion de ideas halagüeñas y tristes, de esperanzas, deseos y temores.

Pasaba horas enteras llorando bajo el influjo de sombríos y desconsoladores presentimientos.

Luego se calmaba, se reanimaba, cobraba aliento, y le sonreian las más bellas y lisonjeras esperanzas.

Era una situacion cruel la suya.

A veces la conciencia le decia que únicamente deberia pensar en el amor de Fernando, que su amor no era tan grande ni tan desinteresado como el de su prometido, puesto que la idea de que Fernando podia volver inmensamente rico ó pobre dominaba en ella completamente, y era la que causaba su afan, su incertidumbre, su inquietud, su impaciencia, su angustia.

Y Fernando era digno de ser amado de otra muy distinta manera.

Ya no faltaban más que tres dias para la llegada de Fernando.

Magdalena no hubiera podido resistir más en aquella situacion; se hubiera vuelto loca.

¡Ah! ¡maldita vanidad!...

Esta pasion era la causa del estado de profunda agitacion en que se hallaba aquella incauta jóven, que tan dichosa hubiera podido ser si hubiese tenido previsores padres que no hubieran estimulado el pícaro orgullo, el miserable amor propio de la hija amada.

VIII

De cómo le salió un primo á la marquesa del Rosal.

Dos dias ántes del señalado por Fernando para su llegada, notóse movimiento en la casa misteriosa de la calle de Segovia.

Abriéronse otra vez balcones y ventanas; se vió limpiar con esmero los muebles, quitar las fundas á las sillerías, arreglar las primorosas gasas de los espejos, poner bujías en las arañas y candelabros, hacer, en fin, todo aquello que demuestra claramente que una casa va á recibir á sus dueños.

La marquesa y Magdalena, esta con más interes ya, no se separaban de los cristales de su balcon para sorprender hasta los menores detalles de lo que pasaba en la casa del vecino, del incógnito vecino, aunque ya todo indicaba que el vecino de aquella casa de las maravillas iba á ser Fernando.

La marquesa misma creia ya bien fundadas las sospechas de su sobrina.

Todo coincidia exacta, matemáticamente, si así puede decirse, para creer que Fernando era el verdadero dueño de aquel palacio encantado: hasta el concepto de extravagante que la marquesa tenia de Fernando estaba justificado en aquellos momentos.

—Hija mia, dijo la marquesa á su sobrina, te confieso que si no es Fernando la persona á quien esperan en esa casa, nos habremos llevado un chasco inverosímil.

—No hay duda, tia, no hay duda. ¡Oh! ¡cuánto tarda en pasar el tiempo! Estos dias son siglos.

—Comprendo tu impaciencia.

—¡Oh! Una semana más de esta inquietud y me volvia loca.

—Con razon te decia yo que tu galan era un extravagante; porque, ¿quieres más extravagancia que todo esto?...

—Yo en todo veo una prueba de su amor.

—Sí, una prueba de amor, pero extravagante. Lo que él ha hecho no se le ocurre á nadie.

—Eso demuestra su talento.

Y sobre el mismo tema hubieran seguido discurriendo tia y sobrina, si otro acontecimiento inesperado no hubiera venido á preocupar su atencion.

La doncella entró con una carta.

—De Fernando; otra vez me escribe, exclamó Magdalena, y se apresuró á tomar la carta.

—Es para la señora marquesa, dijo la doncella.

—¿Para mi?...

—Y de Paris... Será de Fernando, sin duda... Ya entiendo, como estoy en casa de V., le pide á usted permiso para venir á verme aquí. Es natural.

La marquesa habia abierto la carta.

—No es de Fernando, dijo.

—¿Pues de quién?...

—A ver la firma. ¡Jesus! aquí dice, *su primo Perico.*

—¿Perico?...

—Bien claro. A ver el principio: dice: *Mi querida prima.* ¿Qué primo será este?,..

—¿No tiene V. ningun primo?

—Ve tú á saber, hija: primos tiene todo el mundo; á lo mejor le sale á cualquiera un primo, como llovido del cielo. Permíteme leerla; no sé de quién pueda ser esta carta.

—Sí, sí, léala V.

Magdalena se habia quedado con el sobre en la mano.

—¿Pero será esto para mí?... observó la marquesa.

—Sí, señora; no hay duda, el sobre dice: *A la excelentísima señora marquesa viuda del Rosal.*

—No hay otra en España.

La marquesa leyó la carta, interrumpiendo la lectura con exclamaciones de asombro, con sonrisas y hasta con carcajadas, todo lo cual excitaba poderosamente la curiosidad de Magdalena.

Cuando la marquesa hubo terminado la lectura, dijo á su sobrina:

—Hija mia, es preciso que oigas esta carta, que es curiosísima.

—Lo que me complace es que no debe traer ninguna mala noticia para V.

—Al contrario, Magdalena, al contrario. Vamos de asombro en asombro.

—Su lectura le ha producido á V. risa; debe ser muy divertida.

—No quiero tenerte con curiosidad. Yo misma te la leeré.

Mis amables lectoras me van á permitir que copie á continuacion la carta de Perico.

Y es la cuarta carta que se copia en este libro; pero mis lectoras me dispensarán, comprendiendo que todas estas cartas son precisas para el desarrollo del pensamiento de esta novela.

Las lectoras son bondadosas y discretas, y no se han de enojar con el autor por carta de más ó de ménos.

En esta confianza, entrego la carta de Perico á la publicidad.

Decia así:

«Mi querida prima: ¿Quién será este primo? dirá mi estimada prima al ver este principio, pero siga leyendo, y verá que, aunque nuestro parentesco es de aquellos que no los alcanza un galgo, está muy en el órden que nos llamemos primos, que yo la llame prima y ella me llame á mí primo, aunque no recuerde haber tenido nunca tal primo, ni nadie le haya hablado de él.

»Yo soy primo carnal, como se dice, del marqués del Rosal, cuya muerte he sabido en esta ciudad al mismo tiempo que la existencia de su viuda, de quien hanme dicho personas que la conocen que es una buena moza, y perdone la franqueza, que no se la merecia aquel calavera, á quien Dios tenga en la gloria. Ahora recordará, sin duda, mi ilustre prima haber oido á su marido hablar alguna vez de un primo que, segundon de una noble casa, y más pobre que una rata, se fué por esos mundos cansado de hacer un triste papel en la sociedad, por no tener otros defectos que ser pobre, feo, haragan y poco avisado.

»Pues ese primo soy yo.»

—Y esto es cierto, dijo la marquesa interrumpiendo la lectura; mi marido me habló de ese primo desaparecido, á quien todos sus amigos conceptuaban muerto. Y el retrato que de él hacia el marqués coincide con el que se pinta él mismo en lo que he leido.

Y prosiguió:

«De entónces acá he variado bastante; ya no me puedo llamar pobre ni haragan; avisado no lo soy poco, y feo lo soy mucho más que en aquella época de mi azarosa juventud.

»Si me pregunta V. (cuando nos veamos hemos de llamarnos de *tú*; á mí me gusta la franqueza); si me pregunta V., repito, de dónde vengo, le diré que del mundo. Lo he corrido todo; he visto la inmensidad de tontos que hay en el orbe; he visto los salvajes que no llevan más traje que un aro colgado de las narices, y los salvajes de levita y de uniforme; he estado

condenado á ser comido por unos antropófagos distinguidos en un banquete de boda; he vivido como Robinson; he gemido en prisiones como Silvio Péllico, y hasta tengo la pretension de haber descubierto alguna tierra ignorada, como Colon. Yo he visto estallar el cráter del Vesubio; he estado merendando en una de las pirámides de Egipto; he cruzado el desierto, sintiendo no hallar un *simon*, y temiendo que me hallara el *simoun*; he sido turco una temporada, y no me empalaron por misericordia divina; conozco de vista á todos los soberanos del mundo, y todos me han dado audiencia, ménos uno, que me dió cincuenta palos por mano del ejecutor, allá en Africa; he sido mercader, cantante, cómico, ministro de la guerra y presidente del gobierno de un rey negro, y más bruto que negro, y era como el azabache; he sido médico, músico, esclavo, marinero; he sido, en fin, todo lo que hay que ser; pero todo esto es para contado más despacio. He visto y sentido huracanes, terremotos, incendios, inundaciones, naufragios, y conocido lo ménos cien mil millones de caras diferentes.

»Aunque fuera yo muy pobre tendria un gran caudal de conocimientos y de experiencia. He estado en todas partes por mar y por tierra, y ahora estoy en Paris, disponiéndome á emprender el viaje de regreso á Madrid, que tantas ganas tengo de ver.

»En Paris he sabido que todos los individuos de mi familia, que maldito lo que se acordó nunca de mí, del pobre Perico, tan tonto y tan feo, han muerto,

incluso mi primo, que era para mí el más simpático de mis parientes, y siempre me demostró afecto, sin duda porque habia bastante analogía en nuestros caractéres. Solamente queda la viuda de mi primo, de quien ya he dicho que tengo los mejores informes. Sé que es V. una dama discreta, amable, bondadosa, bella, distinguida, y mi anhelo es merecer la amistad de V.; será la única que pueda tener en Madrid, porque despues de veinte años, ¿qué amigo no me habrá olvidado ya?...

»Tengo asegurado un mediano pasar, y quiero descansar de mis andanzas y aventuras, vivir tranquilamente en mi patria, y esperar con la filosofía que me caracteriza la hora de emprender el viaje á un mundo mejor que el que he recorrido.

»¿Seré tan dichoso, al regresar á mi país, que halle en V. una amiga, una hermana á quien consagrar mi afecto franco, sincero, desinteresado? Siendo ciertas, como sin duda lo son, las noticias que tengo del noble carácter de V., espero confiadamente que no me negará el favor de su amistad.

»Dentro de poco estará en Madrid, si Dios quiere, y tendrá el gusto de ponerse á los piés de V. su primo—*Perico.*»

—Hay una *postdata* que dice:

«Ignoro si vive V. en la misma casa donde nació y vivió siempre el difunto marqués; pero allá dirijo la carta, suponiendo que allí sabrán su habitacion, y si no, supongo que sabrán en Correos dónde vive persona tan notable y distinguida en la buena sociedad.»

—¿Qué te parece?... preguntó la marquesa á su sobrina.

—Es singular...

—Lo dicho, hija mia; vamos de asombro en asombro.

—¿Quién será ese hombre?

—El lo dice bien claro: mi primo Perico.

—¿Y no será todo eso una superchería?

—No, porque ya te digo que mi marido tuvo en efecto un primo de ese nombre.

—¡Ay! Estoy deseando que llegue pasado mañana y salgamos de dudas.

—Mi primo Perico, dijo la marquesa sonriendo, no dice cuándo viene; pero se infiere que vendrá pronto.

—Debe ser hombre de buen humor.

—Pronto le conoceremos. Yo estoy muerta de curiosidad.

—Y yo de angustia.

—Todavía puede que mañana recibamos alguna nueva sorpresa.

—Fernando no me dice á qué hora llegará.

—Llegará en el tren de Zaragoza; pero no creo que pienses salir á esperarle.

—¿No le parece á V. bien?

—De ningun modo. Le esperaremos en casa. Si vienen él y mi primo Perico el mismo dia, ¡cuánto vamos á tener que hablar!

IX

¡ Al fin !

Ha llegado el suspirado dia señalado por Fernando para su regreso.

Magdalena está levantada desde muy temprano, y sin dificultad me creerán mis lectoras que no ha dormido la noche anterior.

Todavía viste luto por su padre, pero se ha peinado con gran esmero, y se ha mirado al espejo muchas veces, como si no estuviese muy segura del amor de Fernando; lo probable es que no está muy segura del suyo.

Más que el amor le ha desvelado aquella noche la idea de que Fernando es el dichoso dueño de todas las riquezas que se encierran en la encantadora mansion levantada como por encanto enfrente de sus balcones.

A las ocho de la mañana, Magdalena y su tia, que

están en el balcon respirando el aire fresco y agradable de la mañana, y sin quitar ojo del palacio de enfrente, ven abrirse la gran puerta y salir por ella la bonita berlina que dias ántes vieron entrar.

En la berlina sólo van el lacayo y el cochero, que dirige los caballos por la calle de Segovia abajo.

Tia y sobrina siguen con la vista al carruaje, que sale al campo y tuerce hácia la derecha.

—Ese coche va á la estacion del Norte, dice Magdalena. ¡Dios mio! ¡qué impaciencia!

—Pero, observa la marquesa, Fernando debe venir á la estacion del Mediodía, puesto que viene de Barcelona.

Esta observacion desconcierta á Magdalena.

—Tambien puede venir por el Norte.

—Sí, pero dando una vuelta enorme...

—Dios sabe si habrá tenido necesidad de darla...

—Es verdad.

Magdalena no puede dominar su impaciencia y su angustia.

La marquesa y ella callan, y miran alternativamente á un lado y á otro de la calle, y á la casa de enfrente, cuyo portal ha quedado abierto, y en la puerta, como esperando á alguien, están dos hombres altos, flacos, colorados, rubios, dos ingleses, sin duda, vestidos de negro, que indudablemente son dos servidores del dueño de la casa.

Los balcones de esta se hallan abiertos, y se ve que en los salones todo está en órden, todo limpio y reluciente.

Otro hombre vestido de negro, como los del portal, sale á uno de los balcones y deja caer la preciosa y elegante cortina-persiana de caoba, y despues va haciendo la misma operacion en todos los balcones.

La marquesa rompe el silencio, diciendo:

—No hay duda, el dueño de esa casa llega hoy, vá á llegar ahora.

—¡Oh! sí, hoy llega.

—¿Será Fernando?...

—Tia, no me atrevo á contestar: yo tambien pregunto: ¿Será Fernando?...

Pero ya vuelve la berlina por la calle de Segovia arriba.

En un segundo suben la cuesta las briosas yeguas y se detienen delante de la puerta de la casa misteriosa. Antes de que el lacayo baje del pescante, abre la portezuela del carruaje la persona que viene dentro, y salta á la acera.

No es Fernando.

Es un caballero como de cuarenta años, gordo, no muy alto, con traje de camino.

Habla con el lacayo un momento; éste vuelve á subir al pescante, y el coche torna á bajar por la calle de Segovia; pero en lugar de volver hácia la derecha, cuando sale al campo, tuerce á la izquierda.

El caballero gordo habla con los criados que están en el portal, y luego echa á andar hácia la escalera principal del palacio.

—¡No es Fernando! ha dicho Magdalena, retirán-

dose del balcon. Síguela su tia, y la ve caer en un sofá, llorando.

—Pero, hija mia, ¿á qué viene eso?...

—No puedo más; tia, déjeme V. llorar.

—Pero, ¿qué tienes?...

—No sé, no sé, quiero llorar.

—Hoy que vas á ver á Fernando...

—¡Ah! ¡Fernando!... Ya está visto, he sido una niña, me he forjado una historia de venturas y grandezas, y todo ha sido un sueño, una ilusion.

—¡Pobre Magdalena! No te apenes todavía; porque Fernando no sea el dueño de esa casa, no hay razon para desesperarse...

—Todo parecia indicar un plan combinado por él para sorprenderme... ¿No lo creia, V. misma?

—Sí, te confieso que llegué á creer algo de lo que tú creias; pero no habia fundamento sério para ello. Toda esa historia la hemos fundado en una frase de una carta suya, y tu imaginacion y tu deseo han hecho lo demas.

—Tiene V. razon, tia, tiene V. razon; pero déjeme V. llorar mi sueño desvanecido.

La marquesa vuelve al balcon á tiempo que aparece en uno de los de la casa de enfrente el caballero que llegó há poco en el coche.

Es bastante feo.

El vecino está mirando á la calle, luego mira hácia el campo, y, por último, mira enfrente, y al ver á la marquesa en el balcon, se cala los lentes para verla mejor.

Parece el vecino bastante descarado, y la marquesa, que le ve sin mirarle, como ven muchas veces las mujeres, advierte que se sonrie, y sigue mirándola con impertinente insistencia.

—Pues lo que es ese no es inglés, piensa la marquesa, sino español y muy español. Y ya es cuarenton el condenado.

El vecino ha cambiado el sombrero de viaje por un gorro de terciopelo bordado de oro, de bastante mal gusto, por cierto.

—No hay duda, piensa la marquesa; ese es el Creso á quien pertenece esa casa. Y el maldíto no cesa de mirarme. ¡Bueno fuera que hiciera yo la conquista de ese prójimo!... ¡Oh! y en cuanto á la edad allá nos iremos. Mira, hijo, mira, que si crees que me voy á ruborizar por eso, te llevas chasco. ¡Y con qué gracia tiene ladeado el gorrito!... El podrá ser todo lo rico que quiera; pero tambien me parece que ha de ser un pájaro de cuenta, un tunante de siete suelas. Nada, no deja de mirarme... No lo extraño; si, como parece, viene del extranjero, el hombre tendria gana de ver una española.

Por la calle arriba sube otra vez el coche.

La marquesa entra en la sala, y dice á Magdalena:

—Magdalena, el coche vuelve.

Magdalena se acerca al balcon, y desde detras de su tia mira.

El coche entra en el portal, se detiene un momento, y baja de él una persona, pero la marquesa

y Magdalena no pueden verla lo suficiente para conocerla.

El del gorro, que estaba en el balcon, desaparece; sin duda va á recibir al recien venido.

Magdalena, pálida, triste, llena de confusion, queda allí junto al balcon, con la vista fija en el suelo, como quien ha perdido algo.

—Mira, le dice de pronto la marquesa.

Magdalena mira, y ve en el balcon de la casa de enfrente á Fernando, al mismísimo Fernando.

Este la ve, y grita:

—¡Magdalena!...

Y esta exclama:

—¡Fernando!...

Y en su rostro brilla radiante la alegría.

Un momento despues, Fernando entra en la casa de la marquesa, y Magdalena sale á recibirle.

Fernando estrecha con efusion y profundamente conmovido la mano de Magdalena.

Esta no sabe qué decir, no acierta á hablar.

Fernando saluda á la marquesa, y sin poder reprimir su emocion, le suplica le dispense que no haya podido contener su deseo de ver á Magdalena, y haya olvidado que esta se halla en casa ajena.

La marquesa, con su amabilidad acostumbrada, le dice unas frases bondadosas, manifestándole el placer que tiene en recibirle.

Y por las mejillas de Fernando corren dos lágrimas que ennoblecen más y más la severa, la noble fisonomía del jóven.

—Señora, V. dispense, dice; estas lágrimas las debe mi profunda gratitud al padre de Magdalena, á mi generoso protector.

Magdalena baja los ojos; ella no se habia acordado de su pobre padre en aquel momento.

Las nobles palabras de Fernando han sido para ella una leccion severa.

X

El gran desengaño.

Fernando es un jóven de noble y distinguida figura: en su franca fisonomía se revelan todas las notables prendas de su carácter; en él es el rostro espejo del alma.

Es uno de esos hombres que nunca tienen enemigos, que jamás descubren una mala pasion, que son incapaces de accion alguna que no sea noble y elevada; un hombre, en fin, de un carácter poco fre-

cuente en esta sociedad perturbada y podrida por todas las malas pasiones y todos los vicíos más ruines.

Fernando ha querido retirarse, despues de saludar á Magdalena, pidiendo mil excusas á la marquesa, pero ésta se muestra tan amable con él, que prolonga un poco más la entrevista con Magdalena.

—¡Qué mudanza, dice á su prometida, en estos años de ausencia! Tu hermosa madre, tu pobre padre han desaparecido ya del mundo.

—Dios lo ha querido, Fernando.

—¡Oh! ¡Cuánto he sentido no haber vuelto de Nueva-York apénas recibí la noticia de la muerte de tu madre.

—Bien te echaba de ménos mi buen padre.

—Hubiera bastado una indicacion suya para hacerme volver, y la esperé algun tiempo.

—Mi padre temia perjudicarte en tus intereses.

—¡Oh! hubiera sido todo lo contrario.

Sería imposible definir las sensaciones que experimenta Magdalena.

La sencilla frase que acaba de pronunciar Fernando le ha hecho una impresion que en vano pretenderia yo explicar.

La marquesa no pierde palabra de las que dice Fernando, y comprende perfectamente la angustia de su sobrina.

—La muerte de tu padre me causó, continúa Fernando, un pesar igual al que me produjo la del mio. Yo he tenido que sufrir dos veces esa pena de quedar huérfano, que á ninguna otra pena iguala, porque tu

padre era tambien un padre para mí, un padre cariñosísimo, lleno de amor, de abnegacion. Tenia un corazon de oro, y Dios habrá premiado en el cielo sus nobles acciones, sus cristianas virtudes.

—Vaya, dice la marquesa, ya no tiene remedio la desgracia que todos los dias llora Magdalena; hoy, que vuelven Vds. á verse despues de tan larga ausencia, den tregua á su tristeza, y hablen de su amor, de sus proyectos; cuente V. sus viajes, y díganos todo lo que deseamos saber; las mujeres somos muy curiosas.

—Mi amor, señora, es tan puro, tan inextinguible, tan profundo como el dia que me despedí de los padres de Magdalena, ¡ay! para no volver á verlos.

—Pues yo creo que puedo contestar á V. que Magdalena ha conservado tambien vivo, puro é inextinguible ese amor... ¿no es verdad Magdalena?...

—Sí, dice esta bajando los ojos.

—Desde que por la muerte de su padre vino á mi lado, solamente el nombre de V. disipa la nube de su tristeza; aquí no se habla más que de V., y todo su afan era que V. viniera.

—Ya no nos separaremos nunca; ¿no es verdad, Magdalena?...

—Pero ¡qué disgusto tan grande dió V. á esta pobre niña con una de sus cartas!

—¿Yo?...

—Sí, señor, V.; se conoce que escribió V. la carta preocupado, y sin pensar en las consecuencias. Luego, como no daba V. explicaciones...

—No recuerdo.

—Mi tia, dice Magdalena, se refiere á la carta en que me decias que habias estado á punto de cometer un crímen.

—¡Ah! sí. Confieso, en efecto, que sentí haberla puesto en el correo.

—¿Qué te habia sucedido?... pregunta Magdalena.

Fernando dirige una profunda mirada á su prometida, y mirándola fijamente, dice con cierta indiferencia:

—Nada, lo que le sucede á cualquiera; me habia arruinado.

—¡Ah! exclama la marquesa.

Magdalena no dice nada; pero su corazon late violentamente.

—Sí; me habia arruinado, y en el primer momento, nunca me lo perdonaré, el maldito dinero, la miserable idea del dinero habia borrado de mi imaginacion, por un instante no más, tu bendito recuerdo, y ya tuve en la mano un arma que habria acabado con mi existencia si Dios no hubiese tocado mi corazon, dándome el valor que un momento me habia faltado.

—¡Dios mio! exclama la hermosa jóven.

—Por fortuna, añade la marquesa, daba V. á entender luego en aquella dichosa carta que todo peligro habia desaparecido.

—Gracias á Dios, sí, señora, todo peligro pasó; iba á ser un criminal, y me decidí á ser hombre de bien. Logré una gran victoria sobre mí mismo. Ade

mas, mi vida no me pertenecia; pertenecia á Dios y á Magdalena. No crea V. que la pérdida fué muy grande, no; unos cincuenta mil duros, que los habia ganado en un momento; los gané en un momento, y en otro momento los perdí. ¡Para este resultado he estado tantos años léjos de mi patria!... Si viviera la buena madre de Magdalena, grande seria hoy mi confusion, volviendo á decirle:—Señora, no he podido cumplir lo que prometí á V. temerariamente; prometí á V. volver rico; pero ¡vuelvo pobre! Aquella digna señora ha muerto desgraciadamente, y esta dolorosa circunstancia me evita esa confusion, porque á Magdalena no le prometí volver rico; lo que le prometí fué volver amándola tanto como la amaba entónces, mucho más, y en este punto me precio de haber cumplido mi promesa. Soy jóven todavía, tengo amor al trabajo, fe y constancia, y aprecio en poco el lujo y la vanidad. No hay, pues, motivo para que me apene no haber tenido la suerte de hacer una fortuna.

—Eso demuestra que es V. un hombre superior.

—No, señora; no hay tal superioridad; demuestra simplemente que soy cristiano. Parece como que la Providencia ha querido igualarnos á Magdalena y á mí; ella tambien ha tenido la desgracia de perder con la muerte de su padre la fortuna.

—Es verdad, dice Magdalena tristemente.

Y su tristeza contrasta con la modesta sencillez, con la dulce tranquilidad y la noble serenidad de Fernando al referir la pérdida de su fortuna.

—Me queda para vivir, continúa diciendo Fernan-

do, para vivir honrada, decorosa y modestamente, y ¿para qué más?... Todavía soy afortunado; otros, la mayor parte de los hombres, tienen que trabajar asídua, penosamente para lograr únicamente lo necesario, lo indispensable á la vida; yo no necesito trabajar más que para lo superfluo.

—Entónces, dice la marquesa, no es exacto que sea V. pobre, como ha dicho.

—Claro que no es exacto realmente, pero sí lo es para la sociedad en que vivimos, donde se considera pobre al que no tiene lujo ni boato. Aceptando la jurisprudencia, si así puede decirse, de la sociedad metalizada de nuestros tiempos, me debo llamar pobre, puesto que no poseo más que valores suficientes á darme una renta de veinte mil reales. ¡Qué miseria! ¿no es verdad, marquesa?... Cualquier estudiante que acaba de salir de la universidad cree una miseria un destino de veinte mil reales, y acaso una ofensa que se lo ofrezca un ministro que tambien salió de la universidad un año ántes que él.

—Tiene V. ideas singulares.

—Así se llaman en efecto mis ideas en esta sociedad que tanto progresa.

—¿Y viene V. á vivir en esa casa de enfrente?... preguntó la marquesa con la mayor inocencia.

—Sí, señora; es una fortuna para mí, una dichosísima casualidad.

—Nosotras hemos visto levantarse ese palacio en unos dos meses.

—Sí, su dueño dió encargo á su apoderado en Ma-

drid de que le buscase una casa en un paraje poco céntrico y cerca del campo, y aquel no halló cosa mejor. Al dueño de esa casa me ligan sagradas obligaciones de gratitud; soy su único amigo, y lo seré siempre. A su lado, como al lado de D. Melchor, desempeño el honroso oficio de secretario, y tal es su bondad para conmigo, que no me permite vivir en otra parte que en su casa. Hé aquí explicado por qué vengo á habitar en su palacio.

—Y ese amigo de V., ¿es español?...

—Sí, señora; pero hace muchos años que falta de su patria. Le conocí en Nueva-York, y unióme á él estrecha amistad; vivimos juntos siempre, y cuando perdí por una imprudencia lo que habia reunido, me ofreció delicadamente un puesto que mi agradecimiento y mi amistad no pudieron rehusar. Es millonario, y hubiera sido para él un gran pesar que yo no aceptase un sueldo al aceptar el cargo de confianza que me ofrecia; disfruto, pues, veinte mil reales anuales, que más no he querido recibir; ya ve V. que con veinte mil reales anuales de sueldo y mi corta renta no me puedo llamar pobre, aunque por tal me tenga la sociedad.

—Y dígame V., si no es indiscreta la pregunta: ¿cómo se llama ese caballero?...

—¡Ah! ahora me recuerda V... Ese caballero es algo pariente de V... ó mejor dicho, lo era del difunto marqués del Rosal.

—¡Cómo!... ¿Ese caballero es mi primo Perico?... exclama la marquesa.

—Sí, señora; me lo dijo en París, y ya lo habia olvidado.

—Si él me ha escrito. ¡Jesús! ¿quién lo habia de decir?

—Su nombre es D. Pedro del Valle.

—Justamente, Valle, como mi marido.

Renuncio á pintar el efecto que este descubrimiento produce en la marquesa y en Magdalena.

La discreta lectora lo comprende perfectamente.

Fernando se despide poco despues, renovando sus protestas de amor á Magdalena, que parece dominada por una profunda emocion.

Cuando sale Fernando, ya no puede contenerla, y da rienda suelta al llanto.

Su tia quiere consolarla, pero Magdalena se levanta, rechaza los halagos de la marquesa, y va á encerrarse en su cuarto.

Fernando sale de la casa de la marquesa, cruza la calle, y entra en el palacio de su nuevo protector.

—¡ Maldita vanidad !... exclama cuando entra en su habitacion, ¡Magdalena no me ama!...

XI

Un portero feliz.

—Ahí tienes el leviton, condenado. Ya lo tienes recosido otra vez. ¡Jesus! ¡yo no sé cómo tiene este hombre el cuerpo, que en seguida rompe los forros del leviton!... ¡Ya puedes decir á la señora que te compre otra librea!...

Así increpa al portero de la casa de la marquesa su propia mujer, una mujer flaca, hnesosa, con unos ojos como dos candiles y una lengua que, ¡válgame Dios! habla ella más en un dia que media docena de porteras en un año.

—Mujer, pero ¡qué mala voluntad me tienes! contesta con seráfica tranquilidad el portero, metiendo los brazos en las mangas del leviton.

—Es que me tienes ya frita con tu calma.

—Pero, mujer, en cuarenta años que llevamos de

matrimonio ya podias haber tomado con calma mi calma.

—¿No ves que yo soy una pólvora?... Vamos á ver, ¿cuándo le hablas á la señora?...

—Cuando ella me hable á mí; yo, sin que ella me hable, aunque me esté mal el decirlo, no le digo nada, por no incomodar.

—Pues es preciso que le digas que con ocho reales diarios no podemos seguir. Lo mismo nos daba el marqués, pero nos daba la comida.

—Pero la señora no es el marqués.

—Yo no puedo con ocho reales hacer milagros, y ya no estoy para trabajar, que he perdido la vista cosiendo.

—¿Y por qué no se lo dices tú á la señora?

—Porque si me dice que no, ya sabes tú quién soy yo.

—Ya lo creo que lo sé.

—Se me puede ir la lengua, porque como ella, aunque ahora es una señora, ántes ha sido lo que yo sé... por eso, si me dijera alguna cosa... en fin, que no quiero hablar de eso á la señora, porque más vale prevenir que tener que remediar.

—Pues eso es lo que yo digo.

—Pero, ¿qué dices?

—Eso, que yo no me atrevo.

—Tú no te atreves más que conmigo.

—La señora, la pobre, no está sobrada.

—Pues que no tenga porteros.

—¡Estaria bien que la casa del marqués del Rosal

estuviera sin portero! Yo he sido portero del abuelo y del padre del marqués, y aunque no me dieran nada, seguiria siendo portero en esta casa. Yo soy muy fiel.

—Y muy bruto.

—Si me sacaran á mí de este portal y de este cuartito, donde duermo hace cuarenta años, me moriria de pena. La casa ha venido á ménos, se han acabado los coches, ya no hay cocineros, ya no hay ayuda de cámara, ya no hay aquella media docena de doncellas, que tan buenos ratos me daban...

—¡Miren el viejo que no puede con la bula!...

—Ya no hay aquellas comidas, aquellos bailes... pero hay portería, y mientras yo viva la habrá.

—¿De modo que no le dices á la marquesa que nos dé siquiera los diez reales?...

—No, no se lo digo.

—¿Quieres que tu mujer se ponga á trabajar?

—Yo no.

—Pues no tenemos bastante con los ocho.

—Para comer unas patatas, hay bastante.

—¡Jesus! ¡qué hombre! ¡Cuidado que haberse pasado toda la vida siendo portero!...

—Portero fué mi abuelo y portero mi padre, y portero yo, y siento que no tengamos un hijo para que fuera portero.

—Tienes unas ideas...

—Yo no tengo ideas ni las necesito... Pero á ver quién viene.

En el portal de casa de la marquesa ha entrado un hombre.

—¿A dónde va V., caballero? le pregunta el benemérito portero.

—¿Es V. el portero de esta casa? le dice el hombre.

—Sí, señor, desde que nací, contesta Juan.

—Entónces, á V. busco.

—V. no tiene el honor de conocerme, digo yo.

—Mi señor quiere ver á V.

—V. debe venir equivocado, dice la mujer del portero; á mi marido nadie le quiere ver en el mundo.

—¿No se llama V. Juan?...

—Sí, señor, así me llaman hace muchos años.

—Pues V. es á quien busco. Mi señor desea verle.

—¿Y quién es el señor de V.? pregunta la portera?... Es V. del ayuntamiento, del juzgado ó del repeso?...

—El hombre se sonrie.

—No, señora, dice, soy un dependiente del dueño de la casa de enfrente.

—¡Ah, del señor de enfrente! exclama la portera.

—Que desea ver á su marido de V., á quien conoce hace tiempo.

—¿A mí?...

—Sí, señor, á V.

—¿Y qué hago? pregunta el pusilánime portero á su mujer.

—¿Qué has de hacer?... Presentarte. Anda con el señor...

—Bien podias ir tú...

—¡Jesus! ¡Qué hombre! ¿Crees que te van á comer?...

El portero no replica más; se abrocha el leviton y sigue al criado del vecino.

Poco despues cruza, lleno de asombro, salas y salones de la magnífica mansion, hasta llegar á un hermoso comedor donde están almorzando dos caballeros, que son Fernando y Perico Valle.

Juan hace exageradas cortesías, con grave riesgo de perder el equilibrio resbalando en el encerado del pavimento, y no acierta á hablar.

—Sí; el mismo, el mismo es el bueno de Juan, tan listo como siempre, tan bolonio como siempre. Vamos, hombre, no hagas más cortesías, y toma esta copa de Jerez, y bébetela á mi salud.

Así habla á Juan el caballero del gorro bordado, ó sea Perico, el primo de la marquesa.

Juan no sabe lo que le pasa.

Maquinalmente toma la copa que en una bandeja le presenta uno de los criados, se la bebe y se echa á llorar...

—Señoritos, murmura, yo... aunque me esté mal el decirlo... y sin que sirva de incomodidad...

—Nada, no ha variado, es el mismo de siempre, repite Perico; pero, hombre, añade, mírame y dime si me conoces.

Juan, con el vinillo, ha cobrado ánimo y mira á Perico.

—¿No me conoces? pregunta este.

—Señorito, no le conozco á V. más que para servirme ..

—¡Já, já, já! Pero, ¿es posible, bárbaro, que no

me conozcas?... ¿Tú no te acuerdas del marqués?...

—Sí, señor, todos los dias, y parece que lo estoy viendo cuando por la noche á las tantas venía con su capita y su sombrero calañé, que parecia propiamente un caballero, y á todas las mujeres se las llevaba de calle.

—Y si te acuerdas del marqués, ¿cómo no te acuerdas de mí, bárbaro?... Ven, hombre, siéntate y toma otra copita.

Juan vuelve á beber y á relamerse de gusto.

—Mírame bien ahora.

—Sí, señor.

—¿Quién soy yo?

—Lo que es el marqués, que esté en gloria, no es usted.

—Digo, si tiene talento, observa Perico. Pero, ¿es posible que no te acuerdes del compañero inseparable del marqués, de quien tanto te hacia rabiar y tantas veces te enviaba con cartas pidiendo dinero?...

—¡Ay, Dios mio! V... digo V. S., digo V. E.

—Ni V. S. ni V. E., á mí no me pongas motes.

—V. es el señorito Perico, digo, D. Pedro... el primo del marqués.

—¡Acabáramos, hombre!

—¡Ay, Dios mio! déjeme besarle la mano... Todos creíamos que V. se habia muerto, que le habia sucedido algo; pero mire V., mi mujer, siempre que hablábamos de V., pongo por caso, y mejorando lo presente, siempre decia:—Anda, que el mejor dia parecerá, porque cosa mala nunca muere.

—Hombre, gracias; se conoce que tu mujer tiene buena opinion de mí. ¿Y se conserva tu mujer?...

—Sí, señor, se conserva.

—Recuerdo que no era mala moza; con los ojos muy vivos, metida en carnes.

—Pues ahora, ya la verá V., está metida en huesos.

—¡Já, já, já! recuerdo que te tenia metido en un puño.

—Y aún me tiene, señor.

—Conque, vamos á ver, cuéntame qué ha pasado durante mi ausencia. Mi primo se casó...

—Sí, señor, se casó, y al poco tiempo le cogió el toro.

—Sí, ya supe que murió trágicamente, viniendo á encerrar toros.

—Yo se lo tenia pronosticado.

—¿Que le habia de coger un toro?

—Que habia de morir de mala manera, porque con aquel genio que tenia, nada se le ponia por delante, y atropellaba por todo, y siempre andaba de jarana.

—¿Y la marquesa?...

—Tan buena; es una señora, sin agraviar á nadie, que puede presentarse donde se presente otra.

—Sí, ya sé que es una señora, aunque de humilde orígen.

—Humilde, no señor, que es más vanidosa... y tiene un predominio y un fuero... y así me gusta á mí, porque una señora ha de ser una señora,

y á ella nadie le puede quitar que sea lo que es.

—Hablas como un libro.

¿Y estás contento en la casa?

—Sí, señor, ya ve V., como que he nacido en esa casa y le tengo ley. Mi mujer es la que no está contenta, porque dice si la marquesa fué esto ó lo otro, pero lo que yo digo, ahora es la señora, la viuda de nuestro amo, y hay que tragarla... y á nosotros no nos toca más que callar.

—Alabo tu prudencia.

—La señora no nos da más que dos pesetas, porque el marques no le dejó para tirar de largo, pero yo la sirvo por mi amo, y por el padre de mi amo, y por el abuelo de mi amo, y porque quiero morirme donde he nacido, y porque soy como un perro, que si me echaran de la casa á palos, volveria meneando la cola...

—Basta, hombre, basta, no hagas comparaciones. Dime, ¿y visita mucha gente á la marquesa?...

—¡Vaya! todas las señoras de Madrid, la marquesa de la Azucena, la condesa del Fresno. un monton de grandes de España...

—Y vamos á ver, la marquesa, ¿no ha tenido ningun novio?...

—¡Calle V., por Dios!... ¡Novios! en casa no entra un novio para un remedio; solamente mi mujer tuvo hace muchos años uno que era sargento de granaderos... no, no crea V. que era cosa formal, sino por hacerme rabiar á mí, y lo supo el marqués, y llamó á Basilisa, ya sabe V. que mi mujer se llama Basili-

sa; y con ella estuvo encerrado haciéndola reflexiones, porque aunque él era tan alegre... eso sí, por mí era capaz de cualquier cosa, y en fin, que el sargento vino á darme una satisfaccion y á decirme que no tuviera ningun cuidado.

—Vamos, se portó bien.

—Sí, señor, y quedamos tan amigos; luego le mataron en un pronunciamiento, y lo sentimos mucho mi mujer y yo.

—¿Y la sobrina de la marquesa?

—¡Ah! la señorita Magdalena. Es una santa; la pobre siempre triste, siempre con los ojos de haber llorado. Mi mujer dice que es porque se ha quedado pobre... pero ella es muy buena, muy buena.

—Pues, amigo Juan, no quiero detenerte más; hazme el favor de decir á la marquesa que te he mandado llamar y que le pido permiso para ir á ponerme á sus pies. ¿Lo dirás bien?...

—Como V. lo dice.

—Y toma esa onza para que le hagas un regalo á tu mujer.

—Señor... V. va á tener el honor de que yo no tome nada...

—No seas tonto, y tómala.

—La tomo porque V. no diga que soy pobre y soberbio, y porque mi mujer me arrancaria los ojos si supiera que no la habia tomado.

—Ya le diré yo algo á tu mujer luego, que iré á ver á la marquesa.

—¡Jesus! ¡si parece mentira!... ¿Quién me habia de

decir que habia de ver todavía al señorito?... ¡Qué contento se pondria el marqués, si viviera! Él que sintió tanto que V. se fuera sin decir á dónde. .

El portero sale haciendo cortesías como cuando entró, y corre á su portal con la onza en la mano.

—¿Qué traes? le dice su mujer, que esperaba impaciente la vuelta.

—Lo que tú no has visto en mucho tiempo. Soy feliz, soy feliz. ¿Sabes quién es el vecino de esa casa?

—Un inglés.

—¿Inglés?... ¡Qué ha de ser inglés? Es el señorito. el señorito.

—¿Qué señorito?...

—El primo del marques, el señorito Perico.

—¡Ave Maria Purísima!

—¡Ha vuelto!...

—¿Está vivo?,..

—Apénas está vivo; mira.

—¡Una onza!... Trae...

—Eso no.

—¡Juan!

—¡Basilisa!

—O me das la onza, ó nos van á oir los sordos.

—Toma, mujer, toma.

—Cuéntame, cuéntame.

—Espera, que voy arriba á dar un recado á la marquesa.

—Pues baja pronto, que luego voy á salir á comprarte un poquito de escabeche para ponértelo con tomate. ¿No te gusta?... te traeré lo que quieras.

—Bueno, bueno; veo que hoy me quieres un poco.

—Baja pronto á contármelo todo. Cuidado, no sea que te pises la librea al subir los escalones y te caigas. Levántate los faldones.

—Bueno, mujer... ¡Digo, lo que puede una onza!

XII

El primo y la prima.

El portero ha cumplido el encargo de Perico, y ya está la marquesa advertida de la visita.

Catalina Lopez llama á su doncella, se hace peinar con mayor esmero que nunca, se viste sencillamente pero con cierta coquetería, se pone una rosita en la cabeza, y espera á su primo Perico, dispuesta á conquistar la simpatía y el afecto del millonario.

Magdalena se ha encerrado en su habitacion, y ya ha recibido con enojo dos veces á su tia, que ha ido á consolarla y hacerle prudentes reflexiones.

Y casi casi se alegra la marquesa de que no asista Magdalena á la entrevista que se prepara.

La marquesa se pasea por su elegante gabinete, no tan elegante como ella lo quisiera tener en aquel momento, se detiene siempre que pasa por delante de los espejos, y se mira con cierta complacencia.

Creo que la marquesa olvida la fecha de su nacimiento.

Y no es extraño, porque todavía está la marquesa muy hermosa, y no representa más de treinta años; para hacer creer que no tiene más edad de la que representa, siempre cuida de advertir que se casó muy niña.

La visita del millonario le preocupa extraordinariamente.

La llegada á Madrid de un Creso semejante ha de producir gran sensacion; Perico va á ser el héroe de la alta sociedad, el mimado de todas las madres de hijas casaderas; todo aquel lujo reunido en la casa por encanto edificada, hace comprender las aficiones y los gustos del poderoso dueño; su fausto va á eclipsar seguramente el de las más ricas familias... La conquista de este hombre extraordinario seria un gran triunfo para la marquesa.

Tiene de su parte la ventaja de que ella es la primera persona á quien va á visitar Perico, la de vivir enfrente de su casa... y en fin, cuenta con su gracia, con su donaire y con su hermosura.

Todas las esperanzas que sonreian á Magdalena hasta que las vió cruelmente desvanecidas por el mis-

mo en quien tanto confiaba, sonrien ahora á Catalina Lopez, que se apresta á emplear todos sus recursos en la conquista del primo Perico.

Pensando está en todo esto, cuando la doncella abre la puerta del gabinete y dice:

—Señora, el primo de V. E. pide permiso...

—Que entre, que entre.

—Catalina ha entornado el balcon; la media luz favorece mucho la belleza de la marquesa.

Perico entra; la marquesa le alarga la mano, que aquel estrecha entre las suyas.

—Mil y mil gracias, querida prima, por la bondad con que me ha autorizado V. á ponerme á sus pies respetuosamente.

—Primo mio, veo que olvida V. lo que me decia en su ingeniosa carta.

—La recibió V. ¡cuánto lo celebro!

—Sí, la recibí; en esa carta me decia V. que cuando viniera á verme, no emplearia en la conversacion el ceremonioso *usted.*

—¡Ah! es verdad; bien te acuerdas, prima mia... Pero permíteme que me indigne de que haya en el mundo personas sin vergüenza capaces de mentir para rebajar el mérito que no pueden negar...

—No te entiendo, primo.

—Lo digo porque en Lóndres y en París varios amigos de tu marido me han hablado de ti diciéndome que eras graciosa, amable...

—Y me han hecho mucho favor, más del que merezco.

—¡Qué es favor! ¡Te han hecho una injuria, porque tú no eres graciosa y amable, sino hermosísima y adorable!

—¡Jesus! ¡qué exageracion! en tantos años de ausencia de tu país no has perdido tu carácter... ¿Tú eres sevillano como mi marido?

—Sí, hijita, del propio Sevilla, y bautizádo en el Sagrario.

—Basta. Veo que te pareces en todo á mi pobre marido.

—Sí; el aire de familia; en todo fuimos parecidos él y yo, ménos en la suerte.

—Pues tú creo que la has hecho.

—Pero él se casó contigo.

—Por Dios, Perico...

—Hablemos de otra cosa, si te enoja mi franqueza.

—¿A qué mujer enoja la galantería culta y delicada?...

—Ni culto ni delicado has de llamarme; con la diferencia de que ahora tengo mucho dinero, soy lo mismo que ántes, tan aturdido, tan independiente, tan liso y llano, tan descarado y poco amigo de miramientos... Has de saber que yo, perteneciente á una noble familia, me he reido siempre y sigo riéndome de la aristocracia y de sus pretensiones...

—No lo apruebo.

—Sí; ¡pues no lo has de aprobar!... A tí la aristocracia te debe hacer el efecto que á mí, porque, segun he sabido, no has pertenecido nunca á esa clase hasta que mi primo se casó contigo... Por eso precisa-

mente he querido conocerte á tí ántes que á nadie á mi regreso á Madrid, y tu amistad es para mí más preciosa que la de toda la nobleza habida y por haber.

—Yo te agradezco...

—Hija, quien ha visto tanto mundo como yo, conoce ya todas las comedias de la sociedad... Ahora, vengo á Madrid á reirme, á divertirme, á gozar en la sorpresa de los que hace veinte años se reian de mí y me despreciaban por pobre, y necesito una amiga como tú que me enseñe todas las figuras que representan la comedia en esta temporada en la sociedad.

— Tu franqueza me encanta. Cualquiera diria, oyendo esta conversacion, que nos conocemos hace muchos años.

—En efecto, á mí mismo me lo parece. Yo me conozco, soy feo, no tengo talento, ni distincion, ni elegancia, ni sirvo para maldita la cosa en el mundo; pues verás qué gran papelon hago porque tengo dinero, verás cómo soy sabio, hermoso, distinguido, eminente y famoso.

—Muy mala opinion tienes del mundo.

—Le hago justicia.

—¿No has tenido amigos?...

—Uno solo tengo.

—Ya le conozco; ha estado aquí ántes.

—Sí; lo sé; me ha referido sus amores con una sobrina tuya. Ese, ese es mi amigo, ese es el hombre de noble inteligencia, de corazon hidalgo, de alma sublime, á quien he consagrado todo mi afecto.

—Nos ha dicho que es tu secretario.

—He tenido que darle ese empleo para que acepte lo que de otro modo no hubiese aceptado. Antes se habria dejado morir de hambre. Está muy enamorado de su Magdalena, todo me lo ha contado, y el pobre tiene una desconfianza y un temor.

—¿De qué?

—De que su adorada no le ame.

—No tiene motivos para dudar.

—Fuera ella una grandísima coqueta si no le amase, porque no hay en el mundo hombre más digno de ser amado. ¿Y esa señorita? Tengo deseos de conocerla despues de lo mucho que de ella me habló siempre Fernando.

—Hoy está algo indispuesta. Despues que estuvo aquí Fernando la hice retirarse á descansar. Las emociones naturales en semejante ocasion... Le esperaba hace seis años... y luego se han renovado en ella en este dia profundas heridas todavía no cicatrizadas... La pobre está huérfana, está pobre...

—Otro dia tendré el gusto de ofrecerle mis respetos. Fernando me ha dicho que es hermosísima, más que eso, me ha dicho que es celestial.

—Es muy hermosa, en efecto.

—Prima mia, basta ya para primera entrevista.

—Tan pronto...

—¡Oh! tiempo tendremos de hablar mucho; mis visitas serán muy frecuentes; cuando encuentro una verdadera amistad, soy un amigo muy pesado. Llegarás á cansarte de verme.

—Eso no; la amistad que me ofreces me es suma-

mente grata, y yo te ofrezco la mia de todo corazon.

—Hemos simpatizado, y esta es la mayor fortuna de mi vida. Entre nosotros no ha de haber secretos.

—Ninguno.

—¡Ah! como somos parientes, no tiene nada de particular, me parece, que yo te haga un regalo.

—Eso...

—Mañana llega de París, y tendré el gusto de enviártelo inmediatamente.

—Pero...

—No es nada, hija, ni vale nada; es una carretela...

—Perico, por Dios, ¿una carretela?...

—En París me dijeron que la viuda del marqués del Rosal no tenia coche propio, y me pareció que era ese el mejor regalo que te podia ofrecer. Es un carruaje de última moda, y le he hecho pintar las armas de mi difunto primo.

—¡Pobre marqués!... Fué bien desgraciado...

—Al carruaje acompañan dos yeguas de Tarbes.

—Pero yo no puedo aceptar...

—De otro no, pero de un pariente que viene del extranjero, rico, despues de tantos años de ausencia. puedes aceptar ese regalo, sin que nadie pueda murmurar...

—No, no lo acepto.

—Entónces, aquí acaba nuestra amistad, y no vuelves á ver á tu primo Perico.

—Eso es ponerme en un compromiso.

—Pues acepta mi insignificante regalo.

—Con esa amenaza, no tengo otro remedio.

—Así me gusta... ¡Ah! se me olvidaba una cosa esencial; ¿cómo te llamas, prima mia?...

—Catalina.

—¡Que me place! me gustará más llamarte por tu nombre que marquesa ó prima.

Y esta fué la primera entrevista de Perico y la marquesa del Rosal.

Esta quedó encantada de su primo, y á Perico le pareció su prima una mujer de mucho ingenio.

—Es como era mi marido, se dijo la marquesa; con pretensiones de hombre corrido, y en realidad un bobalicon. Su conquista no me parece que ha de ofrecer dificultades... y casi estoy por creer que le tengo conquistado ya.

—Amigo, dijo Perico á Fernando, cuando volvió á casa, he visitado á mi prima, y es una mujer que me enamora. Mi primo, que esté en gloria, tenia un tino especial para encontrar mujeres de mérito. La marquesa sería la mujer más bonita de Madrid cuando tenia veinte años... Todavía me volverá loco, si quiere. Debe ser una culebrona... Y á V., ¿qué le ha parecido?...

—¡Hombre! á mí me preocupa otra cosa.

—Amigo, á la sobrinita no la he visto; está algo indispuesta. Dice la marquesa que la emocion de la entrevista con V....

—Sí, sí; eso ú otra cosa.

—Es V. muy desconfiado...

—Es que amo mucho.

—Verá V. como sus temores son infundados...

—Dios lo quiera. ¿Ha hablado V. á la marquesa de la gran fortuna con que le ha favorecido á V. la suerte?...

—Por supuesto.

—Bien. Poco tardaré en saber lo que deseo saber.

XIII

Tarjetas y memoriales.

El palacio maravilloso de la calle de Segovia no habia excitado solamente la curiosidad de la marquesa y Magdalena, sino la de todo Madrid.

La prensa habia hecho descripciones de aquella maravilla, y en Paris sorprendió á Fernando un periódico ilustrado què publicaba una vista de la fachada.

Todo el mundo tenia, pues, gran curiosidad por saber quién era el afortunado dueño de tanta riqueza, y rápidamente corrió la noticia por todo Madrid, no

bien la mujer del portero de la marquesa la comunicó en confianza á sus amigas las porteras de las casas inmediatas.

En los primeros momentos, la noticia de la portera corrió notablemente desfigurada, y de exageracion en exageracion, de mentira en mentira, se hicieron las más absurdas suposiciones acerca de la tal casa y de sus moradores.

Decian en el barrio que la casa se habia hecho para iglesia protestante, en celebridad de haber establecido la revolucion de Setiembre la libertad de cultos, y que el domingo siguiente se abriria al público, y habria unas funciones muy bonitas, en las cuales, á todo el que asistiera se le darian cinco duros y un par de botas ó zapatos, ó un corte de chaleco, ó acaso de vestido para la señora.

Algunos patriotas aseguraban que no habia tal iglesia protestante, y sí que en aquella casa se ocultaba la familia real destronada por los revolucionarios, la cual una mañana sería proclamada por varios regimientos, y conducida desde allí al Palacio.

Y no faltó quien propuso en el club de las Vistillas que se invadiera la nueva casa por dos docenas de buenos progresistas para descubrir y apresar á los reaccionarios que en ella debian hallarse, así como á las reales personas.

Un vecino de la calle de Segovia, cesante, y como cesante, poco dispuesto á la benevolencia respecto de los revolucionarios que le habian quitado el pan, hizo correr la especie de que la suntuosa finca era

propiedad de un personaje de la revolucion, enriquecido de pronto, merced al desbarajuste de los primeros dias de la *gloriosa*.

Y en verdad que esta especie no dejó de encontrar personas que la creyesen exacta.

Al fin, súpose la verdad por medio de *La Correspondencia*, que es por donde se saben en España las verdades y las mentiras; en uno de sus números apareció el siguiente suelto, enviado por Fernando:

«Estos dias han corrido los más absurdos rumores acerca del hermoso palacio construido recientemente en la calle de Segovia, que tanto ha llamado la atencion por su belleza, y sobre todo por la pasmosa rapidez con que ha sido edificado. Todas las suposiciones que se han hecho acerca de los moradores de ese precioso edificio, son otras tantas patrañas. El afortunado dueño de la finca es el opulento y distinguido capitalista Sr. D. Pedro del Valle, de la familia de los marqueses del Rosal, que despues de largos viajes por todo el mundo, y cuando se le creia muerto, ha vuelto á su patria á vivir tranquilamente, y ha tenido gusto en edificar su vivienda frente á la antigua casa de su familia, ocupada hoy por la señora viuda del marques del referido título.»

El dia siguiente á la noche en que se publicó el anterior suelto aclaratorio, Fernando y Perico hicieron una expedicion á Aranjuez; en este real sitio vivia una anciana señora, tia del primero, y este la habia sostenido siempre con una pension decorosa; la pobre señora estaba paralítica, y Fernando, conocien-

do que le daria gran satisfaccion con su visita, aprovechó la primera oportunidad de cumplir aquel deber tan grato para él. Perico le acompañó, deseoso de ver otra vez el hermoso real sitio.

Estuvieron, pues, todo el dia fuera de casa, y no pudieron advertir el movimiento que hubo en la calle de Segovia.

Más de trescientas personas, unas á pié, otras en coche, llegaron al suntuoso palacio; unas dejaron tarjetas, otras papeles, que un criado reunió en dos bandejas para presentarlas luego al amo.

Y todo el dia hubo gente por allí, esperando, sin duda, ver salir ó entrar al opulento personaje que habia venido de luengas tierras con tanto dinero como daba á entender el suelto de *La Correspondencia.*

A las nueve de la noche volvieron de Aranjuez Fernando y Perico.

—¿Ha sucedido algo? ¿Ha venido alguien? preguntó Fernando á uno de los ayudas de cámara.

—¿Que si ha venido alguien?... No, señorito, ha venido todo Madrid.

—¿Qué dice V.?

—Sí, señor; más de trescientas personas han venido á preguntar por D. Pedro del Valle, y sobre el velador de la sala de café encontrará V. dos bandejas, donde hemos puesto lo que han dejado.

—¡Hombre! ¿Regalos?... ¿Le hacen regalos á don Pedro?

—No, señor; son tarjetas, cartas y papeles... memoriales acaso.

—Vamos á ver eso, Fernando, dice Perico.

—Sí, sí; vamos á ver, debe ser curioso.

Entráronse los dos amigos en la sala que les habia designado el ayuda de cámara, y se sentaron delante del velador.

Fernando comenzó á repasar las tarjetas. Habíalas allí de personas cuyos nombres no eran desconocidos para Perico; pertenecian á antiguos amigos de la familia de los marqueses del Rosal; pero la mayor parte de las tarjetas era de sujetos completamente desconocidos.

Fernando iba leyendo:

—Mr. Molar, dentista del emperador, y callista del rey de Prusia.

—Benjamin Gonzalez ofrece á V. su gabinete ortopédico. Especialidad en aparatos...

—Basta, basta.

—Juan Enreda, director de *La Alta Banca*, periódico de intereses materiales.

—¡Y tan materiales!...

—Jorge Clavo, profesor de veterinaria. Segovia, 3.

—¡Canarío!...

—Como supondrá que tenemos caballos...

—Es verdad.

—Mlle. Amelie. Príncipe, 96, principal.

—¡Hombre! ¿quién será esa señorita tan fina que me envia su tarjeta?...

—Alguna...

—Alguna modista ó corsetera. Creerá que soy casado.

—Eso es. Vamos á ver los papeles y las cartas.

—Sí, ahí habrá más variedad.

—«El ministro de Hacienda besa la mano á D. Pedro del Valle, y tiene el honor de suplicarle que asista mañana juéves á la una á su despacho, con objeto de celebrar una reunion con los principales capitalistas á fin de tratar de una nueva operacion financiera, para la cual es preciso el concurso patriótico de las personas que representan la riqueza en esta capital.

Dios, etc., etc.»

—¡Hombre! ¡Me gusta!...

—Esto es que la revolucion necesita dinero. Esta es una carta.

—Vamos á ver.

«Perico de mi vida, no te acordarás ya de mí. Pues soy la Blasa, ya sabes, aquella que tanto te quiso. y que por tí la echó su tia de su casa...

—Pues que se lo cuente á su tia.

—Continúo:—«de su casa, lo cual que desde entónces no he levantado cabeza, esperando que volvieras y siempre con ese pío, y ahora vivo en la calle del Amor de Dios, núm. 80, en compañía, y estoy mala, que dicen los médicos que sólo con las aguas del Molar me pondré mejor, aunque no cure. Anoche leí en *La Correspondencia* tu vuelta, y este es el motivo de molestarte, y si tienes conciencia, no te digo más. Tanto como me querias, aunque yo te quise más... ahora se ha de ver. Queda tuya que te ama y ver desea,—*Blasa.*»

—¡Vaya si tiene memoria la maldita!

—Le enviaremos quince ó veinte duros á esa pobre víctima.

—Como V. quiera; yo no recuerdo quién es; he conocido tantas...

—Veamos esto que parece un oficio:—«Los que suscriben, patriotas del barrio, suplica á V. se sirva contribuir para costear una bandera que tratamos de regalar al general Serrano, vencedor de Alcolea. ¡Viva la libertad! Una comision pasará mañana á recoger la contestacion. ¡Abajo los Borbones!»

—No me parece mal.

—Esta carta parece formal:—«Sr. D. Pedro del Valle: Muy señor mio: Acaso no recordará V. que cuando se fué de Madrid me debia V. 1,700 reales, importe de varias prendas de vestir, cuya cantidad me sigue V. debiendo, y espero que ahora me la satisfará, habiendo mejorado de fortuna. La mia es mala, gracias al demonio, y suplico á V. pague ese pico á mi dependiente, que irá mañana á las doce á recogerlo. Ofrezco á V. mi obrador en la misma casa de la calle de Carretas, núm. 97, y me repito su afectísimo seguro servidor que besa su mano,—*Lúcas Dobladillo.*»

—Como esa habrá muchas.

—Todo se pagará.

—Si V. se empeña, señor secretario, dice jovialmente Perico.

—Es preciso. Esta es otra comunicacion oficial:—«El alcalde popular de Madrid besa la mano al señor

don Pedro del Valle, y le invita á contribuir con la cantidad que guste para redimir á los quintos de esta capital, mientras se dictan las leyes para realizar la abolicion del odioso tributo de sangre, cumpliendo así el programa de la gloriosa revolucion de Setiembre. De los sentimientos patrióticos de V. no puede dudarse que contribuirá con la mayor cantidad posible á tan bénéfico objeto.

—Con mucho gusto contribuirá V., amigo mio, ¿no es verdad?

—Sí, señor, sí; todo lo que V. quiera.

—Mañana enviaremos seis mil reales al alcalde popular.

—¡Hombre! á ver de quién es esta carta con tantas letras de adorno.

«El que suscribe, cesante, con veinte años de servicio, casado y con seis hijos, desea una colocacion,» etc., etc.—Nos informaremos.

—¿Y esta otra tan pequeñita?...

«Sr. D. Pedro del Valle: Yo creí que habia usted muerto, y estaba tranquila. Ahora, viviendo V., no lo estoy ya, porque en poder de V. existen cartas mias. Caballero, estoy casada, y mi marido va á ir á ver á V. para proponerle no sé qué planes relativos á cierto invento. Recuerdo que cuando nos conocimos era V. muy indiscreto; si ahora lo fuera V., si con mi marido, que es muy hablador, recordara V. su juventud, la fatalidad podria hacer que mi secreto lo descubriera precisamente el que no lo debe saber, y me mataria, caballero, me mataria. Por Dios,

caballero... Yo soy la que vivia en la calle de Hortaleza, junto á las Recogidas. V. no me habrá olvidado, porque me parece que no me puede V. haber olvidado. Y si me ve V. en la calle, ó en el teatro, con mi marido, por Dios, caballero, por Dios... Yo no he variado nada, y me reconoceria V.... Para más señas, diré á V. que soy aquella á quien V. llamaba *monina*. ¡Por Dios, caballero!...»

—Sí que me acuerdo de ella; era feita, pero con gracia.

—Veamos esta otra.—«Caballero, mi señora conoció á V. en otro tiempo, segun me ha dicho, y recuerda que era V. un hombre de gran ilustracion y superior inteligencia. Hoy que ha vuelto V. opulento á su patria, ¿en qué mejor ha de emplear sus riquezas que en ayudar al genio á alzar el vuelo?...

—¡Hombre! pronto hemos tropezado con el marido...

—Continúo:—»He inventado un aparato para cruzar el espacio, que no es globo ni nada parecido; mi aparato, que le llamo *bombé aéreo*, tiene la forma de este antiguo y ya casi desconocido carruaje, y está resuelto el problema de elevarse en él y cruzar el ether en todas direcciones, deteniéndose á voluntad, y dándole más ó ménos velocidad. Para ir desde la plaza de Palacio á descender en lo último de la calle de Espaderos, en Lima, no se necesitarian más de dos horas. Pero yo estoy cesante, y necesito una persona que me dé la mano. ¿No seria una gloria para V. asociarse con la suma de cuatro ó cinco mil duros á una

empresa de tanta utilidad para la humanidad?... Tendré el honor de pasar á ver á V. y exponerle mi plan. Desde luego invito á V., si, como espero, me presta su proteccion, á ocupar conmigo el primer *bombé aéreo* que se ponga en circulacion, haciendo el viaje á Lima, para lo cual saldremos de Madrid por la mañana temprano, estaremos en Lima unas horas, y volveremos á esta córte por la tarde. No quiero ser más extenso, porque á nuestra vista lo verá V. todo claro como la luz del sol. Es de V. respetuoso servidor que besa su mano, —*Arturo Malatesta.*»

—No deja de ser buena proporcion; á ese le ha vuelto loco su mujer.

—¿Qué oficio es este?... ¡Ah! que le han nombrado á V. hermano mayor de las Animas, y protector, y fundador, y mayordomo y camarero...

—¡Eche V. honores!

—Esta es una circular de una Agencia de negocios que le ofrece á V. grandes cruces españolas á precios módicos, segun tarifa que acompaña.

—Me gusta la moralidad.

Y no terminaria nunca este capítulo si fuese á copiar aquí todas las cartas que habia en aquel enorme monton.

Gran parte de la noche estuvieron examinándolas Fernando y Perico, y aunque la operacion fué larga, no dejó de ser entretenida.

Cuando terminaron, Fernando separó algunas en que se pedia limosna al opulento señor, y manifestó su deseo de que se tomaran los informes convenien-

tes para socorrer á las personas que lo solicitaban, si eran dignas de ser socorridas. Perico dijo á Fernando:

—Celebro que hayamos encontrado todo ese fárrago esta noche.

—¿Por qué?

—Porque se ha distraido V. un poco de su tristeza, que es cada vez mayor desde que hemos llegado á Madrid.

—¡Ay! amigo mio, exclamó Fernando. Ya sabe V. la razon; temo ser desgraciado cuando creia ser feliz.

—Pero ¿tiene V. fundamento bastante para creerlo así?...

—Nunca me ha engañado el corazon, y ahora el corazon me dice que no me haga ilusiones.

—¿Y no sería mejor, amigo Fernando, que desistiera V. de...

—¡Ah, no, no desistiré!... ¡ya no desistiré! Y usted me ha dado su palabra de honor...

—Y la mantengo...

—Pues adelante, y sea lo que Dios quiera.

Y poco despues se recogieron los dos amigos.

Perico durmió como un bendito.

Fernando pasó la mayor parte de la noche pensando en Magdalena.

XIV

De cómo Perico se hizo el héroe del dia, y Fernando sufrió un desengaño.

Perico se ha dado al público, y es el héroe de Madrid.

Sus coches, los que la marquesa y Magdalena vieron entrar en la casa de la calle de Segovia, y otros adquiridos en Madrid, han producido gran efecto en la Castellana.

Eu el Casino ha perdido Perico veinte mil duros una noche, quedándose tan fresco ó más que yo si perdiera dos ochavos, y esto ha causado gran sensacion.

En el Circo del Príncipe Alfonso ha tomado abono de un palco platea y dos butacas; al alcalde popular le ha enviado seis mil reales para redimir quintos, diez mil para hácer uniformes á la milicia, cinco mil por un palco para los toros en una corrida á bene-

ficio del Hospital, y al ministro de Hacienda le ha tomado la *mar*, como ahora se dice, de un papel nuevo que se llama *bonos*, ó qué sé yo.

Perico es un héroe, un sér superior.

Ya le han ofrecido distrito por si quiere ser diputado; le han brindado con la direccion de unas cuantas sociedades de crédito; le han querido hacer comandante de la milicia, y todos los políticos andan gravemente preocupados procurando saber cuáles son las opiniones políticas del flamante millonario, que, sea lo que quiera, está acreditándose de gran liberal.

Fernando le acompaña siempre, y no deja de ser solicitado por los que desean saber lo que piensa el grande hombre, ó quieren merecer la amistad de éste, pero se manifiesta reservado, modesto, humilde, dentro siempre de su papel de secretario.

Y no deja de ofrecer singular contraste la actitud digna, severa, á la par que sencilla y modesta, de Fernando, con el desparpajo y la insolencia de Perico; el lenguaje de aquel es siempre comedido y discreto; el de éste líbre, desvergonzado, de mal gusto.

Pero en aquel apénas se fijan las miradas, ni merece atenciones más que de los que solicitan algo del grande hombre; y en cambio se celebran todos los dicharachos y jocosidades de éste, y van haciéndole los parásitos que ya le rodean una gran reputacion de hombre de talento.

Si quisiera ser ministro de Hacienda, no tendria más que hacer una leve indicacion. Precisamente se

está buscando con empeño, y no se encuentra ni con candil un ministro de Hacienda.

Pero él no quiere meterse en esos belenes.

—Yo, dice, no quiero más que divertirme y gastarme alegremente mis dos millones de duros. No hay quien pueda conmigo.

Excuso decir que ya le conocen y estiman todos los que no querian tener con él ningun trato cuando no tenia una peseta; que le han hecho visita todos los amigos y conocidos de la familia de los marqueses del Rosal, y que la marquesa, por la circunstancia de tener tal pariente, ha ganado muchísimo en consideracion, y respeto, y admiracion de las gentes.

Perico está encantado.

Fernando contempla aquel triunfo con amarga sonrisa de desden profundo.

....

Magdalena ha conocido ya á Perico, quien ha hecho tales extremos de asombro ante la peregrina hermosura de la huérfana, que ésta no ha podido ménos de sonreirse en medio de su tristeza, y ya dice la marquesa que á su sobrina solamente se la ve reir cuando habla con Perico.

Y es cosa extraña que cuando Magdalena se sonrie oyendo las exageraciones y los piropos de Perico, la marquesa, que es más risueña que Magdalena, se pone seria y grave.

No sé si será esto porque desde que Perico ha conocido á Magdalena, ya no prodiga sus lisonjas á la marquesa, ni le regala el oido con alabanzas, y guarda

todos los donaires y todas las galanterías, aunque no del mejor gusto, para Magdalena.

Indudablemente entre la tia y la sobrina no hay ya aquella confianza, aquella espansion, aquel afecto que durante cerca de un año las habia unido como á dos hermanas.

Al contrario; algunas veces suelen demostrarse cierto enojo, y ya han advertido los criados que tia y sobrina se hablan ménos que ántes, y con ménos cariño, con ménos intimidad, con más ceremonia, con más reserva.

La marquesa ha hecho gran efecto con el carruaje que le ha traido de Paris su primo Perico, y una de las doncellas advierte que la señora va más contenta cuando sale sola que cuando la acompaña su sobrina.

Pero dejemos todos estos detalles, aunque no son ociosos en esta narracion, y digamos algo de los amantes, de Fernando y Magdalena.

Ha pasado ya con exceso el tiempo de luto para Magdalena.

Fernando ha visitado frecuentemente á la huérfana, usando del permiso que le ha otorgado la marquesa; pero todavía no han hablado seriamente del proyecto concertado años há, cuya realizacion espera Fernando con el afan natural en un corazon tan leal y tan apasionado como el suyo.

Acaso ha tenido Fernando ocasion de advertir que Magdalena no es con él tan cariñosa y espansiva como él desea; acaso ha sorprendido en ella alguna

frase amarga; acaso, en fin, tiene algun motivo para creer algo debilitado el amor de Magdalena; pero ni una queja ha salido de sus labios, y ménos ha demostrado la menor sospecha.

Una tarde que la marquesa estaba muy ocupada con la modista, que no acertaba á interpretar bien los gustos de su elegante parroquiana, quedaron solos Magdalena y Fernando. Y áun tengo motivos para sospechar que la misma marquesa procuró aquella ocasion con ánimo de que Fernando pudiera explicarse francamente con su adorada.

Y en efecto, Fernando habló así á Magdalena:

—Magdalena mia, ¿te parece que es ya tiempo de que hablemos del porvenir?...

—¿Del porvenir?...

—¡Sí! nuestro amor, como todo amor puro, firme é inextinguible como el nuestro, tiene una noble y sagrada aspiracion... el matrimonio.

—Fernando...

—Desgraciadamente, tus padres han muerto, y eres libre de tus acciones, como yo lo soy de las mias. Nada, pues, se opone á nuestra felicidad.

—¡Nada! es verdad.

—Entónces, Magdalena, amada de mi corazon, ¿cuándo quieres que el sacerdote bendiga en nombre de Dios nuestro amor?... No retardes mi ventura.

Magdalena calla.

—Por Dios, Magdalena... no comprendo ese silencio... ¿No me amas ya? Vale más que me lo digas

francamente; vale más que me arranques del corazon toda esperanza... Dime que renuncie á la felicidad; dime que ya no me amas... Eso será ménos cruel que entretener mis esperanzas y dar aliento á mi amor...

—Fernando, ¿por qué dices todo eso?...

—Yo esperaba otra cosa, Magdalena, y tus cartas justificaban mis esperanzas. Yo esperaba que viéndote huérfana y sola, desearias unirte al hombre á quien habias jurado amor eterno...

—Sí, Fernando; pero es muy pronto para trocar mis tocas de luto por las galas de desposada... En mi corazon no se han cerrado todavía las heridas terribles que abrió mi mala ventura.

—Basta, Magdalena, tú no me amas.

—¿Por qué?

—¿Por qué?... No lo sé... y por Dios que me espanta poder adivinarlo. Pero no tengas reparo alguno en decírmelo, y yo te juro que no volveré á verte.

—Y ¿cómo he de decirte?...

—¡Ah! Magdalena, no me amas, no me amas.

—¡Qué manía!...

—No me amas, repito.

—Sí.

—¿Sí?... Pues entónces, ¿cuándo quieres que se celebre nuestro matrimonio?...

—Ya te he dicho que todavía no puedo dar tregua á mi tristeza, á mi dolor...

—Respeto tu dolor, y no te hablaré más de mi amor. Si yo estuviese bajo el peso de un gran infortunio, tu amor seria el bálsamo más dulce y consola-

dor. Para tí no tiene mi amor tan poderosa virtud. ¡Mira si hay diferencia de tu amor á mi amor!...

—Por Dios, Fernando, no me reprendas, no te enojes... Considera mi situacion, mi desgracia.

—Magdalena, ¿hasta cuándo quieres que no te hable de matrimonio?...

—A esa pregunta, ¿qué he de contestarte?...

—Dos meses te doy de tregua; ¿quieres que en esos dos meses no nos veamos?...

—¡Oh! eso no.

—Dentro de dos meses vendré á pedirte por segunda y última vez el cumplimiento de tu palabra... Si me contestas como mi corazon anhela ardientemente, habrás hecho mi felicidad, y te prometo por la sagrada memoria de tu amante madre hacer la tuya; si, como ahora, vacilas y dudas, entónces... todo habrá acabado entre nosotros, y me habrás hecho el más desdichado de los hombres, porque te adoro, Magdalena mia, y sin tí pesaria sobre mí la vida como la más horrible desgracia.

—Fernando, eres muy bueno, dice Magdalena, tendiendo la mano á su prometido.

—Si tan bueno te parezco, ¿por qué demoras hacerme el más feliz de los hombres?...

Fernando se despide de Magdalena, llevando en el alma el agudísimo dolor, el incomparable peso de un triste desengaño.

—¡Ah! exclama: ¡la maldita vanidad!... ¡A Magdalena le parezco pobre áun para ella!... ¡Triste mujer!... ¡pero tambien triste de mí!... ¿Quién sabe si

hubiera sido mejor?... No, no... ¡Yo la adoro, sí, la adoro; pero aunque muriera loco, desesperado de amor, tendré firmeza y voluntad para alejarme de ella, si ella no es digna de este amor que tan grande y poderoso siento en mi corazon!

XV

Perico se explica.

La mujer de Juan el portero ha suavizado un poco sus rigores, y el dichoso marido no sufre ya tan crueles reprimendas; y si ántes le reñia su mujer por la mañana, por la tarde y por la noche, ya sólo le riñe por la noche. Esta amabilidad de la portera se funda en lo que se fundan tantas cosas en este pícaro mundo: en el dinero. Juan le soltó la onza, y luego le ha dado otras monedas de la misma procedencia; es decir, de Perico, que muchos dias cuando va á ver á la marquesa le gratifica, ya con un duro, ya con medio, ya con una pesetílla, por lo ménos.

El portero no es interesado, y si acepta con gusto las propinas es porque con ellas va dulcificando paulatinamente el genio de Basilisa; bien que le espanta considerar lo que sucederá el dia que se vaya de Madrid D. Pedro, ó se muera, que siempre Juan se pone en lo peor, y se acaben las gratificaciones; pero en fin, lo que él dice, miéntras dura, vida y dulzura; y aunque luego le mate á sofocos su costilla, siempre habrá pasado algun tiempo en una tranquilidad relativa, cosa que ya no creia poder esperar miéntras no tuviera la feliz desgracia de enviudar de Basilisa.

Una tarde, un domingo, que, porque llovia mucho, no habian salido la marquesa y Magdalena, y haciéndoles visita, la habia pasado con ellas el bueno de Perico, hallábase el portero sentado en la puerta, entretenido en ver las piernas de las mujeres que pasaban por la calle, porque á Juan siempre le habian gustado mucho los extremos, y por haber visto las piernas á Basilisa un dia de lluvia se casó con ella, y haciase amargas reflexiones acerca de su edad y estado, sobre todo acerca de su estado, y lamentábase de que ya estaba mandado recoger.

—Pues. señor, pensaba, un viejo no sirve para nada. Si ahora tuviera yo treinta años, no me quedaba aquí sin preguntarle dónde vive á aquella criadita que entra ahora en la tienda. ¡Digo! ¡qué pierna!... ¡Y cómo lo sabe la maldita!... No hay nada más bonito que una pierna bonita. . No, pues, la marquesa la tiene hermosísima... Cuando baja del coche se la veo con mucho gusto... Ella no repara en mi

aficion; como me ve viejo, creerá qua ya no me gustan más que las piernas de carnero.

—¿Qué haces ahí tan pensativo? le pregunta Perico que baja de las habitaciones de la marquesa.

—¡Ah! perdone V. E.; no le habia visto, dice Juan, poniéndose en pié.

—Guárdate el V. E., que no lo quiero para nada, y dime si está ahí tu mujer.

—No, señor; ha salido, ha ido con una vecina de esta casa de junto al teatro de Novedades á ver *Jaime el Barbudo*, que le han dicho que es una comedia que hace reir mucho, y el marido de la vecina hace de ladron, y dice su mujer que está tan propio que da miedo verle.

—Pues me alegro de que tu mujer no esté en casa.

—¿Tiene V. algo que decirme de ella?... ¿Le ha faltado á V. al respeto inclusive?...

—No, hombre; es que deseo darte un encargo...

—Oro molido que fuera... sabe V. que puede mandar.

—Hombre, no seas bruto, y habla con lógica y sentido comun.

—No sé lo que es eso.

—Ya lo veo. Pues mira; yo quiero que una persona reciba una carta mia.

—¡Ah! ¿le escribe V. una carta á mi mujer?

—¡Qué pedazo de bárbaro!

—Usted disimule mis cortos alcances.

—Quiero que esta carta que ves llegue á manos de la señorita Magdalena.

—Señorito, será V. servido; ahora mismo subo...

—¡Eh! pára, hombre; es preciso que se la des con disimulo.

—Bueno, subiré y le diré que es cosa mia.

—¡Animal!

—Entónces, V. mande.

—Yo, como siempre está la marquesa delante, no he podido entregársela, y quisiera que tú se la entregases á su doncella.

—¿A Rufina?... ¡Ah! ¿le escribe V. á Rufina?

—Eres un poste, hombre; á Rufina con encargo de que con la mayor reserva se la entregue á la señorita Magdalena.

—Si hubiera V. dicho eso desde un principio...

—Le dices á Rufina, que se la ponga á la señorita sobre la almohada, y así la verá cuando vaya á acostarse.

—Bien, y luego con disimulo entro y le digo á la señorita lo que Rufina va á hacer...

—¡Jesus! ¡cuidado que eres cerril!... Comprendo que tu mujer no te pueda aguantar.

—Señorito, V. perdone, pero como hace tanto tiempo que no hago ese oficio de llevar y traer... Desde que V. se fué y luego se murió el marqués...

—Sí, recuerdo que un dia te envió el marqués con una carta para una señora casada y tú se la diste al marido.

—Creo que no se la podia entregar á persona más calificada... Digo, me parece á mí... Pues mire usted, yo lo haria mal, pero aquel caballero, el marido,

como V. le llama, me dió dos pesetas y me dijo que le llevase todas las que mi amo escribiera á su mujer... Conque no quedaria tan descontento.

—No sé cómo el marqués no te mató. Por tí tuvo un desafío.

—¡Bastante le importaba á mi amo tener un desafío!...

—Eso sí. En fin, ¿vas á hacer bien la comision que te confío?...

—Sí, señor, en eso descuide V.

—No hagas mas que entregar la carta á Rufina, que ella es bien lista, y en seguida comprenderá.

—Sí, señor, eso haré.

—Y para que te acuerdes, toma dos duros...

—Señor, V. siempre es el mismo.

—Toma, hombre.

—Por mi mujer lo hago.

—Y cuidado.

—En cuanto encienda las luces y venga mi mujer de ver á *Jaime el Barbudo*, en seguida subiré y váyase V. descuidado, que la carta será bien dirigida.

Juan quedó suspenso y reflexivo, como quien discurre sobre algo intrincado y difícil, pero se hubiera equivocado quien creyera que Juan estaba discurriendo, porque él no tenia por costumbre discurrir jamás.

En el bolsillo del leviton se echó la carta, y se fué á encender las luces.

Ya era muy entrada la noche cuando volvió del teatro la portera.

Venia muy conmovida; el drama le habia interesado profundamente, y, segun dijo á su marido, más de una vez se le habian saltado las lágrimas durante la representacion.

—¡Qué hombre! ¡qué hombre! exclamaba.

—Pero, mujer, yo, ¿qué te he hecho? preguntaba azorado el portero, creyendo que su mujer se quejaba de él.

—No hablo de tí, vision, respondió amablemente la dulce esposa. Hablo de *Jaime el Barbudo.*

—¿De ese ladron?... porque me parece que ese caballero era un ladron.

—Sí, pero un ladron muy bueno.

—Muy fino, querrás decir.

—Un ladron, que te aseguro que dice cosas muy bien dichas, y que era muy amante de los pobres. No extraño yo que las mujeres se volviesen locas por él...

—Mira tú lo que yo me he perdido con no ser ladron. Tú te habrias vuelto loca y estarias en Leganés.

—¡Qué gracia tienes!

—Gracia no tengo, pero tengo dos duros.

—¡Ay! á ver, Juan. Tengo que comprarme un velo, porque si la vecina me lleva otra vez al teatro, quiero ir decente.

—Toma, mujer, toma, ya sabes que á mí no me saca de mis casillas el dinero.

—Eso es lo bueno que tienes, y lo digo en todas partes.

—Gracias. En eso no se pareceria á mí *Jaime el Barbudo.*

—¡Puede que te hayas ofendido por una broma!

—No, hija, no, ya estoy acostumbrado á tus bromas.

—¿Y quién te ha dado los dos duros?

—¿Quién ha de ser?... D. Pedro.

—¡Qué bueno es! ¿quién habia de decir que iba á ser tan bueno el que era tan malo?... ¿Te acuerdas qué loco era el señorito!... ¡Jesus! ¡siempre decia yo que acabaria en presidio!

En esto llega á la puerta el coche de la marquesa, y poco despues baja esta, vestida con gran lujo, como que va al teatro.

Magdalena no va todavía al teatro, aunque ya ha pasado el luto.

—Juan, dice la marquesa al portero, puede usted cerrar la puerta hasta que yo vuelva del teatro; esta noche no vendrá nadie.

—Bien, señora.

—¿Qué tiene V, ahí?... pregunta la marquesa, reparando en un número de *El Correo de la Moda* que está sobre una silla.

—¡Ah! perdone V. E., es ese papel que trae tantas estampas, que lo trajeron cuando estaba solo en el portal, y por eso no se lo subí... pero iba á subirlo ahora.

—Bien, súbale V. y dígale á Rufina que se lo lleve á la señorita Magdalena, que se queda sola en casa esta noche.

—Ahora mismo.

Y la marquesa se va al teatro al palco de la de la Azucena.

Su primo Perico le ha prometido ir tambien, y ella quiere que su primo Perico la vea con el precioso traje que estrena aquella noche. Perico no ha hablado todavía formalmente de amor á la marquesa, pero ella está segura de que la conquista de Perico es ya un hecho consumado.

Juan se felicita de la buena coyuntura que se le ofrece de evacuar el encargo que le dió Perico, y apénas sale la marquesa, se dispone á subir con el periódico en la mano y la carta en el bolsillo.

—¡Eh! tú, ¿á dónde vas tan decidido? le pregunta su mujer.

—Mujer, voy á *subir arriba*. ¿No has oido á la marquesa?

—Trae, trae ese papel, que yo lo vea.

—Sí, que te hará mucha falta.

—Voy á ver las modas que se estilan.

—¿Te vas á hacer alguna papalina de esas pintadas?...

—A otras les sentarian peor que á mí.

—Vaya, vaya, dame el papel, que lo está esperando la señorita.

—Yo lo subiré.

—Eso sí que no, la marquesa me ha dicho què lo suba yo.

—A la marquesa lo mismo le da. Dame acá...

—Basilisa, tú sabes que siempre he sido un Juan

Lanas, que todo te lo he sufrido y por todo he pasado; pero cuando tratas de atropellarme en mi deber... por eso sí que no paso.

—Pues no te pones poco serio.

—La marquesa me ha mandado que suba, y subiré, y si tú quieres subir será preciso que me ahogues ántes.

—Si no me dieran más trabajo...

—No, el trabajo seria para mí.

Basilisa no insiste; su marido le acaba de largar dos duros, y no es cosa de contrariarle tan pronto; ella no es desagradecida.

Juan sube á la habitacion de la marquesa, y llama. Sale una de las criadas, que no es Rufina.

—¿Qué quiere el señor Juan? le pregunta.

—Quiero ver á la doncella de la señorita Magdalena.

En aquel momento pasa Magdalena por delante de la puerta, y al oir su nombre se detiene.

—¿Qué trae V., Juan? dice amablemente al portero.

—¡Ah, señorita! beso á V. la mano, y V. me perdone la incomodidad. Yo queria ver á Rufina, para que Rufina le diera á V. una cosa.

—Entre V., Juan, entre V. en mi cuarto.

—Y Magdalena echa á andar seguida de Juan.

—La señorita siempre tan amable con los pobres, va diciendo Juan.

—Vamos á ver, dice Magdalena, ya en su gabinete, ¿qué es lo que me tiene que entregar el señor Juan?

—En primer lugar, de parte de la marquesa, este papel con estampas.

—¿Era eso todo?

—No, señorita; tengo una carta, pero no se la puedo dar á V.

—No será para mí.

—Sí, señorita, para V. me dijo quien me la dió, pero me dijo... Aunque sea mal preguntado, ¿dónde duerme V., señorita?

—¡Qué pregunta!

—Yo sé lo que me digo.

—Duermo en esa alcoba, pero, ¿qué tiene que ver?...

—Si V. me lo permite, entraré...

—¿En mi alcoba?... Juan, V. está loco...

—Por la presente me parece que no.

—No comprendo...

—Diré á V.: la persona, que es una persona de mucho respeto para mí, que me dió la carta, me dijo que se la diera á Rufina y le dijera que la colocase encima de la almohada de la cama de V.

—Vaya, señor Juan, bájese V. á su portería. Yo no recibo cartas de nadie.

—Señorita, si V. se enfada porque iba á entrar en la alcoba, yo no lo hacía á mal hacer, sino por cumplir... pero ahí va la carta. Siento no haberla podido entregar con disimulo, como me encargó el señorito...

—¿Qué señorito?...

—Demasiado sabe V. quién: el de enfrente.

—Bueno, vaya V. con Dios.

El portero sale, y Magdalena coge la carta, cuyo sobre está en blanco.

—¿Qué me querrá decir Fernando? se pregunta la huérfana... Alguna reprension amorosa... Fernando me quiere de un modo...

Magdalena ha abierto la carta.

—¡Jesús! exclama, no es de Fernando. ¡Ah! es del primo de la marquesa.

La carta dice así:

«Magdalena: No hallo ocasion propicia de decir á V. que la adoro, y para que V. lo sepa, no encuentro medio mejor que decírselo por escrito. Adoro á V., y le ofrezco mi mano y mi fortuna. Sé que tengo un rival afortunado, y para más desgracia, ese rival es mi mejor amigo; pero esta consideracion es para mí ménos fuerte que el amor que V. me inspira. A usted toca decidir. Todas las desventajas están de mi parte; él es jóven y es amado de V... Vea V. si será grande mi amor cuando, á pesar de tener casi por seguro un desaire, no he podido resistir al deseo de que V. no lo ignore.—Besa sus piés.—*Pedro del Valle.*»

Magdalena queda pensativa, coloca la carta en el sobre, y la encierra en su mesa de escribir.

—¡Ah! exclama. ¡Si la viera la marquesa!...

Magdalena no ama á Perico, pero ha comprendido que su tia trata de cautivarle y tiene sus proyectos de casarse con el millonario, y no le desagrada persuadirse de que Perico no ama á la marquesa.

La vanidad de Magdalena no podia perdonar la vanidad de la marquesa.

Ella se quedaria pobre, oscurecida, y la marquesa sería esposa del hombre que brillaba más en la córte por sus riquezas... Esta idea atormentaba mucho á la triste huérfana, tan ciega por esa pasion miserable que se llama la vanidad.

La marquesa iria á ocupar aquel magnífico palacio, y ella tendria que vivir, si se casaba con Fernando, en una habitacion de ocho ó diez mil reales...

Sólo preocupada como estaba por tan ruines pensamientos, pudo recibir sin indignacion, casi con agrado, la carta de Perico.

Si la vanidad no hubiese oscurecido su inteligencia y agostado en su corazon los sentimientos nobles y generosos, habria rechazado con enojo una carta que era una aleve traicion contra el amigo más leal de quien la escribia; hubiérase reido de la ridícula pretension de Perico de querer compararse con Fernando, tan bueno, tan galan, tan fiel amante, tan honrado, tan lleno de abnegacion y de amor; pero Magdalena no podia pensar nada de esto, porque solamente pensaba en su perdida fortuna, porque pensaba y calculaba con repugnante prevision que con lo que reunian Fernando y ella *apénas podrian vivir*, porque para ella *vivir* era tener lujo, eclipsar á todas las demas, poseer los mejores coches, las más preciadas joyas, viajar á lo príncipe, ser la reina de los saraos, tener posesiones en todas partes, y merecer, en fin, la admiracion y la envidia de los que adolecieran del mismo defecto que ella... ¡No tener todo esto no era vivir, era no ser nada en el mundo!...

¡Como si tenerlo todo fuera ser algo más!...

Dominada la hermosa Magdalena por estas ideas, la carta de Perico era una satisfaccion á su vanidad.

Cuando la marquesa salió para ir al teatro, dejó á Magdalena triste y preocupada, y cuando volvió creia que ya se habria retirado á descansar.

Grande fué su sorpresa cuando la halló levantada, y no tan triste como ántes.

—¿Ha venido alguien? le preguntó la marquesa.

—Sí, tia; ha venido el portero á traerme de parte de V. *El Correo de la moda*. Gracias, tia; con sus dibujos y patrones he estado entretenida. Y V. ¿se ha divertido mucho?

—No.

—¿Y habia gente conocida?

—Alguna. Rosalia, la hija de la marquesa de la Azucena, ha estrenado un vestido *verde luz* magnífico, y estaba llena de diamantes.

—¡Jesus! ¡qué feita estaria!...

—Pues ha llamado mucho la atencion.

—¿Más que V.? Esta noche está V. hermosísima.

—Y tú parece que estás más animada...

—Lo mismo.

—Noto en tí alguna variacion.

—No sé... ¿Y ha estado su primo de V.?...

—No, aunque me lo prometió. Tiene una cabeza... Se le habrá pasado el tiempo en el Casino. Los amigos le van á perder.

—Pues Fernando no ha ido con él. Toda la noche he visto desde el balcon luz en su cuarto.

—Vamos, por eso estás tan contenta.

—Sí, señora, por eso.

—Ya me parece que va siendo hora de que os caseis. Fernando es un hombre ejemplar.

—Antes no le tenia V. tanto afecto.

—Era que le conocia ménos.

La marquesa tiene en efecto muchos deseos de que Fernando y Magdalena se casen. Ella quisiera que se casara todo el mundo ménos Perico; miéntras éste se halle en estado de merecer, no pierde las esperanzas de ser ella la que le merezca.

Tia y sobrina se separaron poco despues, retirándose á descansar.

En el palacio de enfrente se ve un balcon bastante iluminado por la luz que hay en la habitacion, y detras de la cortina se dibuja la figura de un hombre. Es Fernando que mira al balcon del cuarto de Magdalena, tambien iluminado.

De pronto desaparece la luz en la habitacion de esta. La doncella se ha llevado el quinqué, y sólo ha quedado en la alcoba de Magdalena una bujía.

Fernando se retira del balcon, diciendo tristemente:

—¡Ya se ha recogido, Dios la bendiga!... Y para mí no ha tenido una mirada siquiera, ni ha querido saber si yo estaba aquí mirando á su balcon. ¡Pobre Magdalena! y ¡pobre de mí tambien!

XVI

El padre de los pobres.

Así como la clase elevada de la sociedad está muy preocupada del lujo deslumbrador que va desplegando el ilustre Perico, y todos se hacen lenguas de su buen gusto, de su prodigalidad, hasta de su ingenio, tambien la clase pobre, esa oscura multitud que no conoce de la vida más que las privaciones y las amarguras, lo está hace tiempo, pero por muy distinto motivo.

Hay en Madrid una persona cuyo nombre se ignora, que se dedica á hacer obras de caridad, y las hace continuamente de cien modos diferentes, y con suma discrecion y notable acierto.

Algun periódico ha dedicado ya algunas líneas al incógnito favorecedor de los pobres; pero la noticia de sus caritativas acciones no ha causado la impre-

sion que causará, por ejemplo, la descripcion de cada una de las brillantes *soirées* que se verifiquen en el elegante palacio de la calle de Segovia.

Pero si el lector me acompaña á la calle del Aguila podrá saber algunos detalles que no carecen de interes acerca de los hechos del misterioso bienhechor.

Sin duda porque las casas son estrechas y se respira en ellas mal, los veclnos, y sobre todo las vecinas, salen á la calle, y en la calle trabajan, cosen, hacen media, peinan á los chicos, y les quitan algo que les estorba en la cabeza, y algunas hasta guisan en un fogon ambulante, que consiste en un barreño con ceniza, cuatro ascuas y dos pucheros. Y estando en la calle, ¿qué han de hacer las vecinas? Hablar es lo más agradable y lo más barato, bien que á veces por una palabra imprudente se arma entre ellas gran reyerta, y á las palabras siguen las obras, y alguna sale arañada, y otra pierde el moño en la refriega, y á la tuerta le da unos azotes la bizca, y ruedan los pucheros con su contenido, y los chicos se quedan á medio peinar y con la mitad de los enemigos en la cabeza, y se grita, y se manotea una hora, y gracias si luego no toma el caso mayores consecuencias cuando se enteran de lo ocurrido el marido de la bizca y el cortejo de la tuerta, que ya no se quieren bien, porque el uno es republicano rojo, sin mezcla, socialista y materialista, y el otro tambien es republicano, pero templado, idólatra de Castelar,—á quien el otro llama ruiseñor, que no vale para nada,—y que quiere la república pacífica, decente y mode-

rada, cosa en verdad tan imposible como que la rana crie pelo.

Pero al otro dia ya se ha restablecido la paz, y está la calle del Aguila como una balsa de aceite, bien que han desaparecido tres de los cuatro personajes más pendencieros, que son la tuerta, que está en el hospital con un ataque al cerebro á consecuencia de la sofocacion que le dió la bizca y los azotes que le aplicó en una parte lejana del cerebro; la citada bizca, que ha emigrado á Chamberí, donde tiene una hermana, por si ocurriera que la fueran á buscar, y porque ella no quiere andar en eso de dar declaraciones, y el republicano rojo, que, por haber tenido la inadvertencia de firmar con otros una proclama pidiendo la revolucion social inmediata, y las siete cabezas de los siete ministros que á la sazon se están divirtiendo con el país, está preso en el Saladero, sufriendo por la más santa de las causas, segun dice él, aunque niega que haya habido santos ni santas en el mundo.

—Ese hombre es el padre de los pobres, dice la Pepa, la más antigua cigarrera de la fábrica, que no trabaja por entónces porque tiene en un dedo un panadizo.

—Tienes razon, contesta Luisa la guarnecedora, que está acabando de aderezar una botita de señora, que es una maravilla de arte, la bota, se entiende; ese hombre es muy bueno.

—Y que es un caballero, añade un viejo que ha sido sastre y ya no es más que perlático, por cuyo motivo no puede ser sastre.

—El otro dia me quedé yo haciendo cruces viéndole entrar en casa de ese albañil que se murió el sábado. El pobre tenia el tífus, y en un cuarto estaban él, su mujer y sus cinco hijos, que no se podia respirar allí. Los niños desnuditos y llenos de miseria... El los cogió en brazos y los llevó á un cuarto de arriba que estaba desalquilado, y lo habia tomado, y allí les trajeron luego dos colchones muy hermosos, y ropita nueva, y á la madre le dió no sé cuánto, y vino un médico de coche y todo, y dos mozos limpiaron el cuarto del enfermo... y él allí, sentándose en la cama, la única que habia, donde se estaba muriendo el pobre, y dándole la mano y diciéndole unas palabras tan dulces, que todos los que le oíamos llorábamos...

—Pues la Inés, que estaba tan apesadumbrada porque tenia que llevar el chico á la Inclusa, ya está tan contenta porque ese caballero le ha dado para criarle, que ella no podia humanamente porque la pobre está hética...

—Y á D. Blas, ese viejecito que tenia una peseta que le daba la reina, y se la han quitado, él le da la peseta, y ya el infeliz no irá á San Bernardino, como iba á ir... y cuidado que D. Blas dicen que ha tenido hasta coche... Por eso no hay que despreciar á los pobres, porque pobre se puede ver el más rico.

—¿Y quién ha sido padrino del hijo del ciego? El mismo: ayer mañana le vi yo en San Lorenzo tener al niño en la pila, y luego le dió cinco duros al ciego y quinientos reales al cura para que los repartiera

entre los pobres, lo cual que á mí me han tocado treinta reales, que no tengo para empezar...

—El mismo caballero paga el colegio al chico de ese matrimonio, que el padre es manco y la madre tiene el baile de San Vito. Y el otro dia dijo que él hará del chico un hombre que sepa mucho para que luego mantenga á sus padres.

—Eso es para que luego nos venga el Mellado diciendo que los ricos son muy malos, y que es preciso cortarles á todos la cabeza.

—Eso lo dice porque el otro dia pidió él á ese caballero, y le contestó que solamente socorria á los pobres que no pueden trabajar y tienen buena conducta.

—Le dejó pegado á la pared.

—Pues no se la perdona, y hay que decir á nuestro bienhechor que ande con cuidado, porque el Mellado tiene muy mala sangre.

—Ese señor no le tiene miedo.

—Sí, pero no vive el leal más que lo que quiere el traidor.

—¡Jesus! Si ese hombre se atreviera á hacer algo al padre de los pobres, exclamó la cigarrera del panadizo, le hacíamos tajadas. Antes no era así el Mellado.

—Ahora, con eso de la *repúbrica*, dice la guarnecedora, ha aprendido mucho. ¿No le oís cómo se pone á hablar del modo que tendrá él de gobernar cuando le hagan *menistro?*... ¡Qué *menistro!*... Pondria el ministerio en la taberna de la *señá Juana*, que tambien le ha dado por ahí, y es *repubricana* neta.

—Lo cierto es que ahora hay ménos trabajo que ántes y más pobres.

—Ménos trabajo y ménos ganas de trabajar, has de decir.

—Allí viene el padre de los pobres, grita una viejecita que está arrimada á la pared haciendo primorosos bordados en una calceta rota por varias partes.

En todos los semblantes se pinta la más viva alegría.

El padre de los pobres llega á donde está reunida toda aquella gente, que le rodea al momento con grandes muestras de cariño.

—Basta, dice el bienhechor, me van Vds. á obligar á no volver más si continúan con estos extremos.

—¡Viva el padre de los pobres!

—¡Viva!...

El caballero, que es un hombre de buena presencia, con peluca blanca, lo cual indica que no la lleva por disimular su edad, anteojos azules, y una levita, abrochada, muy larga, habla con mucho cariño á los pobres que le rodean, se entera de sus necesidades, reparte algunos socorros, y á todos dice frases consoladoras de amor fraternal. Luego entra en una de las casas á ver á una enferma; entra tambien en una escuela de niños, y les reparte catecismos y cartillas, y despues, cuando va á marcharse, dice á los pobres que le rodean:

—Vamos, quedad con Dios, hijos mios, y hasta el sábado, pero no me alboroteis, ni me siga ninguno, porque el dia que trateis de descubrir quién soy, no

me volvereis á ver ni recibireis más auxilio mio.

El caritativo personaje ejerce una influencia poderosa en aquella gente, y es ciegamente obedecido. Nadie trata de saber quién es, nadie le pregunta su nombre, nadie conoce su domicilio, pero todos le respetan y reverencian, y le llaman el padre de los pobres.

¿Qué nombre mejor?...

El misterioso caballero se dirige á buen paso á la calle de Embajadores y entra en la Inclusa.

Recíbele el capellan.

—Sírvase V., dice al sacerdote, recibir esta cantidad para las atenciones de este santo asilo.

—¿De quién tengo el honor de recibir este donativo?...

—De nadie.

—Debe constar en mis libros la procedencia.

—De un amigo de los pobres.

Y sale apresurado, dirigiéndose á una casa de pobre apariencia, en la calle del Meson de Paredes; sube una estrecha y empinada escalera, y se detiene delante de la puerta de una guardilla.

La puerta está entornada.

El caballero la empuja suavemente, y pregunta:

—¿Vive aquí una señora que está enferma gravemente?...

—No diga V. que vive, diga V. que muere. No me puedo mover; pase V. adelante.

El caballero entra; una pobre mujer, de facciones demacradas, está sentada junto á la ventana de la

guardilla, por donde entra un pálido rayo de sol.

—Señora, dice el bienhechor, una persona que ha sabido la desgracia de V. y las tristes circunstancias en que ha sido V. abandonada por su marido, me manda entregar á V. estos quinientos reales.

—¡Dios mio! ¿quién es esa persona?... ¿Cómo ha podido saber mi desventura?...

—Dios no abandona á los que padecen víctimas de la maldad humana.

—¿Pero el nombre de esa persona?...

—Magdalena se llama. Ruegue V. á Dios por esa persona.

—¡Oh! ¡sí!...

Y el caballero se despide de la triste enferma.

Sube á la plaza del Progreso, sigue la calle de la Magdalena y la de Atocha, y entra en el Hospital general.

En la Comisaría de entradas pregunta:

—¿Seria posible saber cuántos enfermos pobres forasteros salen hoy con alta de este santo hospital?...

—Sí, señor, pero... ¿para qué?... pregunta á su vez el empleado?

—Es para distribuir entre ellos un socorro.

El empleado sale y vuelve despues de poco tiempo.

—Doce, dice, son los que van á salir hoy.

—Pues hágame V. el obsequio de entregar un duro á cada uno de ellos.

—Será V. servido; pero, ¿en nombre de quién se hace el donativo?

—En nombre de un hermano.

Sale del hospital, y se mete en un coche de alquiler que pasa por la calle á la sazon.

—Al barrio de Salamanca, dice al cochero.

Llega el coche á la calle de Serrano, y previa indicacion del caballero que ocupa el carruaje, el cochero detiene el caballo delante de un elegante hotel, que no es otro que el mismo donde vivió y murió don Melchor, el padre de Magdalena.

El caballero sale del coche y se dirige al hotel.

Pregunta al portero, y este le conduce.

Poco despues entra en un despacho elegante, no tan elegante como cuando vivió allí D. Melchor.

En el despacho le recibe un caballero de buena presencia.

—No he querido, dice el bienhechor de los pobres, decir mi nombre, porque mi nombre no importa nada ahora; vengo á hacer á V. una proposicion ventajosa,

—Lo celebro, contesta el dueño del hotel. Siéntese usted.

—V. ha perdido este mes en la Bolsa quince mil duros.

—En efecto, pero no entiendo...

—Y ha hipotecado V. esta casa...

—Exacto, por el momento no tenia metálico, y por no desprenderme de ciertos valores con gran pérdida...

—Comprendo perfectamente. Pues yo deseo que usted me haga un gran favor.

—¿Cuál?

—Que se tome V, la molestia de mudarse al hotel

inmediato, que es mejor que este, y vale bastante más, pero yo doy mayor valor á este que V. ocupa, y estoy dispuesto á dar á V. sobre la propiedad que le ofrezco, los quince mil duros de la hipoteca.

—Es singular la proposicion.

—¿No la acepta V.?... He creido que V. no tendria inconveniente en cambiar esta casa por otra de mejores condiciones aún...

—En efecto, el *hotel* inmediato es mucho mejor; pero quiere V. darme mucho más de lo que vale este.

—Todavía salgo yo ganando, y me dispensará usted un gran favor aceptando lo que he tenido el honor de proponerle.

—Sea, pues.

—Gracias. Aquí tiene V. los quince mil duros, y el hotel inmediato está desde luego á la disposicion de usted.

—¿Cuándo desea V. entrar en posesion de este?

—Cuando V. quiera.

—Mañana.

—Bien.

—Pero recoja V. ese dinero; han de llenarse ántes ciertas formalidades.

—Bien; bastará una simple escritura, los títulos de propiedad de la casa que ya es de V., los tendrá usted mañana.

—Y V. recogerá los de esta. ¿Puedo tener el honor de saber quién es el comprador de esta casa?...

—Con toda reserva se lo diré á V., que es persona discreta. Adquiere esta casa la que debia ser su dueña.

—No entiendo.

—La hija de su primitivo dueño.

—¡Ah! ¿de D. Melchor?

—Ciertamente.

—Comprendo ahora el interes que tendrá en volver á poseer su casa. Aquí estarán todos sus recuerdos.

—Eso es. Conque mañana...

—Mañana, sí señor, podrá instalarse aquí, si quiere, la hija del pobre D. Melchor; pero recoja usted ese dinero.,.

—¡Oh! no.

—Daré á V. un recibo, á lo ménos.

—Entre personas como nosotros, basta una palabra. Beso á V. la mano.

Y el caballero sale, y vuelve á ocupar el coche.

Media hora despues, porque no anda más deprisa el caballo matalon que tira de la desvencijada berlina, se detiene esta delante de la puerta del palacio de Perico en la calle de Segovia.

El padre de los pobres sale del coche, paga al cochero, y entra en el palacio.

XVII

Preparativos de fiesta.

No faltaba Perico ningun dia á visitar á la marquesa, pero esta tenia buen cuídado de no dejarle nunca solo con Magdalena; conocia la marquesa que su sobrina era la única temible rival que tenia, la única que podia arrebatarle el amor de Perico.

Por su parte, Magdalena, que nada habia contestado aún á la carta de Perico, que aún no se habia atrevido á hacer traicion á Fernando, que aún no habia dejado de oir la voz de su conciencia, dejaba algunas veces á la marquesa sola con Perico, segura como estaba de que este no haria á su tia la declaracion que tan vivamente deseaba. Y luego, cuando Perico se marchaba, parecia como que Magdalena se complacia en la visible contrariedad, en el poco disimulado mal humor de su amada tia.

Si alguna vez se han profesado cariño la marquesa y Magdalena, es seguro que á este ha reemplazado otro sentimiento ménos dulce, ménos grato.

La marquesa no deja de hablar de Fernando á Magdalena.

—Pero, mujer, le dice, es preciso que te resuelvas á casarte con tu prometido.

—No me parece que urge tanto ese enlace, tia.

--Sí, la sociedad es implacable, sobrina mia; todo el mundo sabe que es tu prometido, que ha vuelto para casarse contigo, y como esto no se verifica, empieza la murmuracion...

—¿Y de qué?... ¿De cuándo acá tiene derecho nadie para preocuparse de lo que sólo á mí me importa?

—Magdalena, demasiado comprendes lo que se puede creer, sin que yo te lo diga.

—¡Qué! ¿se creerá acaso que Fernando no se casa conmigo porque estoy pobre?...

—O que tú no te casas con Fernando porque este no ha vuelto tan bien acomodado como tú y todos suponíamos.

—Dejemos esa conversacion, tia. Demasiado sabe usted que Fernando está tan apasionado de mí ahora, como siempre.

—Sí; eso es verdad; pero tú...

—Permítame V., tia, que no diga una palabra más,

Esta conversacion va tomando cierto carácter enojoso, pero oportunamente llega á interrumpirla Parico.

Las dos señoras componen el semblante, y tratan de aparecer á los ojos de Perico las mejores amigas del mundo.

—Señoras, dice el primo de la marquesa, hoy vengo á solicitar el más alto favor...

—¿Un favor? pregunta la marquesa.

—Sí, querida prima; explicaré el caso lo más brevemente que sepa.

—Sepamos.

—¿Es sólo á mi tia á quien tiene V. que pedir ese gran favor? pregunta Magdalena, porque entónces, continúa, me retiraré.

—¡Oh! de ningun modo; el favor me lo van á dispensar Vds. dos.

—Ya te escuchamos, primo.

—He pensado abrir mis salones á los amigos...

—¡Gran pensamiento!

—Al efecto, preparo una fiesta que, sin que esto sea alabarme, creo ha de producir un gran efecto.

—Como todo lo que V. hace, observa Magdalena, á la que mira la marquesa de un modo particular, muy poco benévolo.

—Gracias, Magdalena, pero el mérito no es mio, sino del dinero. Con dinero todo se hace bien siempre.

—O mal, añade la marquesa, pero continúa, primo.

—Discurriendo sobre tan grave asunto con el bueno de mi secretario, se le ha ocurrido, porque á ese diablo de hombre todo se le ocurre, que mi fiesta iba á ser la cosa más tonta y desairada del mundo.

—¿Cómo?...

—Porque no habiendo ninguna señora en casa, madre, esposa, hija ó hermana, careceria naturalmente la funcion del principal atractivo, del atractivo del bello sexo.

—Es verdad; será una fiesta de hombres solos.

—No será tal, porque á mi secretario se le ha ocurrido que mi señora prima la marquesa me dispensará el honor de tomar en esa fiesta posesion de mi casa y hacer los honores de ella á las señoras.

—¡Ah!

—Eso creo que está admitido.

—Sí, perfectamente.

—Y mira tú por dónde he venido á pensar seriamente que necesito buscar una compañera, una esposa.

—¡Ah! ¿vas á casarte?...

—Todavía no.

—Pero, ¿tienes ya con quién?

—Falta que ella quiera; yo sí tengo elegida ya mi compañera.

La mirada de la marquesa se encuentra con la de Magdalena.

—Hé aquí el favor que vengo á pedir á mi señora prima.

—Me pones en un compromiso...

—Nadie podrá hacer los honores de mi casa con tanta distincion y con tan exquisita elegancia, y además á la selecta sociedad que se reunirá en mis salones ninguna otra persona será más simpática...

—Dices de un modo las cosas que me vas á poner en la imposibilidad de negarme.

—Bendita sea esa boca; hay que convenir en que mi secretario tiene muy buenas ideas.

—Bien decia yo, dice Magdalena, que nada de eso iba conmigo.

—Mal dicho, amable Magdalena; es claro que V. acompañará y ayudará á su tia en tan difícil encargo. V. se ha quitado ya el luto y debe volver á presentarse en sociedad; todo el mundo echa á V. de ménos, y será para mí una fortuna que en mi casa sea donde de nuevo se presente V. pasado ya el tiempo que ha debido estar alejada, por sensibles desgracias, de los placeres del mundo y los triunfos de los salones.

—El triunfo será el tuyo, si logras convencer á mi sobrina, que no acaba de consolarse nunca.

—Veremos, contesta Magdalena. Por mí nada se descompone, puesto que la fiesta lo mismo puede verificarse conmigo que sin mí.

—Sí, pero la fiesta, si V. nos faltase, no sería tan agradable como yo quiero que sea.

—Tendrá que consultarlo con Fernando, observa insidiosamente la marquesa.

—No querrá V. decir, replica Magdalena, que necesite yo pedir permiso...

—De ningun modo, querida mia, pero parece natural que se lo digas á Fernando.

—¿Y cuándo se va á verificar esa gran fiesta? pregunta Magdalena á Perico.

—El lúnes: mi secretario, que es el que lo va á disponer todo en casa, me ha prometido que el lúnes estará todo concluido. Va á convertir una sala en bosque, el patio en una habitacion oriental, el jardin lo iluminará con la luz eléctrica, habrá cascadas, juegos caprichosos de aguas... en fin, habrá cosas nunca vistas, verdaderos prodigios. Mi secretario lo entiende perfectamente. El se ocupa en todo, y estoy seguro de que hará una cosa magnífica.

—Fernando tiene mucho talento, observa la marquesa.

—Muchísimo.

—Supongo que habrá baile.

—Baile y concierto. Tendremos á la Ortolani, á Tamberlik, á Selva, la orquesta que dirige Monasterio... el gobierno... será en fin una funcion completa; me prometo un artículo de *Asmodeo* en *La Epoca*, y unas láminas en *La Ilustracion Española y Americana*.

—Vas á acreditarte.

—Prima mia, lo que dice mi secretario, hay que animar un poco este Madrid, que todavía se resiente de la última revolucion.

—Pues cuenta conmigo, primo mio; ya que soy indispensable para que la fiesta se verifique con asistencia de señoras, no veo medio de evitar el compromiso.

—Mucho te agradezco este singular favor, y á Magdalena tambien tendré mucho que agradecer, si asiste, como espero, á mi fiesta.

—No he prometido nada, amigo mio.

—Ya te he dicho, primo, que lo habrá de consultar con Fernando.

—Iré, se apresura á decir Magdalena.

Perico se levanta y se despide de las dos, manifestando gran alegría por el buen éxito de su pretension.

La marquesa, muy contrariada, se encierra en su gabinete sin decir nada á Magdalena.

La situacion entre las dos es cada vez más tirante, y cada vez más profunda la aversion que se profesan.

....

Ha llegado el dia anterior al señalado para la gran fiesta en el palacio de D. Pedro del Valle.

Los periódicos anuncian hace dias tan notable acontecimiento, y hablan de los grandes preparativos que se han hecho, de las maravillas que han de ver los afortunados que asistan á la fiesta, y hacen pomposos elogios del buen gusto y de la prodigalidad del opulento capitalista. Cítanse ya trajes magníficos que estrenarán distinguidísimas damas, y no se habla en Madrid de otra cosa que de la fiesta del afortunado mortal que tan bien sabe emplear sus riquezas.

La marquesa del Rosal ha hecho un esfuerzo, sacando sus ahorros y empleándolos en un traje preciosísimo y carísimo, y está segura de que no habrá quien la venza en lujo y elegancia.

Fernando se presenta en casa de la marquesa.

Esta le deja con Magdalena, como acostumbra, deseosa de que aquel insista con su prometida para obtener el cumplimiento de la palabra empeñada.

Mientras Magdalena no se case con Fernando, no tendrá ella tranquilidad, y temerá que se le escape el bueno de Perico, á quien se propone arrancar en la fiesta del dia siguiente una declaracion en regla.

—Magdalena, dice Fernando á su prometida, me han dicho que piensas asistir á la fiesta de mañana.

—¿Por qué me lo dices?...

—Porque... yo no quisiera que asistieras á ninguna fiesta de ese género hasta...

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que seamos esposos.

—¿Olvidas lo que me propusiste?...

—¿Qué?...

—No hablarme de eso hasta dentro de dos meses.

—¡Es verdad!

—¿Y por qué no quieres que asista á esa fiesta?

—Por tí en primer lugar, y luego por mí.

—¿Por mí?...

—Sí, esa fiesta, ostentacion de la más espléndida riqueza, traerá á tu memoria tristes recuerdos...

—¡Ah, sí!

—Pues si tú lo crees así, ¿por qué quieres ir?...

—Lo he prometido.

—¿Sin hablar ántes conmigo?...

—Creí que tú irias tambien...

—Yo no; no quiero que nada distraiga mi pensamiento fijo en tí solamente, amada Magdalena. Seria para mí enojosísima esa fiesta.

—Pues el primo de mi tia ha dicho que todo lo has dispuesto tú.

—En efecto; él me lo ha mandado, y yo he debido hacer lo posible por satisfacer sus deseos; él se quiere divertir y está en su derecho, y yo, obedeciéndole, dispongo todo para que se divierta y se luzca bien; en cuanto á mí, ya sabes que no soy aficionado á esas funciones.

—Así dicen que eres tan excéntrico.

—Me importa poco que puedan formar de mí esa opinion.

—Yo no encuentro medio de disculpar mi falta de asistencia.

—Es bien fácil.

—Pero, ¿por qué no quieres que vaya?

—Porque tengo celos.

—¡Qué locura!...

—En medio de aquel lujo deslumbrador, temo que si piensas en mí, te parezca yo bien poco para tí; temo que suene grata en tu oido la lisonja; temo lo que teme siempre, perder tu amor. Tengo tu juramento de amarme siempre; mas yo no sé qué triste presentimiento me asalta de que esa malhadada fiesta ha de ser para mí orígen de gran pesar.

—¡Qué aprensiones!...

—No vayas, Magdalena.

—Lo he prometido, Fernando; te repito que no creia que tuvieras interes en que no fuera, y que irias tú mismo.

—¿Estás resuelta?...

—No puedo ménos.

—No insisto. Tú harás lo que quieras.

Fernando sale de casa de la marquesa triste como siempre.

—¡Y esta es la que tanto me amaba!... piensa: ¡parece imposible que así mate en el alma los nobles sentimientos esa pueril y estéril pasion de la vanidad!

XVIII

La famosa fiesta que hubo en el palacio de la calle de Segovia.

Todos los vecinos de las casas próximas al palacio de Perico están en los balcones; la calle está llena de gente, y delante de la puerta se ha reunido tal multitud, que el celoso gobernador de la provincia, invitado tambien á la fiesta, ha mandado que vengan cuatro guardias civiles á caballo, con objeto de poner órden, despejar las inmediaciones del pórtico, y cuidar de que los coches puedan llegar al Palacio, y luego formen una fila, que se prolonga hasta la misma puente segoviana.

El portal presenta un aspecto deslumbrador.

Más de quinientas luces de gas, caprichosamente colocadas, estatuas, jarrones de flores naturales, lleno de flores tambien el piso, y formados en dos filas cincuenta gallegos y asturianos vestidos de frac, con la corbata blanca, los guantes blancos y las caras rojas del calor que produce tan extraordinaria acumulacion de luces.

Si este lujo hay en el portal, ¿qué habrá dentro?...

La mar.

Los gallegos y asturianos formados en el portal son los que mejor ven á los convidados.

Por delante de ellos pasan hermosísimas mujeres, feísimas viejas, altos personajes políticos, escritores famosos, grandes trapisondistas, y muchos tontos de capirote.

Y ellos impasibles, sin reirse, poseidos de su importante papel, y sin pensar en otra cosa que en la eventualidad de que tanta gente como va entrando se coma toda la cena dispuesta y no quede nada para ellos.

Los convidados no pueden ménos de expresar la mayor admiracion recorriendo aquellos salones maravillosos; uno es copia exacta de la casa de un mandarin chino; otro representa una gruta en el Líbano; en otro no se atreve nadie á andar porque el techo y las paredes, las puertas y el piso son espejos en los que reflejan miles de luces; aquello produce mareos.

El salon del baile es de un efecto sorprendente; allí se ha reunido todo lo más lujoso, todo lo más elegante y caprichoso; los divanes son de raso magnífico,

los espejos de gran tamaño están colgados con gruesos cordones de oro; los cuadros representan tipos de mujeres hermosas de todos los países; las arañas son de plata; la orquesta está oculta detras de una preciosa decoracion pintada por Ferri, y, en fin, no es posible dar idea de tanta grandeza, de tanta riqueza, y renuncio á la descripcion de todas aquellas maravillas. Todo lo que puede imaginarse es pálido comparado con lo que se ve en el suntuoso palacio de Perico.

La marquesa del Rosal estaba aturdida; aquello era mucho más de lo que ella esperaba. Su primo Perico debia ser más rico que Rostchild.

Allí estaban los marqueses de la Azucena con su hija, tan fea la pobre, pero cuajada enteramente de brillantes; no estaba por cierto desairada; muchos guapos mozos se disputaban el honor de bailar con ella, y aquella noche, como siempre, oyó muchas frases galantes, y le hicieron tres ó cuatro declaraciones en regla. La infeliz tenia este consuelo, y habia llegado á creerse hermosa, porque se lo decian. Cuando pasaba por delante de un espejo y se veia tan fea, me parece á mí que se figuraba que la que el espejo copiaba era otra, no ella.

Allí está la vizcondesa del Tronco, la intransigente aristócrata, la impecable, la severa, la rígida, la dignísima dama tan linajuda y tan escrupulosa en todo cuanto se refiere á la nobleza.

—¡Qué lastima, decia á la marquesa, hablando de Perico, que este hombre no tenga un título!

—Yo creo que ahora se lo darán. Parece que el ministro de Estado ha dicho algo de eso.

—¿Ahora?... ¡Oh! seria una vergüenza, y yo no le volveria á saludar.

La condesa del Fresno, cuyo marido sigue en Paris dedicado á los cuerpos de baile, coquetea por aquellos salones, jovial, alegre, murmuradora como siempre, feliz, á pesar de ser tan desgraciada.

Allí están los ministros, plebeyos endiosados, como los calificó en un impreso un republicano, compañero suyo de conspiracion; allí están tan embarazados como los actores que salen por primera vez á la escena, confiados en la indulgencia del público.

Allí está Perico, el héroe de la fiesta, rodeado de personajes, de banqueros, de periodistas, recibiendo el incienso con que le saludan los adoradores del dios Exito; todos se disputan el honor de estrechar su mano; todos le demuestran el mayor afecto, la más respetuosa consideracion; todos hacen grandes elogios de su talento, de su buen gusto, de su genio... El contesta con una sonrisa que á todos parece propia de un hombre superior, y con alguna que otra tontería.

Magdalena está allí tambien.

Viste sencillamente un traje de medio luto, y esta sencillez la hace más hermosa todavía.

Su presencia ha causado cierta extrañeza entre sus antiguas amigas.

Saben que está arruinada y no suponian encontrarla allí.

Pero su extrañeza crece cuando advierten cuánto la distingue Perico.

La condesa del Fresno es la primera que se atreve á decir lo que sospecha, que es lo mismo que sospechan otras.

—Me parece, dice á la marquesa, que su primo de V. se casará pronto.

—Acaso, contesta la marquesa.

—Y hará bien, añade la del Tronco; así no se perderá su gran fortuna.

—Y hará una obra de caridad, observa Rosalía, la feísima hija de la marquesa de la Azucena, casándose con la pobre Magdalena.

—Hay notable diferencia en la edad, dice la del Fresno; D. Pedro puede ser su padre.

—Magdalena, replica Rosalía, no se habrá fijado en eso.

—Amigas mias, exclama la prima de Perico, no veo el fundamento de esa sospecha de Vds. Magdalena tiene ya compromiso formal con un jóven digno de ser amado, y á quien ama hace mucho tiempo. Con él se casará seguramente.

—¡Ah! sí, dice Rosalía, el secretario de D. Pedro, que tambien lo fué del padre de Magdalena... un jóven muy simpático... No le he visto aquí esta noche.

Miéntras las señoras hablan de Magdalena y Perico, y hacen indicaciones más ó ménos intencionadas, distinguiéndose entre todas la feísima Rosalía, que ha jurado odio á muerte á la huérfana, como si esta tuviese la culpa de que haya sido ella tan poco favo-

recida por la naturaleza, Magdalena va apoyada en el brazo de Perico, recorriendo salones y viendo la casa.

—Magdalena, le dice Perico, necesito una contestacion á la carta que me atreví á dirigir á V.

—Amigo mio, V. me honra demasiado; pero... Fernando es mi prometido... tengo empeñada mi palabra.

—Ya lo sé; tambien es mi mejor amigo, y no vacilo en disputarle el amor de V. ¿Y qué le puede ofrecer á V. Fernando?

—El me ama.

—Usted, acostumbrada á vivir en la riqueza, ¿se acostumbrará ahora á una oscura medianía?... ¿Querrá usted, nacida para reina de los salones, para brillar en las más altas esferas, unirse á un hombre excéntrico, casi pobre, que no podrá realizar las aspiraciones naturales en V., tan hermosa, tan discreta, tan distinguida, tan digna de ocupar el más alto rango, el primer lugar en el gran mundo?...

—Por Dios, amigo mio, no hablemos de eso.

—Una palabra no más de esperanza pido á V...

—¡Oh!... No puedo, no puedo... Fernando se volveria loco.

—Magdalena, esta fiesta la he dado por V., para tener la ocasion de hablar con V. un momento... sólo por V.

Habian llegado á la habitacion transformada en gruta, apénas iluminada por una luz oculta detras de los cristales preparados al efecto para imitar la claridad de la luna. Parecia realmente que aquella gruta

estaba en el fondo de un espesoé impenetrable bosque.

—Amigo mio, no me siento bien, dijo Magdalena, salgamos de aquí.

—Antes dígame V. esa palabra que espero...

Magdalena dió un grito; en el fondo de la gruta habia visto levantarse una sombra, que se adelantó hácia ella.

Era Fernando.

—Pues si es Fernando, exclama Perico. Estaba enseñando todas estas maravillas por V. dispuestas á esta señorita.

—Siento mucho, dice Fernando, haber asustado á csta señorita...

—¿Qué diablos hacia V. aquí?...

—Me senté aquí, y me hacia la ilusion de hallarme en lo más intrincado del más ignorado bosque, á donde no llegan la falsedad de los hombres ni la perfidia de las mujeres.

Magdalena tiembla, asida al brazo de Perico, que está tan sereno.

—Si Vds. no hubieran llegado hasta este lugar, aquí habria pasado la noche.

—Nosotros le dejaremos á V. entregado á sus meditaciones, si tanto le agrada este sitio.

—No, ya no quiero meditar más; ¿para qué?... Voy al salon de baile, si mi principal me lo permite, replica con cierta ironía Fernando.

—¡Mi principal!... diga V. mi amigo...

—¿Amigo?... Como V. quiera.

—Nosotros tambien vamos al salon de baile.

Magdalena no se atreve ni á mirar á Fernando.

La entrada de Fernando en el salon apénas se nota al principio.

Perico deja á Magdalena con la marquesa.

Va á comenzar un baile, unos *lanceros*.

Fernando se dirige á Rosalía, la fea, y la invita á bailar.

La hija de la marquesa de la Azucena se pone más hueca que una alcachofa, y con una sonrisa muy poco graciosa y una profundísima mirada, parece dar las gracias á Fernando, cuyo brazo toma, llena de orgullo, como diciendo:—Miradme, el mejor mozo, el más apuesto mancebo de la reunion me prefiere á mí.

Rosalía ha conocido á Fernando en casa de la marquesa del Rosal, y está enamorada de él. Además, sabe que Fernando es el prometido de Magdalena, y seria para ella una sabrosísima venganza quitárselo. Fernando es pobre; ella es poderosa, y supone que Fernando es como los demas, que le deslumbrarán las riquezas.

Comienza el baile, y entónces se fijan todas las miradas en la desigual pareja. El contraste es tan notable, que por fuerza ha de llamar la atencion. Fernando es el tipo de la hermosura varonil; Rosalía es, por el contrario, el tipo más feo del bello sexo.

Pero en aquel momento la pobre muchacha, la envidiosilla, es feliz, completamente feliz.

Ninguna tiene á su lado un galan tan elegante, tan distinguido, tan bizarro; si éste la propusiera

una escapatoria, con él se iria hasta el fin del mundo.

Y comienza la murmuracion.

Para las señoras que conocen al secretario de Perico, y saben sus amores con Magdalena, el suceso es bien claro; Fernando, desdeñado por pobre por Magdalena, quiere conquistar á la más rica de todas; así como Magdalena ha preferido á casarse con el poco afortunado secretario admitir los obsequios del moderno Creso.

—Eso es lo corriente en el mundo, exclama la condesa del Fresno.

—Ustedes, observa la marquesa del Rosal, juzgan por las apariencias. Magdalena se casará con Fernando. Mi primo no piensa en ella, y es demasiado amigo de su querido secretario para hacerle semejante traicion.

—Hija mia, dice la del Fresno, si viera V. qué chascos se dan los más amigos. Mi señor marido ha estado siempre dedicado á burlar amigos, y si yo hubiera querido seguir su ejemplo no me habrian faltado ocasiones de aplicarle la pena del talion.

Rosalía habla mucho con Fernando, y éste se ve en la precision de llevarla á donde está la marquesa de la Azucena, madre de aquel fenómeno, porque teme que si continúa un poco más la conversacion, Rosalía va á hacerle una declaracion, y seria para él un compromiso muy duro tener que decir á la enamorada jóven:

—Señorita, estoy comprometido.

Fernando ha hablado á Rosalía de la preciosa gruta

iluminada por la luna; le ha dicho que aquello parece el escondido retiro de dos amantes felices, y le ha ponderado de tal modo aquella maravilla de arte, que se confunde con la naturaleza, que al separarse de él, le dice:

—Mire V., amigo mio, que quiero ir á ver la gruta.

—¿Qué gruta?... pregunta la marquesa.

Y añade, llamando á Perico que pasa por allí hablando con el ministro de Fomento:

—Primo mio, me tienes que enseñar la gruta.

—Con mil amores.

El ministro deja á Perico, y éste no tiene otro remedio que tomar el brazo de la marquesa.

—Tengo que reprenderte, le dice.

—¿Por qué, amable prima?...

—Porque has comprometido á Magdalena; no hay fundamento ninguno, pero la gente aprovecha para murmurar el más leve indicio, é inventa las más extrañas historias sin más base que una fútil apariencia.

—¿Qué me cuentas?

—Estás tan obsequioso con mi sobrina... La has llevado á ver esa preciosa gruta que todavía no hemos visto las demas...

—Si no es más que eso,... tú tambien la verás.

—Vamos; siento mucho haberte concedido el favor de hacer los honores de tu casa en esa fiesta.

—¿Por qué?

—Porque eso indica... Demasiado comprendes que tambien yo estoy comprometida, que tambien la ma-

licia se cebará en mí, aún más que en Magdalena; ella al fin se casará con su prometido; pero yo, jóven, viuda... no tendré defensa, no podré hacer callar á los maldicientes. Primo mio, la reputacion de una mujer es una cosa muy delicada.

—Prima mia, yo te aseguro...

—¡Ah! ¡esta es la gruta!... ¡Qué precioso lugar!... sentémonos.

La marquesa quiere que Perico se explique, quiere obligarle á explicarse.

—Estoy triste, dice.

—¿Por qué?

—No sé...

—¿Te sientes indispuesta?

—No... pero pienso en mi poca fortuna; es muy dolorosa mi situacion... jóven, viuda, sola en el mundo, á merced de los murmuradores y maldicientes que no creen en la virtud, que no la comprenden.

—¿Qué te importa eso si tu conciencia está satisfecha?

—Sí, pero es un triste consuelo. A estas horas odo Madrid cree una calumnia.

—¿Cuál?

—Alguna amiga, la vizcondesa del Tronco, esa dignísima señora, me ha dicho hace poco:—Marquesa, está V. en gran peligro; va V. á perder lo que vale más que la vida: la reputacion. Yo le advierto á usted, porque la estimo, que se dice que su primo de usted es su amante.—¡Dios mio! exclama con acento conmovido, ¿por qué, fatalidad, te acordaste de mí?

—Prima mia, esas palabras...

—¿No comprendes aún que tengo motivos de estar triste?.., Ademas... pero, ¡Jesús! ¿qué iba yo á decir?... Vámonos de aquí...

—No, prima, mi querida prima, di lo que ibas á decir.

—¡Oh, no! aunque muriera, dice con acento de profunda emocion la marquesa, que verdaderamente está seductora.

Y á Perico le gusta mucho la marquesa.

—Esa emocion, esas lágrimas... me interesan mucho, prima mia.

—¡Oh! ¡no mientas!

—Es la verdad.

—He sido tan poco feliz... mi marido estuvo casi siempre separado de mí... yo no le amaba... yo no habia amado todavia... luego me quedé viuda en la edad de la ventura para las demas, y... pero, vámonos de aquí...

—No; te estoy oyendo con tanto placer... Continúa, querida prima. Estás esta noche más hermosa que nunca.

Perico se va atreviendo.

—No me digas eso: tales galanterías ya no convienen á una viuda como yo, á una vieja; guárdalas para la prometida de tu mejor amigo, para esa que ama á otro desde su infancia, y que si acaso un dia te mintiera amor, sería por despecho, por vanidad y por codicia.

—Pero, ¿tú has creido?...

—¡Oh ¡ ¡no hablemos más, Perico!... he sido una loca...

Y parece como que llora la marquesa.

Perico toma su mano, y la marquesa se estremece toda.

A lo ménos, Perico siente que al contacto de su mano la marquesa se ha estremecido.

—¡Ah! ¡déjame! ya he dicho más de lo que debia; déjame volver á mi casa para no verte más...

—¡Oh! ¡eso sí que no! Yo no podria renunciar á verte...

En este momento aparecen á la entrada de la gruta Rosalía, su madre y la vizcondesa del Tronco. Aquella queria encontrar otra vez á Fernando, y ha oáligado á su madre á que la acompañe.

La marquesa se pone en pié, aparentando cierta turbacion, y Perico está á punto de soltar la carcajada al ver la cara que ha puesto la vizcondesa del Tronco al verlos.

—Amiga mia, dice la vizcondesa á la del Rosal, tomando un aire de severidad muy propio de su carácter, vamos á dar una vuelta por el jardin.

La marquesa, ruborosa y turbada como una niña de diez y seis años, ofrece el brazo á su venerable amiga.

Perico acompaña á las de la Azucena.

Cerca del amanecer era cuando terminó la famosa fiesta del ilustre Perico, ó, mejor dicho, del excelentísimo Perico, porque el ministro de Estado, lleno de entusiasmo al ver tantas maravillas, le prometió en-

viarle el dia siguiente la credencial de la gran cruz de Isabel la Católica.

La marquesa volvió á su casa llena de esperanzas. Su causa estaba en manos de la digna y rígida señora vizcondesa del Tronco.

Magdalena volvió llena de confusiones y de inquietud, facinada, aturdida, deslumbrada, loca.

Rosalía sale de aquella *soirée* loca tambien, loca de amor por Fernando. Para ella no hay más que Fernando ó la muerte.

Fernando, solo en su habitacion, lloraba como un niño; no, lloraba como un hombre todo bondad, todo corazon, que veia desvanecidos sus sueños de felicidad, y sentia en su alma arder la llama de un amor inextinguible, que no era correspondido.

Perico, el excelentisimo Perico, solo tambien en su cuarto, se reia á carcajadas.

Y todo Madrid hablaba de la maravillosa fiesta de la calle de Segovia, y el afortunado dueño de tales riquezas era objeto de general admiracion.

XIX

Donde se ve que la marquesa del Rosal queria pescar á Perico.

Perico se há presentado cuatro ó cinco veces en casa de la marquesa del Rosal, su prima, pero no ha sido recibido.

—La señora está indispuesta, le han dicho.

Sin duda le habian producido gran trastorno las emociones de la noche del baile; sobre todo, su conversacion con Perico en la encantada gruta.

Pero una mañana recibe Perico una especie de oficio dentro de un sobre grande, en el cual sólo faltan las iniciales de *Servicio Nacional* para creer que procede de un ministerio, ó por lo ménos del Ayuntamiento popular.

No es así; el pliego es de la señora vizcondesa del Tronco, cuyas armas ostenta el sello de lacre que le cierra; la noble dama suplica á Perico que pase á verla para un asunto de interes.

Perico acude inmediatamente á casa de la egregia señora, que le recibe en un salon lleno de retratos de antepasados, que parece una decoracion de comedia de magia, y sólo faltan allí dos guerreros en la puerta, y cuatro pajes detrás del gran sillon donde está sentada, y no estaria mal tampoco en último término una media docena de ballesteros, y un verdugo vestido de rojo, apoyado en el hacha terrible junto al tajo sangriento.

Perico, se presenta un si es no es conmovido ante la gran señora, que le saluda con una leve inclinacion de cabeza.

—Siéntese V., señor don Pedro.

—Me he apresurado á venir apénas recibida la invitacion de V.

—Esa cortesía, señor don Pedro, prueba que todavía no ha perdido V. los hábitos caballerescos que siempre distinguieron á su noble familia.

—Señora...

—Tenemos que hablar de un asunto de mucho interes.

—Oigo á V.

—Usted no está bien soltero.

—Sí, señora, estoy bien soltero, porque no me he casado nunca.

—Digo que necesita V. casarse.

—¿A V. le parece?...

—Sí, señor; un hombre que tiene la fortuna de V. no está bien sin una compañera, sin una esposa. Debe V. casarse para tener cierta respetabilidad...

—¡Ah!

—Sí, señor; un hombre rico, si es soltero, está á merced de infieles servidores, de miserables aventureras, de falsos amigos. Debe V. casarse... V. puede que diga que yo no debia preocuparme de eso; pero sabe V. demasiado qué buena amiga mia fué su madre, á la que dió V. tantos disgustos...

—Sí, señora, sí, algunos.

—Por eso me intereso por V.

—Gracias.

—Yo tengo mucha experiencia, y conozco bien pronto los sentimientos de las personas á quienes aprecio, y para mí ninguna de esas personas puede tener secretos. V., amigo mio, ha inspirado una pasion profunda á una amiga mia.

—¿Yo?...

—Usted; ella nada me habia dicho... Se hubiera muerto con su secreto; pero yo lo he sorprendido, y he arrancado á mi pobre amiga la confesion de ese amor. Y desde luego aseguro que V. no la merece. Ella es un modelo de virtud; V. un calavera con suerte.

—Señora, veo que no me adula V. ¿Y quién es esa jóven?... porque supongo que será jóven.

—Tiene la edad que á V. le conviene que tenga. Es la viuda de su primo de V...

—¿La marquesa?...

—Sí, señor, la marquesa.

—Mire V., me lo habia figurado.

—Esa mujer, esa señora, porque es una señora...

—No lo dudo, no.

—Lo digo porque acaso la envidia habrá hecho llegar á V. la especie de que es hija de...

—Sí, de un alabardero.

—¡Ay! amigo mio, en la existencia de esa mujer hay un misterio...

—No entiendo.

—Un misterio regio.

—¡Señora!...

—El alabardero no ha podido ser su padre.

—Esa afirmacion me parece un poco aventurada.

—Yo lo sé.

—¡Ah! si V. lo sabe...

—Sí, señor, y no me equivoco. Una mujer como esa no puede ser hija de un hombre vulgar. Debe V. creerme.

—Pues creeré ciegamente.

—Bien, amigo mio; ahora es preciso que evitemos una desgracia, es preciso que V. se explique, es necesario que V. ofrezca su mano á la marquesa, porque si no, ¿quién sabe lo que podrá suceder?... La veo en tal estado, que podria sobrevenir una catástrofe. Ella no sabe, como V. comprenderá, que yo he dado este paso, pero la quiero tanto, que no he dudado en hacer á V. conocer sus sentimientos. Catalina está muerta por V., y es preciso que V....

—¿Me muera por Catalina?

—¿No la encuentra V. hermosa?...

—¡Oh! sí, señora, hermosísima, pero temo que Catalina no ha de querer casarse conmigo.

—Cuando le digo á V. que está enamorada de V

—Vea V,, ¡enamorarse de mí!...

—Lo que hay es que V. está encaprichado por Magdalena, la sobrina de la marquesa, una niña llena de pretensiones ridículas, que desea hacer una boda ventajosa, y que le da á V. esperanzas, amando realmente á otro.

—No me ha dado esa señorita esperanza ninguna.

—En fin, piense V. en lo que le conviene; y no me mate V. á mi amiga. Los hombres, cuando saben que han cautivado un corazon sencillo y tierno, son crueles, se complacen en destrozarle.

—Pero, señora, seamos francos: ¿cree V. que una mujer hermosa como la marquesa puede enamorarse de un hombre como yo, que tengo cuarenta años bien cumplidos, que soy bastante feo, que estoy gordo, y en fin, que no puedo inspirar amor ni á la mujer más fea y desengañada?... Por mi parte, estoy dispuesto á casarme con la marquesa.

—¡Ah! la hará V. feliz.

—Eso es lo que falta ver. Si V. tiene empeño en que se haga esa boda, por mí no hay inconveniente; me casaré con ella, porque la marquesa me gusta muchísimo, pero advierto á V., que hasta dentro de quince dias no puedo decir á la marquesa una palabra sobre ese asunto.

—No comprendo...

—Señora, es mi secreto...

—Dentro de quince dias...

—Sí, señora, dentro de quince dias le diré si se

quiere casar conmigo, y si es verdad que tanto me ama...

—Con delirio.

—Entónces me dirá que sí. Me felicito de mi buena suerte,

Esta conversacion tuvieron la vizcondesa y Perico.

Perico salió de casa de la solemne vieja riéndose á carcajadas, y diciendo:—Pero, señor; ¡lo que puede el dinero!...

La vizcondesa corrió á casa de su querida Catalina.

—Hija mia, entró diciendo, ya es tuyo.

La noble dama tuteaba á su amiga en prueba del gran cariño que la profesaba, y Catalina siempre la trataba con el mayor respeto. Esta humildad le valió la proteccion eficacísima de la vieja, que tanto la habia servido para representar en la sociedad un papel que no era el que, por su orígen plebeyo, le correspondia. La dominante señora del Tronco no habia tenido hijos, y todos sus afectos los habia consagrado á aquella hermosa jóven que tan bien supo comprender su carácter. Tenia, pues, verdadero interes en que Catalina y no otra fuese dueña de las inmensas riquezas que á Perico se le suponian.

—¡Ay! V. es mi madre, mi madre, exclamó Catalina, besando las arrugadas mejillas de la vieja.

—Tu madre no soy, por desgracia, pero sí tu amiga.

—Siempre tan buena conmigo, que soy indigna de tantas bondades.

—Dentro de quince dias pedirá tu mano ese hombre.

—¿Sí?...

—Me lo ha prometido. El desconfía... cree que porque no tiene grandes atractivos...

—Es para mí cuestion de amor propio.

—Ya lo sé, y que es millonario.

—Si no me casara con él, ¿qué se diria? ¿Pero usted le cree sincero?...

—Sí, no tengas duda; yo he formado empeño en que se case contigo, y no tendrá otro remedio.

—Temo á mi sobrina. Ella no le ama, pero su vanidad es muy grande. Magdalena ha sufrido un cruel desengaño viendo volver pobre á Fernando, á quien esperaba rico, y no puede resignarse á la medianía que le ofrece su prometido. Yo la conozco bien; todavía duda, todavía lucha; pero la vanidad acabará por triunfar del amor.

—Pues á tí te corresponde impedir que Magdalena vea á ese hombre.

—Sé que ha recibido una carta suya.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Su doncella.

—¿Y quién se la trajo?

—El portero.

—Pues despide al portero. Y sobre todo obliga á tu sobrina á que se case con Fernando.

—¿Cómo?

—Discurre.

—Discurriré, pero no hallaré medio.

—Tú tienes sobrado talento. Discurre, hija, discurre; es preciso que seas rica, y que todo el mundo te envidie.

—¡Ay! si Perico se casa con otra...

—Aguza el ingenio.

—¿No es verdad, señora, que seria una vergüenza para mí que Perico se casara con otra?...

—Una vergüenza precisamente, no, pero sí una contrariedad.

—¿Y por qué no pedirá mi mano hasta dentro de quince dias?...

—No sé; tu primo no debe haber sido muy bien tratado por las mujeres, y les tiene miedo... Para tí, hija mia, todo depende de que hagas casar á tu sobrina con el secretario y amigo de tu primo.

—Eso es muy difícil, señora, muy difícil.

—Lo difícil es lo que ha de lograrse. Discurre sobre el caso, que yo te prometo discurrir tambien sobre lo mismo.

Y la vizcondesa del Tronco se despide de su amiga y protegida, prometiendo no dejar de la mano tan importante asunto. Por de pronto se le ha ocurrido celebrar en su casa una comida en obsequio de Perico, del hijo de la que fué su amiga, y á esta comida asistirá tambien Catalina.

Ella no tiene costumbre de invitar á persona alguna á su mesa, pero por Catalina hará todos los sacrificios imaginables.

La extravagante idea que tiene del regio orígen de la marquesa del Rosal obliga á la buena señora á

servir con amor y lealtad á la que casi casi podria ser, á su juicio, infanta de España.

XX

La vanidad de una fea.

La pobre Rosalía, la hija de los opulentos marqueses de la Azucena, se ha puesto, parece mentira, en pocos dias bastante más fea.

Sus ojos están más hundidos; su rostro más amarillo; sus labios más descoloridos... Es que la infeliz no duerme, no reposa, y está devorada por la impaciencia, por un penoso afan que no le deja momento de sosiego desde la noche del baile de Perico, y desde que vió á su lado á Fernando, y le oyó unas cuantas frases galantes, que no significaban otra cosa que el despecho de que estaba poseido en aquellos momentos, cuando acababa de hallar á Magdalena con Perico.

No le faltan pretendientes á Rosalía, como que le sobra el dinero, pero entre todos sus pretendientes no

hay ninguno como Fernando, no hay ninguno tan galan, tan apuesto, tan bizarro.

Su madre, una americana indolente, que de nada se preocupa, que todo lo ve con indiferencia, que no hace en todo el dia otra cosa que mecerse en una primorosa butaca de palo santo, y que parece ha perdido la facultad de pensar, apénas ha reparado en el trastorno que sufre su hija.

Una de sus doncellas, una negra muy guapa, en su clase, que adora á niña Rosalía, ha notado que la fea se va desmejorando visiblemente, y toda alarmada, corre á dar á su señora la noticia.

—Niña Rosalía está muy malita, dice á la perezosa americana.

—¿Quién te lo ha dicho?...

—Niña no habla nada, pero yo amo á niña, y sé lo que le pasa.

—Vamos, y ¿qué le pasa?

—Que niña está *enamorá*.

—¡Oiga!... ¿y cómo se ha enamorado?...

—Ama mia; la niña está *enamorá*, lo digo yo.

—¿Y qué me cuentas á mí?...

—Quiero que ama mia llame á niña, y la pregunte, y la case con el niño de quien se halla *enamorá*...

—¡Pues no quieres tú poco!...

—Yo amo á niña Rosalía, y si niña Rosalía no está contenta, yo tengo mucha pena.

La americana hizo un gran esfuerzo, y llamó á su hija.

—Mire, niña, le dijo, que dice Francisca que niña está mala. ¿Qué tiene?...

—¡Ay! ¡mamá!...

—¡Qué noche aquella! continuó la madre, recordando la famosa frase de la cancion de *La Vieja*.

—¡Sí, mamá, aquella noche!...

—Cuente, cuente, que ya la oigo...

—Si parece que te estás durmiendo, mamá.

—Diga, diga lo que quiera.

Y continúa meciéndose en la butaca y con los ojos cerrados,

—Mamá, estoy enamorada...

—Mal hecho.

—La otra noche en el baile del primo de la marquesa él bailó conmigo.

—¿Se ha enamorado del primo de la marquesa?... Pues cásese, cásese con él, que es muy rico; tiene dos millones de pesos.

—No, mamá, no es él.

—Pues. ¿quién?...

—El secretario de D. Pedro, el jóven que ha venido aquí dos veces á ver á papá.

—¡Ah! sí; pero, niña, si ese se casará con la sobrina de la marquesa, con Magdalena.

—Y yo me moriré, mamá.

—¡Morirse por eso la niña!... No, no se morirá por eso.

—Sí, mamá.

—No se muere de amor.

—Yo moriré de rabia.

—¡Jesus! Niña, no diga esas cosas, que no me gustan á mí. El papá quiere que la niña se case con un rico, y ese que la niña quiere es pobre.

—Mamá, si no me caso con él, ya lo he dicho, me voy á morir de rabia.

—Vaya, niña, vaya á dormir, y no piense más en eso, porque eso no me gusta á mí. ¡Ah! niña, mire, dígale al gato ¡zape! que se va á subir en mi falda y me da calor.

Rosalía se desespera viendo esta indiferencia de su madre, y solamente halla consuelo hablando de Fernando con la negra Francisca.

—¡Oh! exclama la fea; si yo me casara con Fernando, de todas me vengaba, de todas esas necias que tan ufanas están de su hermosura. Muchas veces he sorprendido miradas de lástima, de burla entre ellas, alguna vez en los salones ha llegado á mi oido la palabra *¡fea!*... Me envidian porque soy rica, y les consuela de esta envidia su hermosura... ¡Ah, Fernando, Fernando!... ¡cómo habíamos de humillar á todas!... ¡Con mis inmensas riquezas y por marido el hombre más bizarro, más hermoso!... ¡Qué rabia me tendrian todas!

Vean Vds. cómo la pobre Rosalía cifraba su felicidad en ser odiada.

La vanidad produce estas y otras miserables incomprensibles aberraciones.

—Yo puedo, continuaba Rosalía, casarme con un hombre rico, poderoso, con un gran banquero, con un heredero de un nombre nobilísimo, con quien quiera;

pero eso no me basta. Mi triunfo seria casarme con Fernando, con ese hombre que todo el mundo dice de él que es el mejor mozo de Madrid, con ese hombre que es el prometido de la mujer más hermosa, de la que nunca ha encontrado rival en la hermosura y la distincion, de mi aborrecida amiga Magdalena... A todas las mujeres las aborrezco; pero á esa la aborrezco mucho más que á todas; y por verla humillada, por verla más pobre que está, por verla sola y abandonada de Fernando, daria... daria toda mi fortuna.

La excitada jóven imaginaba los más absurdos proyectos para atraer á Fernando; pero todos los desechaba por ineficaces y arriesgados.

—¡Oh! ¿por qué las mujeres, exclamaba, no han de poder vengarse como los hombres?... Un hombre que aborrece á otro le provoca, se bate con él, le atraviesa de una estocada, ó muere á manos del odioso rival... De un modo ó de otro queda satisfecho. Pero una débil mujer tiene que sufrir, tiene que callar, y ha de besar el rostro mismo que desearia abofetear, y ha de ver feliz á la que quisiera ver escarnecida, deshonrada... ¡Y qué ufana está con su hermosura esa odiosa mujer!... ¡Y con qué cariño me trata, con cuánto afecto... con cuánta lástima!... ¡Oh! arrebatarle á Fernando seria herirla en medio del corazon... Por una hora de ese placer supremo de verla despreciada de Fernando, mi vida entera daria con gusto. ¡Dicen que ser rica es una gran fortuna!... ¡Oh! no; ser hermosa, ser hermosa es la felicidad. ¡Ah! yo me cambiaria por una de esas mujeres del pueblo que veo

desde mi carretela en la calle y en los paseos, por una de esas mujeres pobres, oscuras, pero hermosas, muy hermosas...

El padre de Rosalía, el marqués de la Azucena, llega á interrumpir á esta en sus reflexiones.

—Me ha dicho tu mamá que estás indispuesta, dice á su hija.

—No, contesta secamente Rosalia, que para ser un carácter completamente odioso, ama muy poco á sus padres.

—Que estás enamorada.

—¿Y bien, papá?

—Enamorada de un pobre hombre, de un infeliz amanuense ó secretario de D. Pedro del Valle.

—Sí, señor, responde la niña con desfachatez notoria.

—Esa es una locura.

—¿Por qué?...

—Porque yo no quiero que te cases con un pobre.

—Yo soy rica.

—No importa; tu matrimonio está concertado con el hijo del marqués de la Estrella, de Puerto-Rico, que ahora está viajando por Europa. Cuando tengas veinticinco años, dentro de diez meses, iremos á Puerto-Rico, y os casareis.

—¿Yo?... Nunca.

—Tiene tres millones de pesos.

—Yo no amo á ese hombre.

—No importa; yo tampoco amaba á tu madre, porque no la conocí hasta el dia ántes de nuestra boda,

y ni ella ni yo tuvimos inconveniente en unirnos, uniendo así nuestros cuantiosos capitales.

—Eso es horrible, yo no me casaré así.

—Te casarás con quien yo mande.

—Moriré ántes.

—Es el único remedio que tienes para no obedecerme.

—Amo á Fernando.

—Sea enhorabuena.

—Le amo, papá.

—Bueno.

—Haré una locura.

—No la harás.

—La haré.

—¡Basta!... Esa es la educacion que te ha dado tu madre con su indolencia, con su abandono.

—Papá, yo no puedo casarme sin amor...

—¡Amor! ¡amor!... ¿Y qué es eso?

—Yo no conozco ya al hijo del marqués de la Estrella, pero recuerdo que cuando éramos niñas, todas nos reíamos mucho de él, porque tenia... tenia en la espalda...

—Sí, una joroba muy vistosa. Supongo que no la habrá perdido en sus viajes, pero eso no importa.

—¿No importa?...

—No. Jorobado y todo tiene tres millones de pesos. Y además, hija tampoco tú has sido grandemente favorecida por la naturaleza.

Eo alía, al oir estas palabras, oculta el rostro con las manos y rompe á llorar, y se muerde los dedos

con la mayor desesperacion, y golpea el suelo con los pies, que no son á la verdad muy pequeños ni delicados: al contrario, son de un tamaño más que regular.

La naturaleza parece que se ha complacido en dotar á Rosalía de todas las imperfecciones, así morales como físicas.

Ha sido bien desgraciada la riquísima jóven.

Su madre no ha podido amarla, por pereza; su padre no la ama, porque en su corazon de corcho no cabe ningun buen sentimiento; solamente ama con delirio á Rosalía la negra Francisca.

Esta se siente capaz de hacer todos los sacrificios por su querida señorita, y participa de los mismos sentimientos que Rosalía respecto de las demas mujeres; las odia á todas porque son más hermosas que la niña Rosalía, y especialmente á Magdalena.

Dura y amarga vida es la de la única heredera de los marqueses de la Azucena.

Y sin embargo, hay mujeres hermosas que la envidian al verla lucir magníficos trajes y costosísimas joyas, mientras ella vive en perpetua desesperacion, con el corazon destrozado por la vanidad y la envidia, y el alma podrida de odio y rencores.

XXI

Lo que inventó Catalina Lopez.

La situacion ha variado completamente entre Magdalena y su tia, la señora marquesa del Rosal, ó sea Catalina Lopez.

Otra vez hay entre ellas confianza, espansion, y todas las apariencias del más desinteresado afecto.

Y no es esto sólo.

Magdalena no se muestra ya tan fria y reservada con Fernando.

Ha habido entre los dos una cariñosa explicacion acerca de lo ocurrido la noche del baile.

Magdalena estaba ofendida de que Fernando no se hubiese presentado en los salones. Fernando, por despecho, habia bailado con la fea Rosalía, por vengarse de Magdalena.

Fernando ha reiterado sus ardientes protestas de

amor, y Magdalena las ha oido con singular complacencia, con arrobamiento.

En fin, Magdalena es otra enteramente, es la que era ántes del viaje de Fernando á los Estados-Unidos.

Y sin embargo, Fernando recela, duda de la sinceridad de Magdalena. Aquel cambio tan repentino le preocupa extraordinariamente, pero por más que discurre, no puede hallar fundamento serio para sus dudas.

—Esto es singular, se dice; Magdalena me ama, me dice que me ama, me lo dice cien veces, y yo no puedo persuadirme de que sea verdad. Hace pocos dias la veia contrariada cuando la hablaba de mi amor, parecia querer eludir esta conversacion, y ahora ella es la que me habla siempre de mi amor, del suyo, de nuestro porvenir... ¿Qué es esto?... Las palabras de amor que salen de sus labios me causan inefable placer, me enloquecen,... pero luego, luego pienso, y no sé por qué, dudo,... y no puedo, aunque quiero, desechar esta duda que me mata. Ya desesperaba de lograr su amor, ya habia renunciado á él, á ser feliz... y de pronto, Magdalena aviva este fuego... ¡Dios mio! ¿qué es esto?... Yo creia que Magdalena no me amaba ya, porque me veia pobre, porque yo no habia sabido satisfacer sus deseos de riqueza. de lujo, de ostentacion; yo la suponia dominada por la maldita vanidad,... y lo que yo, hubiera creido cualquiera en mi caso... Y ahora la encuentro dichosa y contenta, aunque ya no sea rico, y todos mis proyectos de vida oscura, modesta, apacible, retira-

da los halla buenos y los aplaude... Esto es para volverse loco... ¿Habré sido injusto con ella?... No, no; bien recuerdo su indiferencia, su frialdad, su enojo; bien recuerdo el asombro que se pintó en su rostro, y no pudo disimular, cuando le dije que volvia casi pobre, que casi todo lo habia perdido, que servia de secretario al opulento D. Pedro... ¿Cómo ha podido en tan corto tiempo renunciar á la tenaz pasion de la vanidad?... No lo entiendo, no lo entiendo.

Mis lectoras, conociendo ya la vanidad superlativa de Magdalena, no lo entenderán tampoco, y no por falta de penetracion, sino porque la cosa, así á primera vista, parece completamente absurda.

Es, pues, necesario, que explique á mis amables y discretas lectoras lo que ha pasado.

Recuerdan perfectamente las lectoras que la vizcondesa del Tronco encareció á su amiga Catalina la necesidad de activar y apresurar el casamiento de Magdalena y Fernando, para librarse de aquella terrible enemiga, y reinar sola y absoluta en el corazon del riquísimo Perico.

No habia otro medio de conquistar á éste.

Magdalena era más jóven, era soltera, era... más hermosa, y luchar con ella parecia de todo punto imposible. La marquesa podia volver loco á Perico, pero habia de ser despues de inutilizar, de dejar fuera de combate á Magdalena.

Y bien claro veia Catalina que la huérfana estaba casi dispuesta á hacer traicion á Fernando, que su vanidad se habia despertado poderosa, irresistible la

noche de la fiesta en casa de Perico ante aquellas maravillosas manifestaciones del más refinado lujo, de la riqueza más atractiva y seductora. Magdalena habia vuelto del baile completamente fascinada y codiciosa de ser dueña de todo aquel fausto, de toda aquella incomparable opulencia, y mucho más codiciosa porque demasiado conocia que su tia era su rival.

Era, pues, urgente evitar á todo trance que la vanidad de Magdalena quedase satisfecha; era preciso prevenirse contra aquella derrota segura, si no se recurria á extraordinarios y poderosos medios, era necesario que á Perico no le quedase otro remedio que pedir la mano de su prima, como habia prometido á la vizcondesa del Tronco.

No se fiaba Catalina de esta promesa; en los dias que faltaban, Perico podia lograr una contestacion satisfactoria de Magdalena, y entónces ella estaba perdida. Su sobrina seria la mujer más rica y venturosa ¡venturosa por ser la más rica! de Madrid, y ella quedaria condenada á ser testigo de esta ventura que tanto habia deseado.

Catalina, siguiendo el buen consejo de su amiga y protectora la del Tronco, discurrió mucho buscando los medios conducentes á lograr el fin que se proponia.

Debia hacer de modo que Magdalena quitase toda esperanza á Perico, rechazase sus obsequios y se manifestase dispuesta á casarse con Fernando.

Lo que no discurre una mujer en las circunstancias en que se hallaba Catalina, no lo discurre nadie.

Catalina halló al fin, despues de haber desechado otros muchos, un medio que le pareció eficaz y seguro.

Y corrió á casa de la vizcondesa.

—¡Ah! señora, al fin he hallado un medio, le dijo.

—¡Vamos á ver! bien segura estaba yo de que tu ingenio lo hallaria.

—Es preciso hacer creer á Magdalena una mentira,

—¿Mentira?... Eso es muy grave, y yo, por la severidad de mis principios, no puedo aprobar...

—Señora, pues si no, ¿de qué modo?...

—En fin, veamos..

—Magdalena amaba mucho á Fernando, pero en ella es más poderosa la vanidad que el amor; volvió Fernando pobre, cuando ella habia llegado á figurarse que volvia inmensamente rico, y el desengaño fué terrible. La vanidad triunfó del amor.

—Eso sucede muchas veces en el mundo.

—Pues bien, Magdalena volverá á preferir á Fernando, si sabe que Fernando es rico.

—A ver, á ver, explica eso, hija mia, que yo no lo entiendo.

—Es fácil hacérselo creer.

—¿Y ahí está la mentira?

—Sí, señora.

—Francamente, la rigidez de mis principios...

—Pero, señora, así castigamos la vanidad de Magdalena, y al mismo tiempo la hacemos feliz casándola con Fernando, á quien ha amado siempre.

—Es que Fernando destruirá esa superchería, ma-

nifestando á Magdalena otra vez su verdadera situacion.

—Todo está prevenido. Magdalena no creerá á Fernando.

—¿Pues qué invencion es la tuya, querida mia?...

—Vea V.

Catalina sacó un papel y leyó lo siguiente:

«Magdalena: Una persona que se interesa mucho por tí, que desea verte feliz, te advierte en estas líneas de un grave riesgo en que estás. Tú creias que Fernando volveria rico y esperabas con ansia su vuelta; tu vanidad, más fuerte que tu amor, le desdeña por pobre. Magdalena, estás ciega, y tú misma labras tu desdicha. Fernando ha querido probar tu amor, ha querido persuadirse de que es amado leal y verdaderamente, y para conseguir esta lisonjera conviccion se ha fingido pobre, arruinado. Pero no es cierto; D. Fernando es riquísimo, tanto ó más que su amigo Pedro, de quien se finge secretario. Lo sé perfectamente, y habia prometido callar; pero no puedo, no me avengo á consentir que te hagas infeliz pudiendo ser dichosa. Falto, pues, á mi palabra; pero mi intencion es buena. *Un verdadero amigo*, que se presentará á recibir de tí las gracias, que le darás cuando seas feliz con Fernando, tan bueno y que tanto te ama. Cree en mi sinceridad.»

Suspensa quedó la linajuda vizcondesa oyendo esta carta maquiavélica.

—¿Qué le parece á V. esta carta?...

—Hija mia, eso es un atentado. ¿Y si Magdalena

no llegase á creer lo que en esa carta se le dice?...

—Lo creerá; esto halaga todos sus deseos, lo creerá. ¿Qué me aconseja V.?

—Nada, hija mia; es cuestion muy delicada; yo no me atreveria á hacer una cosa semejante.

—Pero, entónces, pierdo á Perico, pierdo una gran fortuna.

—Mira, tú harás lo que quieras... Escucha, ¿y si Magdalena sospecha que esa carta procede del mismo Fernando?...

—¡Oh! no lo creerá; no supone ella á Fernando capaz de hacer eso.

—Vienes á confesar tú misma que tu accion no es muy leal ..

—Señora... si á V. le disgusta, romperé la carta... Pero seré desgraciada toda mi vida, porque ya no podré vivir sin esa inmensa riqueza que mi primo me ha hecho ver en su casa.

—¡Desgraciada tú!... ¡Oh! yo no quiero que lo seas, yo quiero que seas feliz... Ese maldito primo ha venido con su lujo á turbar tu tranquilidad. Piensa todavía ántes de lanzar esa carta, piénsalo bien.

—Estoy decidida á todo.

—Pero... ¿y si lo que le dices á Magdalena en esa carta fuera la verdad?

—¡Oh! ¡qué idea!...

—Mira que se ven coincidencias y casualidades providenciales.

—No, no; Fernando ha dicho la verdad.

Catalina salió de casa de su amiga sumamente

preocupada, y dudó mucho ántes de decidirse á lanzar la carta.

Al fin, hízola copiar discretamente, valiéndose para este encargo de su doncella, en quien tenia completa confianza, y Magdalena recibió la carta.

—¡Ah! exclamó Magdalena leyéndola; esta es la verdad... Sí, sí; yo misma he creido esto muchas veces, y esta es la verdad, estoy segura.

Un momento le asaltó la duda de que pudiera ser Fernando mismo el autor de aquella carta; pero desechó la idea, conociendo el carácter de su prometido.

Lo demas sí era verisímil; siempre Fernando le habia reprendido, aunque dulcísima y cariñosamente, la vanidad; en todas sus cartas, durante su ausencia, le encarecia lo funesto de semejante pasion... Y luego el frio recibimiento que ella habia hecho á Fernando podia haberle decidido á prolongar la prueba comenzada en la carta en que desde Paris le anunciaba haber quedado poco ménos que arruinado...

Y así discurria Magdalena, y todas sus reflexiones venian á convencerla más y más de que aquel aviso misterioso contenia una verdad.

Fernando, por su parte, manifestó tan natural, tan franca alegría cuando Magdalena se le mostró más amable, más expansiva, más cariñosa y más razonable, que bien conoció que su prometido nada habia sospechado al ver aquel cambio en su conducta.

Sin embargo, Fernando aún dudaba; pero era tan feliz contemplando á Magdalena enamorada como ántes; parecia tan sincero, tan verdadero el cariño de

Magdalena, que procuraba desechar las dudas enojosas que le asaltaban, para abandonarse por completo á su felicidad, á la incomparable ventura de su amor correspondido.

—Magdalena, dijo Fernando á la linda huérfana, ¿cuándo quieres que se haga nuestro casamiento?...

—Cuando quieras, contestó la hermosa con dulce acento, y bajando los ojos con un rubor adorable.

Fernando le habló de sus proyectos.

Buscaria una casa modesta en el barrio de Salamanca, que tanto le habia gustado siempre á Magdalena; tendrian una doncella y una buena cocinera; criado no lo necesitaba él, porque para limpiarse la ropa él mismo se bastaba; tomarian un abono en el *tram-via* (el *tram-via* con permiso del señor Olózaga).

—Ya verás cómo ahorramos dinero, añadia Fernando, y cómo al fin llegamos á ser ricos. D. Pedro se irá al extranjero muy pronto, y yo quedaré aquí encargado de sus asuntos.

Magdalena le oia embebecida, segura de que Fernando le hablaba en aquellos términos continuando la prueba á que sin duda no queria poner término hasta el dia de su casamiento.

La marquesa estaba sumamente alegre de ver en tan buena disposicion á su sobrina, y no se preocupaba mucho de no ver á su primo Perico. Todo su afan era que se verificase el casamiento de Magdalena; estaba segura de que así Perico no tendria más remedio que ser su marido.

Fernando vino un dia, y dijo á Magdalena que ya habia tomado casa en el barrio de Salamanca, y que comenzaria á amueblarla en seguida.

—D. Pedro, añadió, se ha empeñado en regalarme los muchos muebles que le sobran en la suya.

Y en efecto, aquella tarde vió Magdalena sacar de la casa de enfrente sillerías, espejos, butacas y otros muebles de muy buen gusto.

Este detalle no hizo más que confirmar á Magdalena en su creencia,

Magdalena ama real y verdaderamente á Fernando. Aquel amor primero, que nació cuando acababa la huérfana de salir de su florida infancia, se ha despertado grande y vehemente en su corazon.

Ama á Fernando, le ama con pasion inmensa, y... ya, hagámosla justicia, le amaria, aunque le creyera pobre.

Y Magdalena se avergonzaba de su conducta con Fernando, de haber pensado en disputar á la marquesa los obsequios de Perico, de haber codiciado más las riquezas de Perico que el amor de Fernando.

—¡Oh! exclamó, Fernando lo sabrá todo, sabrá todos mis pensamientos; yo seria la más indigna de las mujeres si no se lo confesara todo, si no implorara y obtuviese su perdon, si no le hiciera ver que reconozco mi culpa, y me arrepiento.

XXII

Otra vez el padre de los pobres.

Es sábado.

En la calle del Aguila esperan al bienhechor de los pobres, que acostumbra repartir socorros todos los sábados, así como le esperan en otras calles donde viven infelices necesitados.

Y hay gran inquietud entre los que tienen ya costumbre de recibir los beneficios que prodiga el caritativo caballero, porque ya va á ser de noche y todavía no se ha presentado el que llaman padre de los pobres.

—¿Qué le habrá sucedido? pregunta una vecina. Yo que le esperaba hoy con tanto afan para poder taparle la boca mañana al casero, á ese hereje, que me ha dicho hoy que me mude mañana.

—¿Si se habrá marchado de Madrid?...

—Nos lo hubiera dicho.

—¿Si se habrá muerto?... dice el Mellado, aquel mal hombre, borracho y holgazan, á quien el bienhechor de los pobres habia negado socorro porque no queria proteger al vicio y estimular la holgazanería.

—¡Jesus! ¡qué ideas tiene este hombre!...

—Lo que es á mí, aunque haya reventado, poco me importa, porque no le he pódido sacar un cuarto... Ese hombre debe ser un pez... un jesuita, sin duda, un neo.

—Bien claro te dijo, observa un anciano, que no te socorria porque tienes mala conducta. «Trabaje usted, te dijo, y seré amigo de V., como de todos los pobres.»

—¡Valiente tio! Pues que se ande con cuidado, porque á mí no me falta nadie.

—Sí; ¡te tendrá un miedo atroz!...

—Se la tengo guardada.

—Si le dices una palabra siquiera, te arrancamos los ojos, exclama una pobre vieja que debe muchos beneficios al misterioso y caritativo personaje.

—¡Jesus! ¡si no vendrá hoy!... dice una pobre mujer, cuyo esposo, mozo de una imprenta, ha vuelto á su casa con una mano deshecha por la máquina, y se le va á hacer la amputacion.

—Si no viene, observa un pobre ciego á quien todas las semanas socorre el incógnito bienhechor, es que se halla enfermo, porque él estoy seguro de que no olvida á sus pobres.

—O estará preso, añade el Mellado.

—¿Por qué ha de estar preso?...

—¡Toma! por política... A mí no me quita nadie de la cabeza que ese hombre es un neo, y puede que el gobierno, como es tan liberal, le haya echado mano.

—¡Jesus! ¡qué mala sombra tiene este hombre! dice la Inés, otra pobre, aludiendo al Mellado. Si eres cristiano, hombre, lo disimulas mucho.

—Yo no soy nada, contesta el Mellado; yo soy, como dice uno que habla en el Club de la Emancipacion; soy libre-pensador.

—Libre bárbaro, querrás decir, replica la Inés.

—Ahora hay muchos así, añade el anciano que ya habló ántes; los pedazos de bruto creen que la libertad consiste en no creer en Dios y en decir muchas bestialidades.

—Justamente, continúa la Inés; creen que en diciendo que se grita *¡Viva la libertad!* es como si dijeran, pongo por caso:—¡Eh! ¡á soltar coces!...

Cada momento que pasa, crece la ansiedad de aquella pobre gente, al ver que no aparece el bondadoso protector.

—¡Dios mio! exclama la mujer del mozo de imprenta, ¡si seré yo desgraciada!... Hoy que tanto necesito un socorro, es cuando no viene ese hombre. Para todos hay Providencia, y para mí...

—Para V. tambien, dice el anciano.

—¡Sí, fíate en la Providencia! añade estúpidamente el Mellado, el libre pensador digno de un pesebre.

Y al mismo tiempo se presenta en el grupo de ve-

cinos reunidos delante de una puerta el deseado bienhechor de los pobres.

En todos los semblantes brilla la alegría al verle, ménos en el del Mellado; en el de este no se vé otra expresion que la del rencor y la venganza.

—Hoy os tengo que pedir perdon, dice humildemente el caritativo caballero, porque he tardado mucho en venir, pero supongo que no habreis creido que os habia olvidado.

—Temíamos que estuviese V. S. enfermo, se apresura á decir la Inés.

—Suprimid el tratamiento; no admito otro que el de hermano.

Y vamos á ver, ¿qué ha sucedido?,.. ¿Hay algun enfermo grave, alguna desgracia, algun niño sin nodriza, algun viejo sin abrigo?

—Señor, á mi marido le van á cortar un brazo, dice la mujer del mozo de imprenta.

—¿Y cómo ha sido esa desgracia?

—Esta mañana la máquina le ha cogido la mano, y deshechita la tiene el pobre.

—No se apure V., buena mujer; miéntras el marido esté enfermo, yo le daré su jornal, y luego veremos, cuando mejore, si se le puede colocar.

—¡Viva V. mil años, señor!...

—¡Viva nuestro padre!

—Y el viejo, ¿qué tal se siente? pregunta el caballero al anciano que reprendió al Mellado.

—Señor, yo poco le daré á V. que hacer: la vida se me va acabando.

—¿Se siente V. mal?,..

—Señor, me siento fatigado; he trabajado tantos años para verme luego en la miseria... pero no crea usted que me quejo; Dios sabe bien lo que hace, y cuando me tiene así será porque me convenga.

—Vaya, buen anciano, ahí van tres duros... ¿Tiene usted bastante hasta el sábado?...

—Sí, señor, sí... y casi estoy pensando que estos socorros que V. me da se los robo á otros pobres... porque yo podria irme á San Bernardino, y no me faltaria nada.

—Yo no lo permito; y no se preocupe V. de eso, que le aseguro que no le faltará absolutamente nada mientras viva.

—Señor, el casero me echa del cuarto, porque le debo una miseria. Es un tio más malo... un bribon...

—Hija mia, poco á poco, no tiene V. razon para calificar así al casero porque pide lo suyo. La casa que usted habita es su legítima propiedad, y del producto de esta propiedad vive el casero, que está en su derecho exigiendo que se le pague el alquiler. Que usted esté en mala situacion y no se lo pueda pagar, no impide que él reclame con perfecto derecho. Así, pues, el casero no es malo ni bribon porque pide lo suyo. Todo lo más será algo exigente, si no tiene bastante paciencia para esperar. ¿Cuánto le debe V.?

—Seis duros, señor.

—Ahí van, y déselos V. al casero, pero con buen modo y sin enojo.

—Es V. un santo, señor.

—¡Qué exageracion! Yo no sé qué idea teneis del mundo. Lo que yo hago lo hace cualquiera; cnalquiera haria más de lo que yo hago. Además teneis una opinion equivocada de mí; creeis que hago esto por caridad, y la verdad es que lo hago todo por egoismo, y que más tengo yo que agradeceros que vosotros á mí.

—¡Qué señor!...

—¡Qué hombre!...

—¡Es un ángel!...

—Un santo del cielo.

—Basta. ¿Os parece poco placer el que me causa poder haceros algun beneficio?... Pues si no hubiera pobres como vosotros, ¿qué placeres podrian tener los ricos?... Ningun otro hay que iguale al placer de hacer bien.

Un murmullo de admiracion se levanta en aquel grupo de infelices tan poco acostumbrados á oir este lenguaje, y todos quieren abrazar y besar la mano al buen caballero, que procura, aunque en vano, sustraerse á tales manifestaciones de afecto.

Todos le han abrazado ya; sólo queda sin este gusto un anciano paralítico que está sentado en la puerta, de donde no se puede mover hasta que vuelva su hijo del trabajo y le lleve en brazos al lecho.

—Yo soy el más desgraciado de todos, dice el pobre viejo con voz balbuciente.

—¿Por qué? le pregunta el caballero.

—Porque no me puedo mover y estoy privado de abrazar al bienhechor de los pobres.

—No tenga pena por eso, buen anciano, contesta el caballero, que si V. no puede abrazarme, yo sí puedo abrazar á V.

E inclinándose da un afectuoso abrazo al viejo andrajoso, que llora como un niño.

—¡Bendito sea Dios! exclama el viejo, que en mi vida he sentido tanta alegría como ahora.

Todavía se entretiene algun tiempo el caballero en la calle del Águila, distribuyendo socorros y hablando con unos y otros, acariciando á los niños, alentando á los viejos, felicitando á los que vuelven del trabajo, admirando á todos con su bondad y sus palabras impregnadas del más puro espíritu cristiano.

Ya se despide de sus pobres, y un jóven le dice:

—Señor, le acompañaremos á V., que estas calles son tan oscuras y tan malas...

—De ningun modo, contesta el caballero, nadie me ha de seguir.

Nadie insiste, nadie quiere contrariar al buen hombre que tanto respeto infunde.

El caballero echa á andar por la calle del Águila adelante, y en un sitio donde la sombra es más densa se detiene, porque se acerca á él un hombre.

—Señor, le dice este, ¿por qué socorre V. á todos y á mí no me socorre?

El caballero mira atentamente al hombre que le interroga, y le reconoce.

Es el Mellado.

—Ya se lo he dicho á V., responde dignamente el bienhechor, pero sin enojo, porque V. no es un hom-

bre de bien, porque ha abandonado V. á una mujer y á un hijo...

—¿Usted lo sabe?...

—Sí, señor, porque tomo siempre informes para distribuir los socorros á quienes los merecen y los necesitan.

—¿Y yo no los merezco?...

—No, señor. Sea V. hombre de bien. trabajador, buen ciudadano, buen esposo, buen padre, y yo le llamaré á V. mi hermano, y podrá V. pedirme lo que necesite sin temor de que se lo niegue. Pero miéntras, como no quiero estimular la vagancia ni proteger el vicio, no le daré á V. un cuarto.

—¡Pues yo sí le doy á V... tio neo!...

Rápido como el pensamiento, el caballero dió un salto atras, pero no pudo evitar que le alcanzára el puñal del homicida, que se clavó en su nobilísimo pecho.

El Mellado echó á correr.

El caballero gritó:

—¡Asesino!...

Este grito le oyeron todos los pobres de quienes hacia poco se habia despedido el caballero, y todos corrieron al sitio del atentado.

El caballero estaba en pié todavía, y procuraba sacar del pecho el puñal que le habia clavado el infame, el vil homicida.

A tiempo llegaron los pobres para recoger en sus brazos al cristiano caballero, que cayó privado de sentido.

—¡Coger al Mellado! exclamó la llamada Inés; él habrá sido.

Y los más jóvenes y robustos echaron á correr por donde suponian que habia escapado el asesino, y dieron voces, y pusieron en movimiento á los guardias municipales.

Al sitio de la ocurrencia acudieron prontamente los dependientes de la autoridad, el juzgado y un médico, que reconoció al herido, y con las precauciones convenientes acabó de extraer de la herida el puñal, y con pañuelos que se le facilitaron hizo una especie de apósito provisional para que el herido pudiera ser trasladado en una camilla.

El juez tocó el bolsillo de la levita del caballero, y sacó una cartera, en la cual habia billetes de Banco y unas tarjetas.

Todas las tarjetas tenian este nombre:

FERNANDO M. LUNA.

Segovia 97.

El juez supuso que estas eran las señas de la casa del herido, y dispuso que fuese trasladado á ella.

Y allá fué llevado en una camilla del hospital, seguida del juzgado, algunos guardias, y todos los pobres de la calle del Aguila.

Perico iba á salir cuando llegó la triste comitiva á la puerta del palacio; en el pórtico el juez descubrió la camilla, y Perico, al ver á Fernando, dió un grito, y se puso lívido.

....

Fernando, para ir á hacer el bien, á distribuir socorros, á consolar aflicciones y aliviar infortunios, se disfrazaba con una peluca blanca y unos anteojos azules. No queria que se le conociera. Hacia el bien por hacerlo, sin alarde, poniendo todos los medios para que nadie lo supiera.

Perico era el único que sabia que apelaba al disfraz para ir á hacer obras de caridad, porque para Perico no tenia secretos Fernando.

XXIII

Historia de Perico.

Supongo que á la lectora le interesará saber si Fernando vive ó muere de la herida que le ha causado el infame ateo y libre-pensador.

Pero ahora nada puedo decir á la lectora acerca de Fernando, porque habiendo prohibido el médico que se le vea, y el juez que se reciba en la casa á persona alguna, no es fácil saber con certeza el estado en que

se halla el paciente; supongo que debe ser grave, porque el Mellado es hombre que sabe dirigir bien las puñaladas, y no es la primera vez que lo ha hecho, ni será la última probablemente, á no ser que le aprieten el pescuezo, con lo cual crean Vds. que nc se perderia nada; pero no hay que tener cuidado, que al fin y á la postre el Mellado será favorecido con un indulto, en cuanto se celebre el aniversario de alguna Constitucion democrátiea, ó sea la inauguracion de los hermosos derechos individuales, imprescriptibles é inaguantables, como dijo en un momento de lucidez uno de los mismos autores de la democrática Constitucion que felizmente rige en los momentos en que escribo este libro, bien que los que la fraguaron no son muy escrupulosos que digamos en cumplirla.

Mas dejemos á la Constitucion democrática en el archivo del Congreso, donde creo se halla el original escrito por un hábil pendolista, encuadernada ricamente y guardada como oro en paño, y permítanme ustedes que les cuente la historia de Perico, de quien hasta ahora no saben Vds. más sino que es primo de la marquesa del Rosal, ó, mejor dicho, primo del difunto marqués de este título, y ha vuelto del extranjero, despues de larga ausencia, con muchos millones, logrando por esta circunstancia la mejor acogida en la buena sociedad y la admiracion de todo Madrid.

Perico tiene su historia, y muy larga; pero no se alarmen Vds., que no se la voy á contar extensamente; porque, aunque es curiosa y no deja de tener

interesantes peripecias, contada por mí parecería acaso por todo extremo insoportable.

Así, pues, no queriendo incurrir en el desagrado de mis lectoras, procuraré abreviar.

Perico á los veinte años era un señorito que habia hecho todas las calaveradas imaginables, y se habia enajenado el afecto hasta de su propia familia. Solamente hallaba alguna simpatía en el marqués del Rosal, que, como tenia tan garrafales faltas, era muy indulgente con las de su primo Perico y con las de todo el mundo.

Llegó un momento en que Perico, despreciado de todos, habiendo petardeado á todos los amigos de su familia, abrumado de deudas, perseguido y amenazado por los deudores, que no le perdonaban, y sin saber qué hacer de tres ó cuatro jóvenes incautas á quienes tenia gravemente comprometidas, no pudiendo estar en casa ni salir de casa; perdido, en fin, y sin esperanza de salir de los cien conflictos en que él mismo se habia puesto, resolvió matarse, y fué á consultar esta determinacion con su primo, que suponia él habia de aprobarla.

—¡Hombre! le dijo el marqués; tú harás lo que quieras; pero harás mal en matarte. Nadie perderia nada con que lo hicieras; únicamente yo lo sentiria... No te mates, hombre, no te mates... ¿Por qué no te vas á correr mundo? Es un gran remedio.

—¿Y á dónde voy?...

—A París, á Lóndres, á América, al fin del mundo, y puede que vuelvas hecho un potentado.

—De buena gana me iria, porque allí estaria limpio de compromisos, libre de acreedores por unos dias siquiera... y, en fin, mira, primo, dame mil duros, y me haces feliz. Yo te prometo devolvértelos.

—¡Hombre! mil duros son mucho dinero.

—Tú tienes rentas.

—Buen paso llevan mis rentas, chico. Sólo en comidas á los toreros he gastado este año sesenta mil reales. Y la Rosita, la que baila el jaleo en la Cruz, me cuesta un dineral...

—Pero si no tienes los mil duros, me los puedes buscar.

—Eso sí, y luego los tendré que pagar.

—Tú considera que si me quedo en Madrid te puede costar mucho más que eso.

—Tambien en eso tienes razon.

—Conque haz lo que quieras.

—Nada, me has convencido; te daré los mil duros.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Pues mañana me voy.

—A ver si te haces hombre de bien.

—No tengas cuidado.

—Yo maldito el que tengo; los mil duros hago cuenta de que los he perdido á una sota. Lo que es preciso es que tú no hagas lo mismo.

Perico recibió el dia siguiente los mil duros, y se marchó.

Paris le encantó; fué á parar á una casa cuyas señas le habia dado el marqués, donde por un franco

tenia un cuartito muy bonito, sexto piso, y por otro franco la portera, una vieja muy fea, le daba de almorzar; por dos francos comia en un *restaurant* del *Palais Royal.*

—Con esta economía, decia Perico, los 19.000 reales que me quedan me van á durar toda la vida. Lo que importa ahora es buscar una colocacion; aquí hay casas de comercio españolas... y fácilmente encontraré acomodo... Aquí nadie me conoce y puedo ser cualquier cosa... En Madrid no hubiera estado bien visto que un individuo de tan empingorotada familia como la mia se hubiese puesto á trabajar... En fin, ahora me divertiré unos dias en ver esto, y luego á trabajar, y á ser hombre de bien, como dice el marqués mi primo, convertido en diablo predicador.

Y se dedicó á ver París.

El tercer dia, cuando iba á comer al *Palais Royal*, vió en la galería de Orleans una muchacha, una señorita, muy linda, muy triste, que le miró con mucha gracia, y le favoreció con una sonrisa encantadora.

No necesitaba más Perico.

Se acercó á ella, le dijo en frances cuatro chicoleos, y la linda jóven tomó su brazo.

Perico estaba admirado.

—Yo voy á comer, dijo á su pareja Perico.

—*Allons*, contestó la hermosa, cuya candorosa fisonomía prevenia mucho en su favor.

Pero al llegar al *restaurant* donde habia comido

Perico los dos dias anteriores y donde pensaba seguir comiendo, porque le trataban bien, y en el mostrador estaba una francesa muy gordita y muy fresquita, y que se reia mucho con él, la compañera de Perico le dijo que allí no entraba ella.

Perico quiso complacer á *Sophie*, que así se llamaba la donosa jóven, y se dejó guiar á donde ella quisiera.

Y ella le guió al Grand Hotel nada ménos.

—Aquí es muy elegante y muy barato, dijo *Sophie*, es decir Sofía.

Y en efecto, la comida no le pareció muy cara á Perico; no le costó más que sesenta francos; pero la que le pareció muy cara fué la compañía de la hermosa Sofía, porque cuando, medio borracho, que así se dice, volvió á su casa, halló que además de los sesenta francos de la comida, habian salido de su bolsillo cinco billetes de cien francos, que bonitamente se los habia escamoteado la encantadora Sofía.

Pronto se consoló Perico de su mala ventura, y áun se hizo la reflexion de que á lo ménos le habia quitado el dinero una muchacha guapa, y por un procedimiento delicado hasta cierto punto.

—En Madrid, pensó, me los hubiera quitado un ratero soez, y acaso me hubiese dado un palo ántes y otro despues. Aquí se roba con más finura.

Algunos dias despues encontró á Sofía otra vez, y quiso interpelarla; pero Sofía le desconoció completamente, y le dió un *sofion*, amenazándole con llamar á un *sergent de ville*, si continuaba molestándola, con

cuyas razones se dió por satisfecho Perico, persuadido de que Sofía sabia mucho más que él.

La portera de la casa donde vivia Perico tenia una sobrina que iba al Conservatorio, y todo el dia estaba destrozando la música del pobre Boildieu, cantando la parte de tiple de *La Dama blanca.* Perico se interesó por aquella artista incipiente, y se propuso enseñarla el español, suponiendo que alguna vez vendria á Madrid contratada para el Teatro Real, y le seria de utilidad saber el idioma.

Y el diablo lo enredó de modo que un dia desapareció del sexto piso Perico y la sobrina se fugó de la portería, dejando á la pobre tia en el mayor desconsuelo, pues ya habia contado con que la niña, cuando se ajustara en el teatro, la sacaria de portera.

Perico, que esperaba vivir con los mil duros toda su vida en Paris, se convenció á los cuatro meses de que hizo aquel cálculo sin contar con la huéspeda; es decir, con él mismo, que no podia renunciar á sus hábitos de disipacion.

Pero como constantemente hay en Paris un contingente de emigrados procedentes de España. como para dar testimonio de la paz y concordia que reina siempre entre los españoles, y Perico, por el nombre de su familia, era de todos conocido, se dedicó á petardear. como lo habia hecho en España, y un dia al cónsul, y otro dia al embajador, y otro á un marqués rico, y así durante dos ó tres meses, vivió Perico trabajosamente; y cuando ya no pudo vivir pidiendo á los españoles, que ya no le daban, se dedicó á petar-

dear á los franceses, y empezó por enamorar á una fondista de la Villette, cuyo marido era sordo como una tapia, y no oia los piropos que le decian á su media naranja, que estaba junto á él en el mostrador; y aunque la fondista no le hizo gran caso, le hizo el bastante para fiarle la comida durante un mes.

En aquella fonda conoció á un intrépido aeronauta arruinado, porque en la última ascension que verificó en Nimes se le hizo treinta mil pedazos el globo al caer, y trabó amistad con el viajero de los aires. A Perico le seducia la idea de pasearse por los aires, porque si continuaba trampeando y petardeando llegaria á no poder pasear por la tierra. El artista sabia algo de español, y era entusiasta de Andalucía; así habiéndole dicho Perico que era sevillano, el hombre se aficionó en tal manera de *Mr. Pericó*, que así llamaba á nuestro calavera, que con él se fué á vivir, y le nombró su secretario; que todo artista de tal importancia está bien que tenga un secretario.

Gracias á una suscricion que se abrió en su obsequio entre varios admiradores de los que se elevan por los aires, el artista construyó otro globo, y pudo volver á ejercer su profesion. Por esos mundos de Dios se fué acompañado de Perico, que era el encargado de redactar los anuncios, y procurar bombo en los periódicos.

Vivió, pues, Perico la vida del satimbanqui, y no le fué muy mal. El artista logró una buena temporada, en la que hizo una docena de ascensiones con éxito completo.

Y era generoso y desprendido, sobre todo con el secretario andaluz, que le hacia muchísima gracia cuando soltaba un taco redondo, y le pagaba pródigamente, ó más bien le dejaba tomar cuanto queria, y nunca le pedia cuentas.

Tal era el afecto del aeronauta á su secretario, que un dia hizo una ascension á beneficio de una familia desgraciada, por no decir que era á beneficio de su secretario, para quien fué realmente, y para dar más novedad al espectáculo subió con su secretario, que pensó morirse de miedo en el aire. El viaje fué felicísimo, y Perico obtuvo dos mil francos de beneficio.

El dia siguiente el artista subió otra vez, pero solito, y nadie sabe todavía lo que le sucedió arriba, aunque se supuso que algun pajarraco dió un picotazo al globo, y dejó escapar el gas, con lo cual globo y aeronauta vinieron al suelo desde las mismas nubes, y el segundo especialmente quedó tan maltrecho, que allí donde cayó permaneció inmóvil hasta que fueron á recogerlo para llevarlo al cementerio.

Perico sintió mucho el desastroso fin de su principal; pero no pudo ménos de felicitarse de que al pajarraco que picó el globo se le ocurriese esta gracia cuando iba solo el aeronauta, y él estaba esperando en el suelo.

Volvió á Paris Perico, y allí obtuvo colocacion para Lóndres.

En un gran hotel se necesitaba una persona que supiera hablar español y frances, á lo ménos, para ocuparla en la administracion del establecimiento

bajo la direccion del representante de la poderosa empresa dueña del hotel. Perico obtuvo este puesto, gracias á la recomendacion de un aristócrata de Madrid, á quien por casualidad no habia petardeado aún, y que era gran amigo del grave y magnífico inglés, representante de la sociedad empresaria y director del famoso hotel.

Perico tenia suerte en medio de todo.

Llegó á Lóndres, se instaló en el hotel, donde el trabajo era poco y vivia como un príncipe, y allí hubo de conocer á una inglesa á quien le hacian tanta gracia los españoles, que se prendó de Perico, que era uno de los españoles ménos graciosos. Era la inglesa cuñada del director del hotel, que tenia determinado casarla con un hermano suyo, que dentro de pocos meses debia llegar de la Jamaica con un cargamento de rom superior.

Tenia aquel inglés muy buena nariz y debia conocer bien el temperamento de la cuñada, porque poco despues de empezar el coqueteo entre la inglesa y el español, se apercibió de lo que pasaba, y llamando al español reservadamente, le dijo que su cuñada estaba ya comprometida, y que si él continuaba aquel juego se veria en la precision de hundirle de una puñada la cabeza.

Y lo habria hecho el inglés, que tenia unos puños como un bárbaro.

Perico ofreció desistir de la empresa, y cumplió su palabra. No volvió á decir á la inglesa que tenia buenos ojos, y la inglesa los tenia buenos en efecto.

Pero la inglesa, á quien no hacia seguramente tanta gracia como Perico el que venia de la Jamaica, no queria renunciar al amor de aquel español marrullero, y buscó todos los medios posibles de burlar la vigilancia de su terrible cuñado para interpelar á Perico acerca del significado de su repentino desvío.

Perico rehuyó la respuesta, hizo todo lo humanamente posible para no dar lugar á la catástrofe que le amenazaba, pero tampoco la inglesa cejó en su empeño de averiguar por qué motivo el español no le hacia todo el caso que ella queria.

—Esta mujer me va á perder, se dijo Perico.

Y discurriendo, no halló modo mejor que contar francamente al cuñado que la inglesa no le dejaba, como suele decirse, ni á sol ni á sombra.

El inglés oyó á Perico, y despues de haberle oido, le cogió la mano y se la estrujó afectuosamente.

Era extremado en sus afectos el inglés.

Perico cobró aliento.

—Es V. un hombre de bien, le dijo el inglés.

Nadie le habia dicho nunca otro tanto.

—Pero por lo mismo no puede V. seguir en esta casa.

—Pero, señor, si yo he cumplido mi palabra.

—Usted sí, pero si mi cuñada se empeña, le hará á V. faltar á ella, y yo tendria que dividirle á V., lo que me causaria por algunos momentos cierto sentimiento.

—Hable V. á su cuñada, y ella obedecerá y esperará tranquilamente al de Jamaica.

—No, conozco yo á las mujeres; seria mucho peor. Usted sale de esta casa.

—¿Pero no cumplo bien?...

—Sí, señor, muy bien; pero no quiero abrirle á usted la cabeza, y sobre todo quiero que mi cuñada se case con mi hermano.

—Esta es una crueldad.

El inglés no oyó más; le puso en la mano las libras esterlinas que habia ganado, y le despidió estrujándole otra vez la mano.

Y se vió Perico en Lóndres sin colocacion, y renegó de la caprichosa inglesa, y de toda su casta, y sobre todo del mocito que venia con el rom de la Jamaica.

Ocioso en aquella inmensa capital, sin conocer á nadie. y no muy versado en el idioma, dedicóse á ver la ciudad, y cayó en cien peligros, y su mal instinto le llevó á los sitios donde la gente peor se reunia, y le gastaron el dinero esas infelices mujeres que se encuentran en ciertas calles de Lóndres vestidas elegantemente y borrachas perdidas.

Perico se vió perdido tambien, y gracias á algun español obtuvo colocaciones de poca importancia, ínfimos empleos, y así vivió en la mayor escasez algunos años, lleno de vicios, para caer al fin en la mayor abyeccion.

Y aquí interrumpo la historia de Perico para enterar á las lectoras del estado del pobre Fernando, á quien dejé gravemente herido.

Por de pronto ya saben las lectoras que Fernando

no ha muerto, y quiero que sepan más, que los médicos han dicho que se salvará, bien que al principio dijeron lo contrario; pero de sabios es mudar de opinion, y los médicos de Fernando eran los tenidos por más sabios en esta villa y córte.

XXIV

Magdalena y los pobres.

Todo Madrid se conmovió al saber la noticia del asesinato cometido en la calle del Águila, pero fué porque todo el mundo creyó que la víctima era el magnífico y opulento D. Pedro del Valle.

Cuando se supo que el agredido habia sido el secretario de D. Pedro, la emocion general se calmó mucho.

Por lo visto importaba ménos que muriera á manos de un asesino el que no aparentaba tener dinero.

Todo Madrid, es decir, toda la parte oficial, elegante ó aristócrata de Madrid acudió al palacio de la calle de Segovia la noche misma ó el dia siguiente al

del atentado; pero, deshecho el error y conocida la verdad, el Madrid elegante, oficial ó aristocrático no volvió á parecer por allí.

En cambio, el palacio de la calle de Segovia estuvo constantemente favorecido por infinidad de personas que formaban el conjunto más pintoresco y abigarrado que puede imaginarse.

Allí no habia fraques de alas de pichon, ni chalecos escotados, ni vestidos de larga cola, ni blondas, ni encajes, ni uniformes vistosos; al contrario, allí habia *la mar*, como se dice, de harapos: vestidos que habian tenido color hacía muchos años y ya no tenian ningun color de los conocidos; chaquetas con mil remiendos y otros tantos rotos; niños enteramente desnuditos en brazos de madres poco vestidas; viejos que apénas podian andar arrastrando los piés; viudas que ocultaban el rostro bajo un guiñapo que habia sido velo... en fin, allí habia pobres, los pobres á quienes socorria Fernando, los pobres que habia librado de las garras de la muerte, de los brazos de la miseria, de los horrores del hambre.

Esta era la guardia de honor que tenia Fernando.

Allí estaban todo el dia preguntando, inquiriendo, averiguando, llorando amargamente por su bienhechor, y comentando el bárbaro atentado.

La autoridad tomó cartas en el asunto, porque aquellos pobres agrupados delante del palacio ofrecian un espectáculo repugnante á los ojos de los transeuntes, y una mañana se encontraron los pobres

con que los municipales no les dejaron llegar á aquel sitio.

Esta, que ellos calificaban de tiránica disposicion, indignó á los hombres, exaltó á las mujeres, irritó á los chicos, y produjo un motin contra los sufridos municipales, que no hacian más que cumplir órdenes superiores.

Y uno de estos recibió en la cabeza un patatazo, y otro una pedrada que le supo á diablos en la espinilla, y aquel perdió el tricornio, y á estotro le quitaron la vencedora espada, y la cosa se iba poniendo muy seria y hubiera habido desgracias si no hubiese aparecido Perico en el balcon y arengado á los pobres diciéndoles que podian entrar en la casa, donde á nadie estorbarian.

Y arrollando y atropellando á los representantes de la autoridad, entraron tumultuariamente en el palacio los pobres, los que llamaban *nuestro padre* á Fernando.

Perico salió á la escalera y les recomendó silencio, órden y compostura, y callaron todos. Perico les habia dicho que el ruido molestaba al herido, y esto bastó para que, estando durante muchos dias lleno de gente el patio de la casa, no se oyese ni un grito, ni una voz.

Allí comian todos los dias los pobres que se presentaban, y por la noche se retiraban, pero exigieron que habian de quedar seis de guardia por si ocurria algo, como si no hubiese criados en la casa.

Los pobres no sabian cómo demostrar su agrade-

cimiento á su bienhechor; es decir, no tenian tampoco otro medio de demostrárselo.

Pero hablemos de Fernando.

La herida era gravísima.

Los médicos dijeron que si el puñal hubiese entrado una línea más arriba ó más abajo del sitio en que penetró, Fernando hubiera quedado muerto ínstantáneamente.

La Providencia no habia querido que muriese un hombre que estaba consagrado á hacer bien á sus semejantes, y Fernando estaba ya en vias de curacion.

Todavía no habia visto á nadie, ni á Magdalena.

Este nombre era el único que habia pronunciado, y siempre que entraba Perico, que le asistia cuidadosamente ayudado de dos hermanas de la Caridad, pedia ver á Magdalena.

Pero los médicos lo habian prohibido absolutamente: la más leve emocion, el más débil movimiento podrian comprometer su vida.

Magdalena, sin embargo, se ha constituido en la casa de Perico, y allí pasa las horas en la mayor ansiedad en la pieza inmediata á la alcoba de Fernando, y en los momentos en que el herido reposa, Magdalena va á hablar con los pobres, que le hablan siempre de Fernando.

Magdalena se ha hecho amiga de los pobres.

Ya le han contado cómo Fernando, disfrazado cual si fuera á hacer alguna mala accion, recorria las calles de Madrid, socorriendo á los pobres; cómo averiguaba dónde habia una gran necesidad ignora-

da de todo el mundo; cómo se informaba de las familias á las que distribuia sus beneficios; cuántas madres conservaban por él los hijos que acaso hubieran tenido que abandonar; cuántos infortunios habia aliviado, cuántas miserias habia dulcificado, y á cuántas mujeres habia librado de caer en la deshonra y el envilecimiento.

Magdalena oia admirada todo lo que le contaba aquella pobre gente, y no podia ménos de sentir penosísima vergüenza al considerar su conducta con Fernando, al pensar que porque aparecia pobre, porque no estaba, al parecer, en la opulencia, porque acaso no le habria podido dar todo el lujo, todo el fausto que necesitaba su vanidad, habia querido hacerle traicion...

Magdalena se reconocia bastante inferior al más miserable de aquellos pobres.

Entre los pobres pasaba Magdalena por hermana de Fernando.

Entre ellos encontró mujeres que habian estado en ventajosa posicion, y se veian en la miseria por los vicios de sus maridos, ó por la propia soberbia, ó por ruin y miserable vanidad.

Allí encontró llena de harapos á la que, habiéndose casado por vanidad con un anciano rico, habia sido infiel luego al esposo, y de degradacion en degradacion habia venido á parar en la más espantosa miseria.

Una pobre madre iba todos los dias á informarse de la salud de Fernando, que habia sido extraordina-

riamente rica; de Buenos-Aires volvia con su marido y cinco hijos, y trayendo en grandes cajas de onzas de oro una riqueza inmensa, con la que pensaba brillar en Madrid más que todas las mujeres, pero en medio del mar voló la caldera del vapor, y desaparecieron en las aguas su marido, cuatro de sus hijos, y todas sus riquezas, salvándose ella providencialmente con el niño que tenia en sus brazos, y llegando á Madrid á pedir limosna la que creia venir á ser la admiracion general por su lujo y sus grandezas.

Y todavía era mayor el infortunio de la triste madre.

Su hijo era sordo-mudo.

La infeliz nada podia esperar de su hijo, ni siquiera el consuelo de una palabra de cariño filial.

Y estaba resignada, sometida á la infalible justicia de la Providencia.

Magdalena se habia salvado; habia comprendido cuán miserable es la vanidad humana, habia conocido su funesto error, y habia vuelto los ojos á Dios, á quien tenia por cierto muy olvidado, dominada como estuvo por la deleznable pasion.

Habia rezado, habia rogado á Dios por Fernando, y habia recibido, rezando, un gran consuelo.

—¿Cómo, Dios mio, decia, he podido estar tanto tiempo sin rezar?...

Fernando iba mejorando muy lentamente.

Llegó un dia dichoso para Magdalena y para los pobres, en que los médicos declararon que el herido estaba fuera de peligro.

Los pobres se contuvieron por consideracion al herido, pero no dejó de costarles trabajo; ellos hubieran querido gritar, reirse, alegrarse, en fin, alegrarse ruidosamente.

Magdalena fué á su casa un momento aquel dia, y suplicó á la marquesa le entregase unos diez ó doce mil reales en billetes que le habia dado á guardar.

—¿Qué vas á hacer? le preguntó la marquesa.

—¿Qué he de hacer?... Dárselos á los pobres.

La marquesa tiró del cajon apresuradamente, porque en la sala estaban esperándola los marqueses de la Azucena con su hija la feita, y dijo á Magdalena:

—Cógelos; ahí están.

Y se fué á hacer la visita.

Magdalena cogio diez billetes de mil reales, y vió entre ellos un papel escrito.

Fijó la vista en las letras, y, ¡oh, sorpresa! allí decia lo mismo que en la carta anónima en que se le hablaba de las riquezas de Fernando...

El papel estaba escrito por la marquesa.

Magdalena cerró el cajon y guardó el papel.

La marquesa, tan astuta, habia tenido la inadvertencia de no inutilizar aquel papel, y ella misma, por providencial olvido, le ponia en manos de Magdalena.

Esta volvió á casa de Fernando, suplicó á Perico que le cambiase aquellos billetes, y todo lo repartió entre los pobres.

XXV

La marquesa y Rosalía, y Fernando y Magdalena.

La marquesa del Rosal se ha tomado mucho interes por Fernando, y ha ido varias veces á acompañar á Magdalena, y áun me parece que no la calumnio si digo que sus visitas á la casa donde se hallaba Fernando tenian por objeto principal ver al Creso de la calle de Segovia, al simpático primo Perico.

Pero este está desconocido; ya no es el hombrecillo jovial, alegre, atrevidillo, gracioso, á su modo, que era ántes, ya no habla con tan afable franqueza á su prima, y sobre todo no le dirige ningun requiebro.

Perico está muy preocupado de la salud de Fernando, y se presenta serio, grave, y apénas habla á la marquesa y á Magdalena.

Aquella está cada vez más impaciente, y teme que

se le escape el bueno de Perico, cuando ya mucha gente creia que los primos se casarian, y no pocas señoras envidiaban anticipadamente la buena fortuna de la del Rosal.

Perico se ha encerrado en la mayor reserva.

Sólo se ocupa en cuidar del enfermo.

Un dia la marquesa, que acecha la ocasion de hablar con Perico, le encuentra algo ménos preocupado, y le dice:

—Te felicito por el buen estado de tu secretario.

—Admito la felicitacion, porque, en efecto, no puede haber nada tan satisfactorio para mí.

—Mucho le estimas.

—¿Estimarle?... No, le adoro y le respeto, y si él hubiera muerto, habria sido capaz de matarme.

—Es singular que hagas tan alto aprecio de Fernando.

—¿Singular? Pues yo creo que es la cosa más natural del mundo.

—Debe haberte prestado grandes servicios...

—Más de lo que se cree. Dia llegará en que todo se sepa.

—Y, sin embargo, tú has tenido tus intenciones de pagarle muy mal.

—¿Cómo?...

—Has intentado quitarle á Magdalena.

—¡Ah! ¿te parece eso?

—No lo negarás; pero hablemos de otra cosa. ¿Qué se sabe acerca del atentado de que fué víctima Fernando?... ¿Quién era el asesino?...

—Un infeliz á quien Fernando no quiso favorecer, porque tenia de él malisimos informes.

—Bien callado tenias que acostumbrabas hacer tantas limosnas.

—¿Yo?...

—Me parece que Fernando iria á hacerlas por encargo tuyo, porque á él no creo que su fortuna le permita hacerlas.

—Prima mia, Fernando repartia á los pobres una parte de lo que tiene; él no es pobre, y no sé por qué se le llama pobre.

—Hijo, aquí ya es pobre todo el que tiene lo preciso ó algo más para vivir. ¿Y tú sabias que hacía esas limosnas?...

—Sí, lo sabia todo, y no esperaba yo que fuese asesinado precisamente cuando se dedicaba á hacer buenas obras. Pero él me llama...

—Ve á su lado; yo me retiro. Dile lo mucho que me he interesado por su salud.

—Hoy va á ver á Magdalena; será una gran alegría para él.

—Ya lo creo.

—La marquesa se retira despechada y llena de inquietud porque Perico no se explica.

—Aquí hay algun misterio, piensa la marquesa.

De vuelta en su casa, encuentra á Rosalía, la hija de los marqueses de la Azucena, que todos los dias va allí á saber cómo sigue Fernando.

Magdalena, que ha recibido á Rosalía miéntras su tia estaba en la casa de enfrente, deja con la mar-

quesa á la fea, y se prepara á acudir á la entrevista con Fernando.

—¿Cómo está Fernando? pregunta Rosalía á la marquesa.

—Está mejor y fuera de cuidado. Mucho te interesas por él.

La marquesa habia conocido muy jóven, casi niña, á Rosalía, y la tuteaba.

—¡Oh! ¡mucho! exclama con vehemencia la jóven. Si yo pudiera verle...

—¿Qué dirian tus papás?...

—Pues Magdalena va á verle.

—Magdalena es su prometida y será su esposa.

Los ojillos de Rosalía brillan con una llama siniestra; el odio se asoma á aquellos ojos y les da un tinte de singular ferocidad.

—¡Oh! ¡su esposa Magdalena!...

—Sí, ¿qué te asombra?

—Nada, porque mi desventura no me debe asombrar. Nací con maldita estrella.

—¿Cómo? ¿Amas á Fernando?...

—Le amo... ó le aborrezco... porque en su mano está mi felicidad, y él no la hará, no. Hará la de Magdalena, que ya es bastante venturosa con ser hermosa. ¡Oh! ¡comprendo ahora que haya mujeres que arrojen al rostro de una rival afortunada una de esas terribles sustancias que desfiguran la hermosura, que estampan de pronto el horror de la fealdad allí donde ántes brillaban todas las perfecciones!

—Muchacha, ¿qué ideas son esas?

—Estas son las ideas de quien se contempla condenada al infernal suplicio de ver satisfechas todas las vanidades ménos la suya.

—Tú tan rica...

—¡Malditas sean mis riquezas, y maldita la hora menguada en que vine al mundo!...

—Rosalía, por Dios, cálmate.

—Sí, ¿á qué he de hablar de esto?... ¿para qué he de decír lo que siento si nadie me comprende, si nadie se interesa por mí, si nadie me consuela, si nadie en el mundo sufre lo que yo sufro?... ¡V. no puede imaginarse qué horrible vida es la mia!... Ese hombre me habló unos momentos en el baile de su primo de V., me habló como hubiera hablado á una mujer hermosa... vi en los ojos de Magdalena cierto desden, vi el asombro en otros semblantes, en otros la más cruel ironía.. y me volví loca de amor por ese hombre, y de odio á todas las mujeres... Si le hubieran muerto, estaria más tranquila; no podria hacer feliz á otra mujer.

—Niña, esas ideas son infernales.

—¿Y niego yo que lo sean?...

—Felizmente para tí, pronto te llevarán tus padres á Puerto-Rico, donde está concertado tu enlace con una persona inmensamente rica.

—¡Oh! no llegaré yo á Puerto-Rico.

—¿Por qué?

—Porque he decidido no casarme con el que mis padres me destinan.

La doncella entra á decir que el coche de la seño-

rita Rosalía ha vuelto á buscarla, y Rosalía se despide de la marquesa dejando á esta grandemente sorprendida de lo que le ha contado la pobre fea, y compadeciéndola, porque comprende las terribles amarguras, los agudos dolores que sufre.

Entre tanto, Magdalena ha logrado de los médicos permiso para pasar media hora al lado de Fernando.

Este ha podido incorporarse y sentarse en la cama.

Perico le ha hecho con almohadas un cómodo respaldo donde apoyarse; le ha arreglado la cama tan bien y con más cuidado que podria hacerlo la más servicial y práctica enfermera, y luego le ha besado la mano con el mayor respeto y la más profunda emocion; emocion que se manifiesta en dos lágrimas que Perico se apresura á enjugarse cuando sale de la estancia del enfermo á decir á Magdalena que puede pasar.

Magdalena entra muy conmovida, y no puede contener el llanto cuando Fernando le tiende la mano.

Abandona la suya á Fernando, que se la lleva á sus labios, é imprime en ella un beso casto como el de un niño.

—Creí no verte más, alma mia, dice Fernando con voz débil.

—Yo tambien lo creí, Fernando.

—Dios ha tenido piedad de mí.

—Sí, Dios. Yo he rezado mucho estos dias, y la oracion me ha dado gran consuelo.

—¡Pobre Magdalena! este accidente ha venido á

retardar nuestra felicidad. ¿Y sabes algo de aquel infeliz que me asestó la puñalada?... Yo he preguntado á los médicos, á Perico, y nadie me dice nada, nadie me quiere hablar de él. ¡Cuánto sufrirá el pobre!...

—¿Le compadeces?

—¡Oh! ¡sí! es mi hermano, y anhelo ponerme bueno para ir á verle.

—¡Tú!... ¿A un asesino?

—Sí; para ir á llevarle el mayor consuelo, el de mi perdon, y el mayor castigo, el de que vea que yo no le odio, que no le guardo rencor.

—Esas ideas no son de un hombre, Fernando, son de un santo.

—¡Oh! no, ¿qué tienen de particular?... Estas ideas son hijas de mi experiencia, de mi conocimiento del mundo. Yo sabia que ese hombre era malo, pero no creí que atentara á mi vida. No le queria socorrer porque suponia que mi severidad le estimularia á trabajar para captarse mi simpatía, pero me equivoqué... Y acaso aquella noche le hablé, cuando se acercó á pedirme, con demasiada acritud; acaso estuve con él poco afable... He pensado mucho en esto en los dias de silencio que he pasado aquí...

—¡Jesus! Fernando, no te preocupes de ese hombre...

—Es verdad; hablemos de otra cosa. ¿Y la marquesa?...

—Ha venido á preguntar por tí muchas veces.

—¿Y has visto á mis pobres?...

—Sí, en el pátio se pasan las horas muertas, y

Perico ha dispuesto que se les dé comida todos los dias.

—Bien hecho; mucho se lo agradezco. Mira tú, en el agradecimiento de esos pobres encuentro yo la mejor compensacion del odio de mi agresor. Y quiero que hagais una cosa.

—¿Cuál?

—Que luego dejeis entrar aquí á verme á cuatro ó seis, y mañana á otros tantos. Ellos vienen á verme, ¿por qué no me han de ver?...

—Se hará lo que tú quieras.

—¿Quién me habia de decir que habia de tardar tanto en trasladarme contigo á la casita que he tomado en el barrio de Salamanca?...

—Dios querrá que pronto estés bueno.

—Así lo espero. ¿Me amas mucho, Magdalena?

—Te amo y te admiro.

—¿Serás feliz conmigo?

—¡Oh! sí, ¡seria muy feliz!...

—¿Seria?... Seré debes decir.

—¡Oh! yo no merezco...

—¿Qué dices?...

—Nada, Fernando. No es ocasion todavía de que sepas...

—¿Qué?...

—Nada, no te alarmes. Ahora hay que procurar que te pongas bueno; luego habrá tiempo de que hablemos de nuestro amor, de todo...

—¿De todo?...

—Fernando, no diré una palabra más.

—¡Dios mio!... ¿No me amas?... ¿Quieres otra vez aplazar nuestro enlace?...

—No, no, Fernando... quiero ser digna de tí.

Uno de los médicos que asisten al herido entra á verle, y le halla un poco agitado.

Sabiendo, como sabe, que Magdalena es su prometida, no le cuesta gran trabajo comprender la causa de aquella agitacion, y suplica discretamente á la huérfana que le deje reposar.

Magdalena sale de la habitacion, y el médico ruega á Fernando que no tenga largas conversaciones con nadie, porque aún no se lo permite su estado.

A Perico le da la misma consigna, y Perico le dice:

—No tenga V. cuidado; ahí no va á entrar una mosca hasta que esté bueno. ¡A ver si me lo van á matar!...

Magdalena estaba poco despues en el oratorio de la casa de Perico prosternada delante de una bella imágen de la Vírgen, y decia:

—¡Madre mia!... ¡perdóname, y hazme digna de ese hombre, que es el mejor de los hombres!

XXVI

El gran banquete que dió á Perico la vizcondesa del Tronco.

Fernando, pasados algunos dias, mejoró notablemente y pudo dejar el lecho.

Habia quedado muy pálido y bastante más delgado.

En su rostro habia un tinte de dulce melancolía que aumentaba su varonil hermosura.

Los médicos le aconsejaron que aplazara su proyectado matrimonio por algunos meses, y que estos meses los pasara en Cádiz, cuyas condiciones climatológicas le serian muy favorables.

Fernando no recibió esta prescripcion médica muy bien, pero Magdalena le decidió.

Lo primero era que recobrase por completo la salud.

La marquesa, temiendo que con él se fuera su pri-

mo Perico, y no interesándole mucho que digamos la salud de Fernando, procuró inclinar á su sobrina á que se opusiera á aquel viaje, pero Magdalena no hacia ya gran caso de los consejos de su tia, desde que habia hallado el original de la carta anónima, señal evidente de la deslealtad y doblez de la marquesa.

Esta no tuvo al fin el disgusto que esperaba.

Perico se quedó en Madrid.

El hubiera querido acompañar á Fernando, pero este se opuso, y significó su deseo de que le acompañára únicamente uno de los criados ingleses, el que más afecto le profesaba.

Fernando partió, dejando encargado á Magdalena que cuidara de sus pobres, á cuyo efecto le entregó las señas de las habitaciones que ocupaban varias familias desgraciadas á las que acostumbraba socorrer, y una cantidad para que entre ellas la fuera distribuyendo.

—Poco es, le dijo, pero ya querrá Dios que tengamos algo más.

Ausente y restablecido Fernando, Perico volvió á darse á luz, á frecuentar los paseos, á pasear por la Castellana tendido en un hermoso carruaje, y á hacer, en fin, la vida de príncipe que tan alto lugar le habia proporcionado en la buena sociedad.

La marquesa volvió tambien á presentarse en la Castellana, procurando el cochero, por órden suya, que su carruaje fuera cerca del de Perico, sin duda para que este, viéndola tanto, acabase de persuadir-

se de que era preciso estrechar las distancias, casándose con ella.

Y en verdad que este afan de pescar á Perico estaba poniendo en grave aprieto á la marquesa, que en trajes y sombreros, y moños y zarandajas, gastaba mucho más de lo que podia, pues ya creo haber dicho que el marqués del Rosal no le dejó mucho para tirar de largo.

La marquesa se veia apuradilla para mantener todo aquel lujo que era preciso aparentar á fin de que no fuese á creer Perico que su afan era casarse con él por el fortunon que poseia, y no por otra cosa.

La vizcondesa del Tronco, que estaba en el secreto, y sabia los apuros que pasaba la marquesa para sostener la apariencia de una riqueza que no existia, creyó que era llegado el momento de apresurar el desenlace de la comedia casando á los dos primos, lo mismo que sucede en tantas comedias.

Y un juéves recibió Perico un cartapacio que contenia una esquela en que la vizcondesa del Tronco invitaba á D. Pedro del Valle á comer en su casa el dia siguiente viérnes tantos de tal mes y de tal año á las dos en punto.

La vizcondesa no habia entrado en la moda francesa, y comia siempre á las dos.

—Ya pareció aquello, dijo Perico; pero iré; no puedo desairar á esa señora.

El dia siguiente, Perico se vistió de toda etiqueta y se dirigió á la una y media á casa de la ilustre dama, que le recibió con mucha amabilidad, y habló

con él largamente del atentado de que habia sido víctima Fernando,

—Ha sido una temeridad, dijo, ir á meterse entre aquella gentuza de los barrios bajos. Y la fortuna fué que V. tuvo el buen acuerdo de enviar á su secretario á distribuir las limosnas, porque supongo que las haria en su nombre, porque si hubiera V. mismo ido á hacer esas obras, á V. le habria ocurrido el percance.

—Señora, está V. en un error, Fernando no hacia limosnas por mi cuenta, sino por la suya.

—¡Ah! yo no creí que ese singular secretario tuviera para hacer limosnas.

—Sí, señora, la buena voluntad hace milagros.

—En fin, no le alabo el gusto de ir á visitar pordioseros. Yo doy tambien limosnas, pero á las sociedades filantrópicas que existen en Madrid.

—Fernando dice que la filantropía y la caridad son cosas muy distintas.

—Ese jóven debe tener ideas muy extravagantes. ¡Ah! ya tenemos aquí á la marquesita, añadió la del Tronco, oyendo sonar la campana del portal, que sonaba siempre que llegaba una visita. He querido dar á V. una agradable sorpresa, y he invitado á mi amada marquesa.

—En efecto, me es muy satisfactorio ver aquí á mi amable prima.

Y entró la marquesa hecha lo que se llama un brazo de mar.

Habia echado el resto en el aderezo y compostura de su persona.

Traia un precioso vestido de raso de color de rosa adornado elegantemente con finísimos encajes, y escotado de tal manera, que Perico no pudo ménos de admirar los hombros magníficos de irreprochable estructura de su querida prima, y dos lunares graciosísimos que tenia la pícara, y otras perfecciones que son más para vistas y admiradas de cerca que para descritas.

Sus brazos desnudos habrian vuelto loco al más hábil escultor, y su hermosa garganta, rodeada de perlas, hubiera avergonzado á la misma Vénus, si esta señora mitológica hubiese tenido vergüenza.

—Hija mia, exclamó la del Tronco, pareces una reina.

Y no pudo ménos de afirmarse en su creencia de que Catalina Lopez era fruto de un amor augusto, si así puede decirse.

—V. siempre me ve con ojos de verdadero amor, replicó modestamente la interesante jamona.

—Pues aquí está tu primo que dirá...

—¿Qué ha de decir?... Mi primo, sobre ser muy galante con las damas, á mí me juzga con especial benevolencia.

—La señora vizcondesa tiene razon, dice Perico, estás encantadora, y no hay en Madrid quien te supere en hermosura y distincion.

—¿Ni mi sobrina Magdalena? pregunta con intencion Catalina.

—No hay comparacion entre las dos. Tu sobrina es bella, ¿quién lo duda? pero no tiene esa hermosu-

ra brillante, esplendorosa... Ella es la luna, y tú el sol.

—Vamos, vamos, niños, exclama la vizcondesa, como si los primos no tuvieran ya más de ochenta años entre los dos, no vayan Vds. á olvidarse de que estoy yo aquí.

En la puerta del salon aparece un lacayo vestido de amarillo, que dice:

—La señora está servida.

—A la mesa, pues, amigos mios.

Y la vizcondesa toma el brazo de Perico y se dirige majestuosamente al comedor.

—Advierto á Vds., dice, que hoy es viérnes.

—A mí no me importa, observa Perico; yo no tengo esas preocupaciones de que el viérnes es dia aciago, y el trece funesto...

—No, no digo eso; digo que en mi casa se come de viérnes todos los viérnes del año.

La vizcondesa bendice la mesa y reza una oracion que su sobrina repite con la mayor humildad y con aparente fervor. Perico murmura no sé qué entre dientes.

—Caballero, le dice la vizcondesa, bien se conoce que es V. un hombre del dia y que ha viajado por esos paises de herejes.

—Señora, replica Perico, la verdad es que yo no soy muy fuerte en oraciones... Se hace costumbre de no rezar, y se olvidan...

—Mi amiga Catalina tiene que emprender la conversion de V...

Y empiezan los criados á servir la comida.

El primer plato es un potaje de lentejas, que la vizcondesa recomienda á Perico y Catalina.

—Estas lentejas, dice, me las traen á mí expresamente, y no las come nadie en Madrid.

Catalina hace gran elogio de las lentejas, y Perico todo lo que puede hacer es comerlas en silencio.

—Si no fuera por quitarle á V. la gana de comer lo demas, le diria que repitiese.

—No, no señora, muchas gracias.

Y aparece sobre la mesa un plato de judías blancas cocidas.

—Ahora van Vds. á comer una cosa de gusto. De Zamora me las traen á mí para todo el año.

—¡Oh! es un plato delicioso, exclama Catalina.

—¡Caramba! piensa Perico, ¡qué gusto tan raro tiene esta gente!

—¿No me dice V. nada de las judías? pregunta la señora de la casa.

—Nada, no sé nada de ellas.

—Pero, ¿no le gustan á V.?... Tome V. más.

—Gracias, gracias.

—Están riquísimas, observa Catalina.

A Perico le parece que están duras y desabridas, pero no se atreve á decir su parecer.

Despues de las judías sirve el criado una fuente de espinacas con unas pasas intercaladas en el texto.

—Este es mi plato favorito, dice la vizcondesa. La espinaca es cosa muy sana.

—Yo prefiero espinacas á jamon, añade Catalina.

—Yo no, exclama Perico sin poder contenerse.

—Comer, añade la del Tronco, es, si bien se considera, una cosa grosera... aunque sea fatalmente necesaria para vivir. Las personas verdaderamente superiores dan, amigo mio, muy poca importancia á la comida, y comen con preferencia verduras y legumbres como en los tiempos primitivos, cuando no dominaban en el mundo la sensualidad y los groseros apetitos.

—Sí, señora, sí; todo eso está muy bíen, y es muy elevado y místico; pero crea V. que el jamon es una cosa muy buena, y las chuletas bien empanadas están diciendo ¡comedme! y un plato de riñones bien salteados...

—¡Jesus, Jesus! ¡qué ideas!... Aparte de muchas elevadas consideraciones, crea V. que nada hay tan sano como lo que se le presenta á V. en mi mesa.

—No lo dudo; pero será que yo esté mal acostumbrado.

—En fin, ahora podrá V. comer á su gusto.

Y en efecto, presentan en la mesa una fuente de patatas cocidas con perejil, un poquito de cebolleta y dos pedacitos de huevo.

—Vamos, añade la vizcondesa; no dirá V. que este plato no es propio de un gastrónomo.

Perico no quiere continuar discutiendo con la vizcondesa, y se sirve dos trozos de patata, y los aliña con aceite y vinagre para que parezcan otra cosa. Pero está deseando que se acabe el banquete, y se promete comerse en Fornos á las seis un cubierto.

El banquete acaba con unas pasas, unos bollos hechos con aceite, y una ensalada de berros.

La vizcondesa se levanta muy satisfecha, como si hubiera comido un pavo, y lo mismo aparenta Catalina, que es en todo el reflejo de su amiga y protectora.

Vuelven á rezar las dos señoras, y Perico murmura como ántes, y siente que el banquete le ha abierto grandemente las ganas de comer.

Pero todavía se le sirve una taza de té, muy clarito, porque si está cargado es muy ardiente, en concepto de la vizcondesa.

—Ahora vamos á hablar aquí, dice la vizcondesa, como buenos amigos.

—Ya pareció el peine, piensa Perico.

—He querido reunir á Vds. porque he supuesto que les seria agradable hallarse juntos, y porque yo me he propuesto hacer la felicidad de entrambos.

La marquesa, la muy pícara, baja los ojos con mucha coquetería, y murmura:

—¡Por Dios, señora!...

—Tu primo está enamorado de tí, continúa valientemente la vizcondesa; él mismo me lo ha dicho, ¿no es verdad, amigo mio?

—Es verdad; ¿cómo he de desmentir yo á una dama á quien tanto respeto?

—Ya lo oyes, sobrina; ya no puedes dudar, ya no puedes aducir razon alguna para negarte á hacer la ventura de tu primo. Sepa V. que esta niña me habia prohibido absolutamente dar á V. la más leve espe-

ranza... pero como yo sé lo que pasa en su corazon, como sé lo que pasa en el de V., como sé, por último, que no serán Vds. felices si no se unen en santo matrimonio, he querido que aquí, esta tarde, quede concertado este matrimonio.

—¡Por Dios, señora! vuelve á decir turbada la viuda ladina, que sabe más que Brijan.

—Vamos, diré á Perico que tienes escrúpulos porque no quieres que se te atribuyan miras interesadas.

—¡Oh! ¿quién habia de suponer eso?... exclama Perico.

—La calumnia á nadie perdona, primo mio, añade Catalina, disparando contra Perico la terrible batería de sus ojos.

—¡Vaya, vaya! Nadie dirá, observa la vizcondesa, otra cosa sino que el Sr. D. Pedro ha tenido muy buen gusto casándose con la más hermosa dama de la córte, y que la marquesa del Rosal es la más digna de unirse á un hombre como D. Pedro... Casada con un rey ó con un príncipe heredero deberias estar, si la fatalidad no lo hubiese dispuesto de otro modo.

—Me avergüenza V., señora, con su bondad.

—Conque, Sr. D. Pedro, es preciso que se disponga esta boda.

—Bien; si mi prima consiente.

—¡Yo!... pero así tan de repente... Es preciso pensar, meditar... Es un paso muy grave... y aunque uno y otro sintamos verdadero amor...

Y dispara otra descarga eléctrica en una mirada á Perico.

—No podemos, continúa, hacer las cosas con el apresuramiento y la irreflexion de los muchachos.

—¡Vaya! Todo eso es hablar por hablar, Catalina. Tu primo está enamorado de tí, y tú encuentras agradable ese amor y le correspondes. Eso es lo principal. Procede, pues, que se verifique vuestro enlace, y que se anuncie oficialmente.

—¿En la *Gaceta*?... pregunta Perico.

—Oiga V., así debia anunciarse, si Catalina ocupase el rango que por su nacimiento le corresponde.

La buena señora no pierde la absurda idea que se ha formado á su gusto acerca del verdadero orígen de Catalina.

Catalina, al fin, consiente, cediendo á las instancias de su protectora la vizcondesa, y queda concertado el enlace de los primos.

—Es inútil, dice la vizcondesa, que hablemos de otros intereses que el del corazon; en cuanto á intereses, Vds. nada tienen que decirse, ¿no es verdad?...

—Sí, no será malo que la marquesa sepa...

—Nada, no necesita saber nada, ni le importa que V. tenga más ó ménos fortuna.

—¡Ah! Bien.

—Los caractéres nobles y elevados como el suyo no se preocupan de esas miserias.

—Dice V. muy bien, señora, observa Catalina.

Ella le quiere á V. por V., no por su dinero, dice la noble vieja al bueno de Perico.

—No supongo yo otra cosa, replica éste.

Dos dias despues anunciaba un revistero de salo-

nes en un artículo de su especialidad, que entre las bodas en proyecto se contaba la del opulento D. Pedro del Valle con una hermosísima y distinguida viuda, prima suya, y con este motivo hacia de los dos un hiperbólico elogio.

Y la marquesa exclamaba, llena de gozo.

—¡Triunfé! ¡Perico es mio!...

Y gozaba ya de su triunfo, comprendiendo cuánto la envidiarian las cuatro ó seis docenas de solteras ó viudas que se hubieran casado de buena gana con el afortunado millonario.

XXVII

Cómo Magdalena vió en lo que suele venir á parar la vanidad.

Magdalena, acompañada de Juan, el portero de la casa de la marquesa, sale hace dias muy temprano todas las mañanas.

Va Magdalena humildemente vestida, con el velo echado, como si no quisiera hacer alarde de su hermosura, va á cumplir el encargo que le dió Fernando al partir, á visitar á las pobres familias que su pro-

metido tenia costumbre de socorrer y cuyas señas le ha dejado.

Magdalena halla gran encanto en esta ocupacion.

—Era éste, se dice, un placer que yo desconocia, el más puro y legítimo de los placeres.

Sigámosla.

—Vamos hoy, dice á Juan, á la calle del Meson de Paredes. V. sabrá á esa calle.

—Señorita, á ciegas podria ir; en esa calle conocí yo á mi mujer; nunca la hubiera conocido.

—Pero, ¿qué le ha hecho á V. su mujer, que siempre se está V. lamentando?...

—Señorita, yo la quisiera ver á V. casada con una mujer como la mia.,.

—¡Qué disparate!

—¡Digo! casada con un hombre como mi mujer...

—¡Jesus!... pues lo va V. enmendando.

—Mire V., señorita, cómo la mira á V. aquel caballero del gaban blanco... Y eso que lleva V. la cara tapada, que si la llevase V. descubierta, no habia un hombre que no se viniera detras de nosotros.

—Bueno, bueno; no mire V., hombre.

—¿Quiere V. que le diga algo?...

—¡Hombre! No.

—Pues detras se viene.

—Bueno, déjele V.

—Si le incomoda á V., mire V. que me vuelvo y le pego.

—Por María Santísima, cállese V., y no mire ni pegue á nadie.

—Esta es la calle del Meson de Paredes.

—Vamos al número 120.

—Pues ese caballero se conoce que tambien va allí.

—Si vuelve V. la cabeza otra vez, no me acompañará V. otro dia.

—Perdone V., señorita, ya no la volveré, aunque venga detras de mí un toro de cuatro años.

—Esta es la casa: subamos.

Magdalena, seguida de Juan, sube á la mezquina habitacion, donde está aquella enferma á quien Fernando visitó, como dije en el capítulo XVI de este libro.

La enferma no está mucho mejor; tiene una enfermedad que no se cura, y la pobre mujer morirá irremisiblemente.

Magdalena entra y se descubre el rostro.

—¡Ah! exclama la enferma, sorprendida al ver tan peregrina hermosura.

—¿Cómo se siente V., señora?...

—Mal, muy mal. La vida me abandona, pero estoy tranquila, resignada.

—Vengo á dar á V. una cantidad...

—Señora, ¿es V. acaso Magdalena?

—¿Cómo sabe V.?...

—Usted me socorre hace mucho tiempo. Dios le pague á V. tantos beneficios.

—¿Yo?...

—Sí, señora; el caballero que ha venido varias veces á socorrerme ha dicho siempre que venia en

nombre de Magdalena, y yo no hago otra cosa que pedir á Dios que conceda á Magdalena todas las venturas sobre la tierra.

—¿Le ha dicho á V. mi nombre?... ¡Oh! ¡Fernando mio!...

—¿Es hermano de V., señora?...

—No, es mi prometido.

—¡Ah! dichosa V., señora, què va á tener tan digno esposo. Esa felicidad no es comparable con ninguna.

—¿Usted es viuda?...

—No, señora, no; soy casada, pero mi marido me ha abandonado. Yo tambien era bella, decian que lo era, aunque nunca lo he sido tanto como V., y me casé por codicia, porque era muy rico, con un hombre que luego me abandonó... El sigue siendo rico, derrocha su gran caudal con otras mujeres, y yo me muero aquí, abandonada de todos, ménos de Magdalena. Permítame V. que bese esa mano bienhechora,

—No, yo no soy digna de ese agradecimiento, que sólo debe V. á Fernando, á mi prometido.

—Vea V., señora, cómo Dios ha castigado mi vanidad. No me bastaba mi belleza; creia que siendo pobre estaba humillada, y no ocupaba el lugar que me correspondia por mi hermosura, y vea V. en qué han venido á parar mi hermosura y mi vanidad.

—¡Cuánto compadezco á V., señora!...

—Yo queria excitar la envidia de todas, y he venido á excitar únicamente la compasion de las buenas almas, como V. y su prometido.

Magdalena sale de aquella casa muy conmovida,

y Juan, que ha presenciado la escena, sale llorando.

—Esto habia de ver mi mujer, dice el portero, gimoteando.

Desde la calle del Meson de Paredes se dirige Magdalena á la de Fúcar.

Es en un cuarto bajo interior, donde vive un matrimonio con cuatro hijos; el esposo ocupó varios empleos con notoria honradez; pero como esta sola cualidad no es ciertamente gran recomendacion en tiempos en que sólo es mérito haber sido conspirador y bullanguero, está cesánte, y en la miseria. Su mujer está enferma; sus hijos desnudos; él no encuentra medios de trabajar. Un dia, desesperado ya, pidió trabajo en una obra; le dieron una espuerta para acarrear piedras, y el infeliz, al tercer viaje, cayó con un accidente; desde la obra le llevaron al hospital, y... en fin, el pobre hombre ha vuelto á su casa á morir con su familia. Fernando supo su infortunio, y desde entónces ha mejorado la situacion de la triste familia; á lo ménos ninguno se morirá de hambre.

Pero fué herido Fernando, y han pasado algun tiempo sin saber nada de su protector... Ya se les habian concluido los recursos, cuando Magdalena llega á entregar al atribulado padre mil reales.

—¿Usted es Magdalena? dijo la madre de familia.

—¿Tambien V. sabe mi nombre?...

—Sí, señora; el caballero que nos trajo algun socorro varias veces nos dijo que era enviado por una persona, de la que sólo podia decir el nombre, y este nombre es Magdalena.

—Dios hará á V. dichosa, señora, añade el cesante.

—Nosotros, dice una hermosa niña de cabellos de oro, señalando á sus tres hermanitos que duermen abrazados sobre un jergon, todas las noches rezamos por Magdalena.

Esta no puede contener las lágrimas, y el portero Juan solloza murmurando:

—¡Qué lástima que no vea esto mi mujer!...

El desventurado cesante suplica á Magdalena que le recomiende á alguna persona que necesite un escribiente ó administrador, porque le avergüenza vivir de la limosna.

—Yo no tengo pretensiones, añade, con ganar para traer pan á mi mujer y á mis hijos, tengo bastante. No tengo vanidad tampoco, aunque en otro tiempo la tuve. Dos meses fuí gobernador de una provincia, y V. no puede figurarse qué orgulloso estaba yo con mi posicion. ¡Ya creí que estaba asegurada mi suerte!... ¡Miserable vanidad!

Magdalena visita luego á una pobre madre que tiene una hija loca, pero su locura es inofensiva.

Se cree una grau señora, y todo el dia está poniéndose rizos de papel, y de una colcha vieja hace un manto, y se lo pone diciendo que va al besamanos, y habla sin cesar de sus coches, de sus palcos en los teatros, de su primo el duque, de su tio el príncipe... y luego cae en la más profunda melancolía, y se pasa horas enteras llorando porque la marquesa llevaba un vestido mejor que el suyo, porque la duquesa ha estrenado un aderezo, porque la baronesa

se há estucado el rostro y está muy bonita. Y no duerme por las noches; sentada en la cama las pasa, figurando una conversacion con todos los personajes más elevados, y se imagina que le dicen muchas frases galantes, y canta, y rie... y mata así á la triste madre, que sufre una agonía incomparable viendo y oyendo á su pobre hija, cuya locura tuvo orígen en la maldad de un infame seductor, un hombre de gran posicion, que le hizo creer que se iba á casar con ella, y la abandonó luego deshonrada, perdida.

Tambien aquella madre conoce ya el nombre de Magdalena. La loca se ha levantado á estrechar la mano de Magdalena, y le suplica que pase al salon, ¡en una guardilla! y le pregunta por el duque, y si ha ido á palacio á ver á los reyes, y si estos han preguntado por ella...

Magdalena no habia visto nunca un sér privado de razon, y causa en ella gran impresion el triste espectáculo que ofrece la infeliz demente.

El portero, á quien la loca ha llamado conde de no sé qué, murmura, al mismo tiempo que vuelven á asomar las lágrimas á sus ojos:

—Así, así habia de verse mi mujer para que viera lo que es bueno.

Es tarde, y ya no podrá hacer más que otra visita Magdalena, dejando las demas para otro dia.

Dirígese á la calle del Acuerdo á una pobrísima habitacion, donde vive una señora muy desgraciada. Hija de una honrada y bien acomodada familia, entregó su mano á un hombre jóven é inteligente, pero

dominado por la más exagerada vanidad. Han pasado seis años desde su matrimonio, y los cinco primeros han vivido los esposos en la mayor holgura, han viajado por el extranjero, han tenido carruaje, han hecho en fin gran papel en todas partes; pero toda la grandeza se disipó como el humo hace un año, cuando el esposo, director de una sociedad de crédito, fué llevado al Saladero, donde sigue, convicto de innumerables estafas, y de haber sumido en la miseria á gran número de familias. Ya está sentenciado á presidio por largo tiempo. En la ruina del esposo se ha perdido tambien la fortuna de la esposa, condenada para siempre á la vergüenza y á la miseria.

—Así habia de verse mi mujer, murmura bárbaramente el portero, oyendo la triste historia de la mujer del preso.

Magdalena vuelve á su casa fuertemente impresionada, y se encierra en su cuarto, y escribe á Fernando la carta que verá la lectora en el siguiente capítulo.

La marquesa del Rosal no se preocupa ya de su sobrina para nada. Tiene bastante con la agradable preocupacion de su próximo enlace con Perico, que ya cuenta como cosa completamente segura.

¡Qué rabia le van á tener todas!... Esta es la idea que halaga á la marquesa del Rosal, que no hubiera perdido nada con no conocer en su vida á su primo Perico.

XXVIII

Cartas necesarias para el desenlace de la presente historia.

—

MAGDALENA Á FERNANDO.

«Amado Fernando: Me dices en tu última carta, tan grata para mí, que me exiges te explique por qué uno de los dias en que estabas postrado en el lecho, ya convaleciendo de tu herida, te dije que no era digna de tí.

»Mi deber y mi deseo son tambien satisfacerte en este punto, y voy á darte la explicacion de aquellas palabras salidas de mi corazon, ó, mejor dicho, de mi conciencia.

»Fernando, te dije que no merecia tu amor, y así es la verdad, no lo merezco.

»Tú sospechaste de mí y sospechaste con razon sobrada.

»Yo te amaba mucho, creia amarte mucho cuando vivíamos en casa de mis pobres padres, y tu aleja-

miento de aquella casa fué para mí una dolorosa prueba, á la que siguieron otras más duras, más crueles; perdí á mi madre y luego á mi padre.

»Quedé pobre, pobre yo que habia sido tan rica, en la apariencia á lo ménos, que no habia sabido nunca lo que era una contrariedad, que siempre habia visto satisfechos todos mis caprichos, que era, en fin, la más afortunada de Madrid. Entónces se despertó en mí poderosa la pasion de la vanidad, y todo mi afan fué salir de aquella situacion que juzgaba humillante para mí.

»¿Vas comprendiendo ya, amado Fernando, con cuánta razon te dije que no era digna de tí?...

»No lo era, ni lo soy, Fernando.

»En tí cifré mi esperanza de volver á eclipsar á todas con mi lujo; y anhelante esperé tu regreso, deseando que volvieras rico.

»Por Dios te suplico que domines la indignacion que se levantará en tu noble corazon leyendo estos renglones, y que no arrojes esta carta, despreciando á quien la ha escrito.

»Considera que cuando confieso mi error, es porque estoy arrepentida.

»Continúo mi confesion.

»Mi deseo, y un conjunto de circunstancias que me parecian casuales, me hicieron creer firmemente que volvias rico, y que ibas á sorprenderme ofreciendo á mis piés una riqueza enorme adquirida para mí.

»Mira, Fernando, ¡qué ruines pensamientos engendra la vanidad!

»Mi mano tiembla, mi rostro se enrojece de vergüenza escribiendo estas líneas, pero es preciso; yo seria mucho más despreciable si no te dijera la verdad, toda la verdad.

»Volviste tan amante como siempre, tan bueno como siempre, pero pobre, segun me dijiste; y yo, miserable, experimenté el más doloroso y cruel de los desengaños; y la maldita vanidad, mil veces maldita, cegó mi entendimiento, y ahogó en mi corazon todo sentimiento noble.

»Bien conociste que mi amor no era el que yo te habia ofrecido y tú merecias; ahora comprendo cuánto te he hecho sufrir con mi frialdad, con mi indiferencia á veces, con mi ruin vanidad, en fin.

»Contigo vino el primo de la marquesa, inmensamente rico, ostentando un lujo deslumbrador, una riqueza excepcional, una prodigalidad extraordinaria, y mi tia codició desde el primer momento toda esa riqueza, y á mí me pareció que se complacia en mi desengaño y en ver humillada mi vanidad, y que estaba decidida á satisfacer á todo trance la suya.

»Yo enloquecí.

»La envidia se apoderó de mí, Fernando amado.

«Tuve terribles horas de amargura y desesperacion, y ardió en mi alma el odio, y me sentí capaz de todo por satisfacer mi vanidad.

»En estos momentos en que las malas pasiones se agitaban en mí con fiera violencia, me escribió una carta de amor el primo de la marquesa; no contesté á su carta, no ha oido de mis labios la respuesta que

me pedia; Dios, sin duda, no permitió que yo hiciera esta última traicion á tu amor; pero haber leido con cierta satisfaccion, con miserable orgullo, aquella carta, haberme complacido en ser preferida á mi tia... todo esto es bastante para que yo sea á tus ojos la más despreciable, la más ruin de las mujeres.

»¿No es verdad, Fernando?

»Pero, por Dios, calma, te digo otra vez, tu indignacion, y sigue leyendo hasta el fin.

»Mi tia conoció que estaba en peligro su vanidad, que acaso ya no podria adquirir, casándose con su primo, las riquezas que codiciaba, é imaginó dirigirme el infernal anónimo que te incluyo, y cuyo original, de letra de la marquesa, he encontrado providencialmente.

»Perdon, Fernando, perdon; creí lo que decia ese anónimo; eso mismo me lo habia figurado yo muchas veces, y ahora ya tengo evidencia de que la marquesa, creyendo inventar una mentira, una supercheria, ha dicho en ese anónimo la verdad.

»Tú quisiste probar mi amor, y tan bueno, tan noble, tan grande, tan generoso eres, que, aunque hartas pruebas has tenido de mi torpe conducta, cuando me has visto más cariñosa, más expansiva, más apasionada, todo lo has olvidado y has creido noblemente en la sinceridad de mi amor.

»¿No es verdad?... Habrás dudado al principio, viendo un cambio tan repentino en mi conducta; pero el amor puro y verdadero que alentaba en tu corazon,—no me atrevo á decir que alienta todavía,—era

tan grande, y tan generoso, y tan confiado, que no podia concebir en mí tal perfidia, tal doblez.

»Fernando, perdon.

»La maldita vanidad me tenia ciega.

»Y tú mismo me has curado de esa miserable pasion.

»Durante los dias que estuviste entre la vida y la muerte, he visto acudir á tu casa á tantos infelices á quienes favorecias, y que iban allí apenados, ganosos de verte, bendiciendo tu nombre; y luego, cumpliendo el encargo que me diste de visitar á los pobres, he visto tales miserias, tales consecuencias de la vanidad, que ya, Fernando amado, he arrancado de mi alma esa fatal pasion, y para probarte cuán sincero es mi arrepentimiento, he querido hacerte esta confesion. ¿No es esta una prueba de que ya no tengo vanidad?...

»Yo no te amaba ántes; ahora es cuando te amo, cuando te adoro; ahora es cuando rebosa en mi alma el más apasionado y ardiente amor, ahora que tú debes despreciarme, debes juzgarme indigna de ser tu esposa.

»Esta es mi confesion.

»Júzgame y senténciame.

»Si me perdonas, seré tu esposa, á condicion de vivir modestamente, sin lujo, sin ostentacion; tus riquezas sean para los pobres; tú las estimas sólo porque con ellas puedes derramar el bien á manos llenas; ese es tambien mi deseo, hacer el bien que pueda. Ahora he conocido que ese es el placer más grato,

que esa debe ser la verdadera, la única vanidad de los ricos.

»Si crees que no debes perdonarme, como lo creo yo misma, que conozco toda la enormidad de mis errores, entónces no contestes á esta carta, y en el santo hospital hallaré, siendo hermana de la Caridad, medios de hacer el bien, y el perdon de Dios, á quien tanto he ofendido tambien.

»Diez dias esperaré tu respuesta.—Tu *Magdalena.*»

FERNANDO A MAGDALENA.

«Nuestro Señor Jesucristo perdonó desde la cruz á los que le odiaban y se complacian en su muerte. ¿Cómo yo no he de perdonar á la que me ama?... Te perdono y te amo.—Tu *Fernando.*»

PERICO A FERNANDO.

«Señor D. Fernando:

»Mi venerado bienhechor: La marquesa, mi prima, se empeña en casarse conmigo, por supuesto porque me cree millonario, y ya habrá V. leido en algun periódico noticias de este proyecto, que la marquesa y su amiga la vizcondesa del Tronco tienen, por lo visto, mucho interés en que se sepa. A mí me gusta mucho la marquesa, y me casaria con ella de buena gana, pero hágame V. el favor de decirme qué sucederá cuando sepa que no hay tales millones, y que si los hay no son mios...

»Dígame V. qué hago. Yo no hablo miéntras usted no me levante la prohibicion de hablar.

»Cuídese V. mucho, y tenga siempre por su más leal servidor á *Pedro del Valle.*»

FERNANDO A PERICO.

«Amigo mio: La marquesa merecia un chasco, pero vale más decirle la verdad. Aguarde V. mi regreso, que será ya pronto, y entre tanto déjese V. querer, y siga V. siendo rico.

»Mi salud es muy buena; estoy completamente restablecido.

»Hágame V. el favor de enterarse del estado de la causa contra mi agresor; quiero mostrarme parte en ella para perdonarle, para procurar disminuir su pena todo lo posible.

»Entre tanto, véale V. en la cárcel, y dígale que se hará por él lo que se pueda, y socorra V. á la familia de ese desgraciado, que la tenia abandonada.

»Hasta pronto.

»Le estima á V. su amigo,—*Fernando.*

»En un papel separado envio á V. otras instrucciones.

»Como verá V. en ellas, en la casa va á haber cambio completo de decoracion.»

XXIX

Catalina hecha una fiera.

La marquesa está llena de asombro y alarma.

El palacio de la calle de Segovia va quedando completamente desalquilado; ya han sido extraidos todos los muebles, y los coches han salido todos de sus cocheras, con sus correspondientes yeguas y caballos, y no han vuelto.

No puede preguntar á Perico, porque éste ha salido hace dos dias para Cádiz, pretextando un asunto urgente en aquella ciudad y el deseo de ver á su secretario, de quien volverá acompañado dentro de una semana.

—¿Qué es esto? se pregunta; ¿seré víctima de una burla?... ¿Se habrá ido Perico para no volver?... ¡Dios mio! todo Madrid sabe ya mi fortuna; todo el mundo sabe que me caso con ese hombre; hasta los periódicos lo han dicho... ¡Oh! ¡seria cosa de volverme loca!...

Yo estoy arruinada; lo poco que tenia lo he gastado todo, todo en lucir, en aparentar riqueza para que Perico no creyera que estaba enteramente desprovista de fortuna... ¡Jesus! ¡me voy á morir de impaciencia!

Llama al portero, le pregunta, y, como de costumbre, el portero no sabe nada; pero ella le manda averiguar á toda costa lo que pasa en aquella casa, y le amenaza con despedirle si no le cuenta el mismo dia á dónde han ido los muebles, á dónde los caballos y los coches.

El pobre Juan, más muerto que vivo, sale y se dirige á la casa de Perico.

—En ninguna parte, dice, me darán razon más pronto.

Pregunta al portero de Perico, que ya no es el que habia ántes, y recibe esta contestacion:

—Aquí no pasa nada, y si pasa algo, á V. no le importa.

Vuelve con esta razon el portero á casa de su señora, y figúrese la piadosa lectora cómo recibirá la marquesa semejante salida de pié de banco.

—Usted no sirve para nada, Juan, dice á su portero.

—Ya lo sé, señora marquesa.

—Me alegro de que lo sepa V.

—Como mi mujer me dice lo mismo todos los dias...

—Pero es V. un insolente...

—¡Ah! ¡señora! ¿yo insolvente?...

—Insolente he dicho.

—Señora, V. E. me puede decir lo que quiera... pero eso de insolente...

—Quítese V. de mi vista.

Y el portero inmóvil.

—Vamos, le he dicho á V. que se quite de mi vista.

—Señora... y ¿cómo me he de quitar yo á mí mismo?...

—Que se vaya V...

—Eso es otra cosa.

—Y busque V. otra portería...

—Señora, exclama el portero con atribulado acento: señora, si me echa V. E. de su casa... me muero...

—Vaya, déjeme V. en paz...

—Pero señora, no me despedirá V. E... por Dios... aquí he nacido; ¡ojalá no hubiera nacido! aquí me he casado; ¡ojalá no lo hubiera hecho jamás!... y aquí he de morirme... y ántes ciegue V. E. que tal vea... ¡Ay! ¡señora! ¡qué disparate!... perdóneme V. E. que no sé lo que me digo... Yo no me voy...

—¿Que no se va V.?... Ahora mismo. En este momento recoge V. sus trastos y se marcha de mi casa.

—Señora, por María Santísima...

—No oigo nada.

—¿A dónde iré yo?...

—¡Fuera de mi casa!...

El infeliz anciano baja á su portería aturdido, sin poder hablar, llorando con incomparable desconsuelo, y con mil trabajos dice á su mujer lo que le pasa.

Sube Basilisa á ver á la marquesa, y en lugar de

calmarla, de suplicarla humildemente, de hacer, en fin, la causa del afligido esposo, se conduce de tal modo y habla á su señora tal lenguaje, que esta le contesta con la mayor acritud, y la señora Basilisa pone de vuelta y media á la marquesa, y le recuerda su orígen, y falta poco para que la marquesa arroje un florero á la cabeza de la portera, y esta agarre del pelo á la marquesa.

Magdalena oye las voces é interviene; pero su tia, cada vez más excitada, se revuelve contra ella y le dice duras frases, y tan olvidada está en aquel momento de su propio decoro, que le echa en cara haberla tenido en su casa desde la muerte de D. Melchor.

La huérfana, ante esta incalificable grosería, baja la cabeza y sale del salon de su tia, diciendo á esta:

—Señora, podia en este momento hablar á V. de una accion que ha cometido conmigo tan mala que empequeñece y borra todos los favores que de V. he podido recibir, pero soy generosa y callo.

Y llamando á su doncella, dispuso Magdalena salir inmediatamente de aquella casa, donde tan atroz insulto se le habia hecho.

Una hora despues, Magdalena salia con su doncella de casa de la marquesa, y detras salian los infelices porteros, Basilisa vociferando y escandalizando; Juan pálido, afligido, loco de dolor.

—¿Y á dónde vamos, señorita? pregunta la doncella.

—No sé en este momento.

—¿Quiere V. venir, miéntras encontramos casa, á

la de mis padres?... Es una casa pobre, pero honrada... Allí podrá V. estar tres, cuatro, seis dias, los que quiera, hasta que venga el señorito Fernando. Si no, tendremos que ir á una fonda...

—No, no, prefiero la casa de tus padres.

—Es aquí cerca, en la calle del Nuncio.

—Vamos.

Magdalena encuentra en casa de los padres de su fiel doncella, que es verdaderamente una doncella como hay pocas, una afectuosísima acogida. El padre es un anciano soldado, que ahora tiene un empleo de corto sueldo en el ayuntamiento; la madre es una vieja muy lista, muy limpia, y habla mucho, pero sin malicia, y cuida á su marido como á un niño, con la mayor solicitud y el más entrañable amor.

Ambos están locos de alegría con recibir en su casa á la señorita, á la que ha dado el pan tantos años á su hija, y Magdalena, en medio de su disgusto, no puede ménos de sonreirse, contemplando los esfuerzos que hace la buena voluntad de los ancianos para alojarla cómodamente, y oyendo las disculpas que le da la madre de su doncella por no tener allí alfombras, espejos, butacas, y todo lo necesario para hospedar á una señorita que está acostumbrada á todas las comodidades.

¿Y los desdichados porteros?... En una portería de la calle de Segovia han sido recogidos por una portera piadosa.

Juan calla como un poste, y no ha salido de su estupor.

Pero su mujer habla por los codos, cuenta de pe á pa la historia de la marquesa, con las exageraciones é invenciones propias de una tan empecatada habladora como es la señora Basilisa, y no queda en toda la calle de Segovia portero, criada, niñera, ama de cria y asistente que no sepa que la marquesa del Rosal se ha vuelto loca, y otra infinidad de cosas que para nada necesitaban saber.

Entre tanto la marquesa continúa devorada por la impaciencia, y maldice á Perico, y va al balcon á mirar á la casa de enfrente, y da patadas á las sillas, y rompe algunos objetos, y está hecha una verdadera furia.

Sus dudas y su alarma crecen cuando vé llegar delante de la puerta del palacio un carro cargado de sillas de Vitoria, otro con veinticuatro camas de hierro, otro con otras tantas mesas de noche, y otro con otros muebles nuevos y limpios, pero de pobre apariencia, propios de una casa de humildes moradores.

Y aumenta su asombro cuando ve, estando abiertos los balcones de los hermosos salones de Perico, que en aquellos salones están colocando las camas de hierro y las mesas de noche, y que á las magníficas colgaduras de raso y terciopelo reemplazan otras de percal.

—¡Jesus!... exclama, yo voy á perder el juicio. Es preciso que yo misma me informe...

Y sin encomendarse á Dios, ni al diablo, coge la mantilla, y baja, y atraviesa la calle, y entra en la casa de Perico.

Sube, y á uno de los que dirigen la colocacion de todos aquellos muebles, le pregunta, procurando ser amable:

—¿Me hace V. el favor de decirme quién viene á vivir á esta casa?

—Señora, creo que esta casa es para los pobres.

—¿Para los pobres?...

—Sí, señora.

—Pues, ¿y su dueño?...

—Yo no conozco á su dueño; únicamente se me ha dicho que esta casa es de una señora...

—¿De una señora?...

—O mejor dicho, de la señorita Magdalena... á quien no conozco tampoco.

La marquesa, que iba á salir de sus dudas, queda aterrada al oir el nombre de su sobrina.

XXX

Finaliza la historia de Perico y se acaba la novela.

Fernando y Perico vuelven á Madrid, y se dirigen desde la estacion á la casa del barrio de Salamanca, comprada por el primero, como se vió en uno de los capítulos de este libro, y que es la misma que perteneció á D. Melchor. A esta casa han sido trasladados los muebles de la de Perico, y las habitaciones que ocupó en ella Magdalena en los risueños dias de su juventud, están lo mismo que estaban en aquella época, gracias al indeleble recuerdo que Fernando conserva de dias tan felices tambien para él.

Fernando sabe ya que Magdalena ha salido de casa de su tia, y se dirige á la de la calle del Nuncio, donde se halla su prometida, que le recibe llena de confusion y de vergüenza, á la vez que de profunda gratitud y verdadero amor.

—¡Cuánto me complace, dice Fernando, hallarte

en esta casa de la pobreza y la honradez!... Mañana el sacerdote nos unirá para siempre, y volverás á tu casa del barrio de Salamanca, la misma donde nos conocimos, donde murieron tus pobres padres...

—¡Fernando!...

—La he comprado para tí, ó, mejor dicho, en tu nombre; es decir, que la has comprado tú. Me decias en tu carta que, si no se efectuaba nuestro enlace, querias ser hermana de la Caridad: nuestro enlace se verificará, y tendrás tambien ocasion de ejercer la caridad, porque la casa de la calle de Segovia se la cedo á los pobres, á veinticuatro ancianos, que elegiremos entre los muchos que conocemos. La direccion de esa casa queda á tu cuidado. Esta es la penitencia que te impongo por haber tenido alguna vez la flaqueza de la vanidad...

—¡Oh! Fernando mio, dulce y hermosa penitencia la que tu amor me impone.

—Magdalena, soy muy rico; la suerte me favoreció excepcionalmente en los Estados-Unidos, y quise en efecto probar tu amor. Acaso hice mal...

—¡Oh! Has hecho bien...

—Ahora, Magdalena, viviremos cómoda y holgadamente, porque nuestra fortuna nos lo permite; pero sin fausto, sin alarde, sin vanidad, en una palabra. Gran parte de esa fortuna será para los pobres, para los pobres honrados y dignos de toda consideracion, y ya verás qué ocupados nos tiene todo el año esa obligacion, y qué legítima y santa vanidad sentimos haciendo el bien sin contárselo á nadie, y sin que lo

sepan más que ellos cuando queramos que lo sepan. Nuestra casa abierta estará siempre para los pobres y para los amigos, pero cerrada para aduladores y parásitos, para envidiosos y murmuradores.

Con nuestro amor, continúa Fernando; con nuestros pobres; con nuestros hijos, si Dios nos los envia; con el cuidado de su educacion; con muchos y buenos libros, y con pocos amigos, que nunca pueden ser muchos los verdaderos, viviremos completamente felices, Magdalena mia, y nadie nos envidiará acaso nuestra modestia, pero tampoco nosotros envidiaremos á nadie.

Y continúan hablando los dichosos novios de sus proyectos de felicidad. Fernando sabe ser feliz, porque ninguno como él sabe imaginar modos tan diversos, delicados é ingeniosos de hacer el bien, de favorecer al pobre, de consolar al triste, y de auxiliar al desvalido. Lleno su corazon de ardiente caridad, de profundo amor al prójimo, ha hecho un estudio, si así puede decirse, del ejercicio de la caridad, y ya se le podria llamar *maestro de buenas acciones*.

Magdalena, oyéndole hablar, siente amor profundo, y respeto, y admiracion por el que va á ser su marido, y no puede ménos de bendecir la misericordia de Dios, que tan generoso ha sido con ella, y bendice tambien la hora de su arrepentimiento... porque si la maldita vanidad hubiera seguido cegando su entendimiento y secando su corazon, ¿qué habria sido de ella?...

....

Perico ha corrido á casa de su enamorada prima, enamorada de su dinero, y ya le ha dicho que viene dispuesto á casarse con ella.

—Perico, seamos francos, dice la marquesa, que todavía está furiosa, aunque lo disimula; tu conducta es muy equívoca, y necesito que me expliques...

—Todo lo que quieras, prima; á eso vengo.

—¿Qué significa el cambio verificado en tu casa?...

—¡Oh! nada; esa casa se ha cedido para asilo de un número de pobres, á quienes desea favorecer Fernando.

—¡Fernando!...

—¡Sí! hasta ahora he callado la verdad, porque no podia hablar, habia jurado no hablar... Esa casa es de Fernando.

—¡Ah!

—Sí; y no es eso sólo lo que tengo que decirte, prima mia.

—Habla... si puedes ya hablar.

—Sí; Fernando me lo permite.

—Ya te oigo, dice la marquesa aparentando calma, pero con vivos deseos de sacar los ojos á su primo.

Perico refiere á la marquesa toda la parte de su historia que la lectora ha visto en otro capítulo de este libro, y despues continúa:

—En Lóndres, prima mia, tuve el tino de reunirme con la gente más abyecta y miserable, y me hice un canalla. El juego, el vino me embrutecieron, y caí en todos los vicios; fuí un perdido.

Perseguida la cuadrilla de que yo formaba parte

por aquella implacable policía, tuvimos que huir, y pasamos á los Estados-Unidos. Omito referirte mis hazañas en Nueva-York, y voy al trance más terrible.

Una noche, los tres compañeros con quienes yo vivia, uno frances y dos ingleses, me llevaron á una calle apartada, y allí me dijeron que se trataba de dar un golpe que habia de ser nuestra fortuna. Un español riquísimo debia pasar por allí indefectiblemente; habia que apoderarse de él para pedirle luego un rescate considerable, y siendo yo español debia acercarme y hablarle en castellano para detenerle; mis compañeros se echarian sobre él, y todo seria cosa de un momento...

Yo, vergüenza me causa decirlo, hice lo que me dijeron; pero el español era enérgico, tenia grandes fuerzas, y no pudieron sujetarle; uno de mis compañeros quedó muerto de un tiro que le disparó el valiente español, y los otros dos huyeron.

—¡Por Dios! exclamé yo, ¡perdon! y caí de rodillas delante de aquel bizarro jóven.

El me tendió la mano, diciéndome:

—Levante V.; no en vano ha de pedirme perdon un compatriota. Llegó la policía, y el nobilísimo señor declaró que tres malhechores le habian acometido, que á uno le habia muerto en legítima defensa, y los otros dos habian huido, y que yo era un español dependiente suyo, que por las noches le seguia á cierta distancia, en la prevision de que pudiera ocurrirle un lance como el de que habia estado expuesto á ser víctima.

—¡Noble accion!

—El hombre generoso que así se conducia conmigo, era Fernando.

Fernando me llevó á su casa, me hizo referirle mi vida, supo mi orígen, mis calaveradas, mis vicios, lo supo todo; y cuando hube concluido de hacer mi confesion, me tendió la mano y me dijo:

—Me felicito de haber hecho por V. lo que ha visto, porque espero hacer más, espero salvarle, devolverle su decoro perdido, y hacer un hombre de bien de quien era ya un criminal. V. va á vivir conmigo y á procurar ser digno de mi confianza y de mi amistad.

Caí de rodillas, besando las manos del hombre incomparable que así me arrancaba á la miseria, á la abyeccion, acaso al cadalso, y desde aquel momento juré fidelidad eterna á Fernando, y todo mi anhelo era servirle, obediente, sumiso como un esclavo.

Esta es mi historia, prima mia; Fernando me mandó que aceptase el papel que he representado en Madrid, con objeto de poner á prueba el amor de su prometida. Dios ha querido abrir los ojos á Magdalena, y separarla del camino en que iba entrando, conducida y aconsejada por la maldita vanidad, y mañana ó pasado se casará con Fernando. Mi papel ha terminado, y ahora Fernando, siempre noble, siempre generoso, acaba de hacer conmigo otra accion sublime.

Ayer me dijo:

—Amigo mio,—tan bueno es que ya me llama su

amigo, á mí que fuí cómplice de los que acaso le hubieran asesinado,—debo á V. una de las mayores venturas de mi existencia: la de haber hecho de un pillo un hombre de bien; de un criminal un hombre honrado: soy muy rico; poseo dos millones de duros; pero no tengo bastante dinero para pagar esa inmensa satisfaccion, que me sirve de gran consuelo cuando me entristezco, pensando que maté á un hombre en aquel lance, á un hombre que, si era un criminal, tambien era mi hermano... Amigo mio, V. me va á hacer el favor de aceptar un millon de reales como regalo de boda, pues supongo que la marquesa no se negará á casarse con V., áun cuando sepa su historia...

Hé aquí, pues, prima mia, toda la verdad. ¿Aceptas mi mano, purificada y honrada ya?...

—¿Y qué he de hacer?... Todo el mundo sabe ya que nuestro enlace está concertado...

—Podemos ser felices, prima mia; los dos hemos pasado ya de la edad de las ilusiones...

—¡Ay! ¡yo no!...

—Y lo seremos si imitamos el ejemplo de Fernando, si copiamos sus virtudes y hacemos el bien, en la medida de nuestras fuerzas, como él lo hace pródiga y generosamente, haciendo el uso más noble de sus grandes riquezas.

El dia siguiente, Catalina y Magdalena se vieron, y se perdonaron mutuamente los malos deseos, las envidias y los engaños en que habian incurrido cuando la maldita vanidad las tenia dominadas.

En un mismo dia, al mismo tiempo, se verificaron

las bodas de Fernando y Magdalena, y Perico y Catalina.

Los pobres de Madrid tuvieron un gran dia.

Perico se ha hecho un hombre importante, ha sido diputado, ¿y quién sabe si será ministro? El no sabe gran cosa de política ni administracion; pero si para ser ministro se necesitára saber mucho, ¿lo hubieran sido todos los que lo han sido en España de algun tiempo acá?

Fernando continúa su método de vida modesta y tranquila, y es muy feliz con Magdalena, que da muchas gracias á Dios por haberla perdonado, y haber premiado su arrepentimiento uniéndola con Fernando.

En Madrid tiene Fernando fama de excéntrico y extravagante. Ya se ve, ni se mete en política; ni pierde los ojos en el Casino, ni gasta un cuarto en queridas, porque no las tiene, ni hace obras de caridad á son de trompeta, y en fin, no tiene vanidad, y lo mismo da su mano á un albañil honrado que á un príncipe.

Ya supondrán Vds. que le tiene sin cuidado la calificacion de extravagante que le dan los necios.

EPÍLOGO

Gallardamente va cortando las ondas, camino de nuestras preciadas Antillas, el vapor *Mendez Nuñez*, de la empresa transatlántica de D. Antonio Lopez y compañía.

En este vapor van los marqueses de la Azucena con su hija Rosalía, á la que llevan á Puerto-Rico á casarla con el novio que tiene tres millones de pesos y una joroba que le pesa mucho más.

Ya está el vapor á pocas millas de la isla de San Juan de Puerto-Rico.

La noche es hermosa.

La marquesa de la Azucena duerme en su camarote.

El marqués, en el suyo, piensa en la gran boda que va á hacer su hija.

Esta, con la negra Francisca, está sobre cubierta.

—¡Niña Rosalía, dice á su ama, por Dios, no se mate, no se mate!

—Sí; he jurado no casarme con ese miserable que me espera; perdí la dulce ilusion de mi vida; ya no hago nada en el mundo. Nadie me ama.

—Yo sí.

—Sólo tú me amas, Francisca mia; es verdad. Yo no amo á nadie, á nadie; aborrezco á todo el mundo...

—Si niña se mata, yo me mato tambien.

—¿Serias capaz?

—Sí... por niña Rosalía, todo, todo lo hago yo.

—Pues abrázame...

—¡Por Dios, no se mate!...

—Sí; lo he jurado; cumple tú tambien tu promesa.

Oyóse un golpe en el agua, las ondas se abrieron y se cerraron instantáneamente, y luego se oyó otro golpe, y otro cuerpo desapareció en el abismo.

....

....

Juan, el portero de la marquesa, no murió tan trágicamente; murió en el santo hospital á consecuencia de un ataque cerebral. Tal trastorno causó en él la salida de aquella casa donde habia nacido. La mujer aturde á gritos las calles de Madrid vendiendo *El Imparcial* y *El Cascabel*.

FIN DE LA NOVELA.

ÍNDICE

		Páginas.
I.	Donde se muere D. Melchor y se sabe quién fué D. Melchor	5
II.	El amor de Magdalena	16
III.	La marquesa del Rosal	26
IV.	Magdalena á Fernando, y Fernando á Magdalena	36
V.	Donde el lector conoce á unas señoras.	46
VI.	La casa de la calle de Segovia	57
VII.	La carta de Fernando	67
VIII.	De cómo le salió un primo á la marquesa del Rosal	79
IX.	¡Al fin!	81
X.	El gran desengaño	87
XI.	Un portero feliz	95
XII.	El primo y la prima	105
XIII.	Tarjetas y memoriales	112
XIV.	De cómo Perico se hizo el héroe del dia, y Fernando sufrió un desengaño	124
XV.	Perico se explica	131
XVI.	El padre de los pobres	145
XVII.	Preparativos de fiesta	156
XVIII.	La famosa fiesta que hubo en el palacio de la calle de Segovia	165

Páginas.

XIX. Donde se ve que la marquesa del Rosal queria pescar á Perico.............. 179
XX. La vanidad de una fea............... 187
XXI. Lo que inventó Catalina Lopez........ 195
XXII. Otra vez el padre de los pobres........ 205
XXIII. Historia de Perico 214
XXIV. Magdalena y los pobres.............. 226
XXV. La marquesa y Rosalía, y Fernando y Magdalena........................ 233
XXVI. El gran banquete que dió á Perico la vizcondesa del Tronco.............. 242
XXVII. Cómo Magdalena vió en lo que suele venir á parar la vanidad.............. 253
XXVIII Cartas necesarias para el desenlace de la presente historia................ 261
XXIX. Catalina hecha una fiera............... 268
XXX. Finaliza la historia de Perico y se acaba la novela........................ 275
Epílogo.................................. 283

LIBRO DE ANUNCIOS

DE LOS

CUENTOS DE SALON.

CONDICIONES.

El tipo para la impresion y pago de los anuncios será *una página;* ésta se dividirá, para los que quieran reducir el anuncio y que les cueste ménos, en página, media página, tercio de página, cuarto de página y octavo de página, como se verá en la tarifa de precios que va al pié, para mayor claridad.

Los anunciantes obtienen ventajas en el precio, gradualmente, segun abonen mayor número de meses.

Todo el que inserte un anuncio en el LIBRO de los CUENTOS DE SALON tendrá derecho á recibir GRATIS el tomo ó tomos donde se insertáre aquél.

Los anuncios se recibirán en la Administracion, plaza de Matute, 2, hasta el dia 20 de cada mes, para que puedan imprimirse en el tomo que se ha de repartir en los úl-

timos dias del mismo. Se admiten *clichés*, teniendo en cuenta el lugar que han de ocupar.

A fines del presente año aparecerá el ALMANAQUE DE SALON PARA 1873, del cual, como hay grandes pedidos y será un libro originalísimo, se prepara una edicion de VEINTE MIL EJEMPLARES, y desde ahora se reciben anuncios para colocarlos en el ALMANAQUE, debiendo pagar DOBLE PRECIO del tipo mensual señalado en la tarifa.

Los anunciadores por año adquieren el derecho de que sus anuncios se inserten GRATIS en el ALMANAQUE.

Estando perfectamente marcados en la tarifa los precios y dimensiones de los anuncios, las personas de provincias, de Ultramar ó del extranjero que quieran utilizar el LIBRO, enviarán por el correo al administrador de los CUENTOS DE SALON, plaza de Matute, 2, el anuncio y su importe, y se les devolverá por el mismo conducto un recibo talonario para su resguardo.

Por supuesto que, estando destinados los CUENTOS DE SALON á andar en manos de las damas y de personas de buen gusto, no se admitirán anuncios relativos á enfermedades, objetos ni libros repugnantes á la moral.

TARIFA DE PRECIOS.

	Un mes. — *Rs. vn.*	Dos meses. — *Rs. vn.*	Tres meses — *Rs. vn.*	Semestre. — *Rs. vn.*	Año. — *Rs. vn*
Una página....	100	180	260	500	900
Media página...	60	100	140	260	500
Tercio de página.	40	70	100	180	320
Cuarto de página.	30	50	80	140	240
Octavo de página.	20	30	40	70	120


LOS NIÑOS

